

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

César E. Arroyo
Augusto Arias
Alfredo Martínez

VOLUMEN VII

Quito, Ecuador, S. A.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Arroyo César E.
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luis
Escudero Gonzalo (ausente)
Jaramillo Alvarado Pío
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra J. M. (ausente)
Zaldumbide Gonzalo (ausente)

SOCIAS COLABORADORAS:

Adelaida Velasco Galdós, en Guayaquil
María de la Torre id.

SOCIOS REPRESENTANTES:

Víctor Hugo Escala, en Venezuela
Hernán Pallares Z., en Inglaterra



AMÉRICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

CONTENIDO

CESAR E. ARROYO: El mitagro de la voz. — **ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS:** Booz dormido. — **HUGO MONCAYO:** La pasión y muerte del Libertador Simón Bolívar. — **ANTONIO MONTALVO:** Poemas. — **WALDO FRANK:** El mundo Atlántico. — **JORGE CARRERA ANDRADE:** Soledad de las ciudades. — **HUMBERTO SALVADOR:** Cocktail. — **J. LLERENA CRESPO:** Romance estivo. — **VICTOR HUGO ESCALA:** Medardo Angel Silva. — **JOSE RUMAZO GONZALEZ:** Poemas. — **E. G. ABRAMS:** Los partidos políticos y la renovación nacional. — **ALFREDO MARTINEZ:** Noche. — **AUGUSTO ARIAS:** El paliqye y la poesía. — **HUGO MONCAYO:** El correo de ultramar. — **ANTONIO MONTALVO:** Revistas.

Vol. VII

Año VII

N 45



AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Directores:

Augusto Arias

César E. Arroyo

Alfredo Martínez

Suscripción, en América y Extranjero,
entrega de seis números:
Un dólar

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

El GRUPO AMERICA se verá muy honrado y satisfecho si sus amigos y compañeros le envían sus publicaciones, para dedicarlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos, que tiene en formación. El Grupo, en cambio, enviará su revista y las obras que publique con el propósito de contribuir a la realización de los ideales de confraternidad entre los pueblos del mundo hispánico.

BIBLIOTECA DE AUTORES HISPANOAMERICANOS

El GRUPO AMERICA agradece efusivamente a las personas que se han servido enviar las siguientes publicaciones:

ENVÍO DE LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA, DE LA REP. DE GUATEMALA

RAMON A. SALAZAR: Historia de Veintiún Años. La independencia de Guatemala.

EMILIO ESPINOSA R.: Literatura didáctica.

SALOMON CARRILO RAMIREZ: Tierras de Oriente. Ensayo monográfico.

CLEMENTINA PARRA: La leche y sus derivados.

HUMBERTO PORTA MENCOS: Parnaso Guatemalteco. 1750-1928.

RAFAEL AREVALO MARTINEZ: El hombre que parecía un caballo y Las rosas de Engaddi. Prólogo de Antonio Rey Soto.

JOSE V. VASQUEZ: La mujer en el hogar.

LEOPOLDO W. ZEISSIG: Elementos de Moral y Urbanidad.

J. FERNANDO JUAREZ MUÑOZ: El indio Guatemalteco. Ensayo de Sociología nacionalista.

VICTOR MIGUEL DIAS: Conmociones terrestres en la América Central. 1469-1930.

LORENZO MONTUFAR: Discursos. Prólogo de Rafael Montúfar.

ANTONIO OCHOA ALCANTARA: Gemas.

JOSE RODRIGUEZ CERNA: Tierra de sol y de montaña.

OTROS ENVIOS

ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA: Edición ordenada por el Gobierno de Venezuela, a cargo del doctor Vicente Dávila. Tomos V, VI, IX y X.

- JULIO V. GONZALEZ:** Reflexiones de un argentino de la nueva generación. Buenos Aires, 1931.
- E. de SALTERAIN y HERRERA:** La clase. Apuntes de un profesor. — Editorial "Le Livre Libre", 141, Boulevard Péreire. París, 1931.
- SARAH BOLLO:** Los nocturnos del fuego. Palacio del Libro. 25 de Mayo 577, Montevideo.
- ARTURO CAMBOURS OCAMPO:** Mucho cielo. Ediciones de la Revista "Letras". Buenos Aires.
- BRAULIO MIRA VIA:** Bronce. Cali, Colombia 1930.
- VICENTE MORENO MORA:** Gajo de crepúsculos. Poesías. Cuenca, Ecuador 1931.
- VICTOR HUGO ESCALA:** Paliques de ayer. Editorial "Elite". Caracas, 1931.
- EDUARDO de SALTARAIN y HERRERA:** Fuga. (Novela). Palacio del Libro. 25 de Mayo 577. Montevideo.
- JUSTO G. DESSEIN MERLO:** Alcor. Poemas. "El Ateneo". Buenos Aires, 1930.
- JOSE MANUEL CAMACHO PADILLA:** Abanico, caduceo y otros poemas de esperanza. Reus Tip. Rabassa. 1924.
- ERNESTO NELSON:** La salud del niño. Su protección social. Editorial "La Nueva Democracia". Nueva York.

ENVIO DE LA EDITORIAL MAUCCI

- J. BRISSA y E. de LEGUINA:** El libro de la raza.
- J. J. ROUSSEAU:** El contrato social.
- CAP. LUIGI MOTTA:** El Occidente de oro. (Aventuras entre pieles rojas del Canadá).
- L. N. URBANCEV:** El crimen de Vera Mirzeva. Drama en cuatro actos y en prosa.
- LEONIDAS ANDREIEV:** La risa roja.
- DIRECCION:** Editorial Maucci. — Mallorca, 166. Barcelona, España.

CULTURA VENEZOLANA

Revista mensual

Director:

JOSE A. TAGLIAFERRO

Suscripción anual, 6 dólares

Dirección:

Apartado No. 293
Caracas, Venezuela

REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política, Historia,
Artes, Letras

Fundador:

ENRIQUE MATTA V.

Director:

FELIX NIETO DEL RIO

Dirección:

CORREO 8
Santiago, Chile

MERCURIO PERUANO

Revista de Ciencias Sociales
y Letras

Director—Fundador:

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Suscripción: 6 dólares

Apartado N° 176
Lima, Perú

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO
IZQUIERDISTA

Director:

ANTONIO ZAMORA

Casilla de Correo N° 736

Buenos Aires, Argentina

REVISTA BIMESTRE CUBANA

Publicación de la Sociedad
Económica de Amigos del País

Director:

FERNANDO ORTIZ

Apartado N 214
Habana, Cuba

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:

J. M. SALAZAR ALVAREZ

Dirección:

Carrera 10 Sur, N° 536
Bucaramanga, Colombia

LIBROS IMPORTANTES

LA SALUD DEL NIÑO

Su protección Social
por
ERNESTO NELSON

VALOR: DL. 0,40

PSICOLOGIA DEL NIÑO

Libro de texto para maestros de
niños de 6, 7, 8 años de edad.

por
MARY THEODORA WHITLEY
traducido por
ALBERTO REMBAO
VALOR: DL. 0,30

TAQUIGRAFIA SEGUI

Sistema moderno, sencillo, rápido.
Sólo ocho lecciones fáciles para el hogar.

VALOR DL. 1,00

Pídase a la Editorial

La Nueva Democracia

419 Fourth Ave. — Nueva York, N. Y.

EL MILAGRO DE LA VOZ

CESAR E. ARROYO

En 1817, Franz Schúbert, el hijo del maestro de escuela de Lichtenthal, era pasante de su padre que le había encargado de una clase para que ayudara a llevar el peso de la casa, pobre y llena de hijos.

Frisaba en los veinte años el mozo, que había nacido signado con los luminosos estigmas del genio. Niño aún había compuesto, con admiración de sus profesores y de los músicos del lugar, fantasías, sonatas, minuets, cantatas, hasta óperas, y, sobre todo *lieder*, de los cuales él debía ser el más grande e inspirado de los creadores. Le eran familiares los grandes maestros: Haydn, Mozart, Beethoven.

Con un mundo de inefables armonías en su cerebro, se veía precisado a dedicarse a la monótona y desafinante tarea de desasnar a los chicos de Lichtenthal, enseñándoles el A B C por los viejos métodos; pues, el que debía ser un innovador en la música era un perfecto conservador en pedagogía.

A B C CH D E F G H I J K. Así hasta la saciedad, ante el menudo coro desatento. Y las divinas armonías, como alondras de luz, pugnando por romper la cárcel del cerebro y volar, volar a los cielos infinitos del arte. La canturía del silabario llegó a durar tres años, largos de tedio y de monotonía. Era la canturía universal que en todas partes podía oírse con su sonsonete sin fin; y ¡ay! del día en que llegara a enmudecer, porque su silencio sería el preludio del crepúsculo de la civilización.

El maestro de primeras letras era un mozo regordete y achaparado. Su rostro mofletudo y redondo, mostraba unos labios de gozador, y unos ojos de soñador. Las cejas pobla-

das convergían hacia una nariz medio aplastada, y unos cabellos encrespados coronaban la redonda testa cubierta entonces con el gorro del dómine. De los blancos puños salían unas manos con algo de garra, regordetas y de dedos cortos y gruesos. Esas manos estaban destinadas a arrancar del piano sollozos, gritos y lamentos de amor y de dolor.

Y bajo ese gorro de borla caída gestaban ya las partituras inmortales, en las que el corazón mismo canta como un ciego ruiseñor aprisionado.

Fué en la escuela de su padre y entre la algarabía de los escolares que el maestro Franz llegó a componer su famosa misa en **sol mayor** para una fiesta muy señalada de la parroquia de Lichtenthal.

El maestrillo de escuela entregó la partitura a los encargados de ejecutarla; y, a causa de las clases, no pudo asistir a ningún ensayo. Pero llegó el día de la fiesta, y fué la revelación triunfante: Schúbert reveló a los hombres su genio, y, como una compensación, a él le fué revelado el amor.

Loco de anhelos, penetró en la iglesia Franz Schúbert aquella mañana inolvidable. Su sueño hecho cántico, imploración y plegaria se expandía por las altas bóvedas sonoras y subía por las agujas góticas hasta ir a clavarse en el seno de Dios. El *kyrie* sollozaba como el grito trágico de todos los pecados, demandando piedad. Sobre el fondo sinfónico del órgano, la orquesta atacaba violentamente los motivos litúrgicos que eran llevados a lo sumo por las voces humanas. De entre estas se alzaba una, flotando sobre todas, como una gran ala de armonía. Era una maravillosa voz de soprano, de aquellas que una vez oídas, no se pueden ya jamás olvidar.

Schúbert quedó desde el primer momento traspasado por aquella voz que lanzaba a lo sublime las notas que él compusiera. La misa en **sol mayor** fué para el músico lo supremo del éxtasis.

Apenas vuelto Franz a la realidad, rogó a su maestro Sallieri, que le felicitaba efusivo, que le presentara a la cantante de la mágica voz.

Bajaba ésta del coro en ese preciso momento. Era una muchacha alta, insexuada, fina, delicada . . . y con el rostro picado de viruelas.

Cambiáronse las primeras palabras de cumplido. Una voz que parecía un sollozo vibrando dentro de una campana de oro, voz de presagio y de pasión, cantó, lloró, tremó a sus oí-

dos. Era la voz esperada. Era el amor que llegaba. Sintió el artista en ese momento, con la evidencia de lo irremediable, que aquella mujer tendría la clave de su vida si le musitara una sola palabra de amor. Al escucharla sentía una impresión de vértigo. Y se afirmó en la creencia de que no hay nada en la mujer más atrayente, más sensual, más divino que la voz. La muchacha de la voz conturbadora se llamaba Teresa Grob. Nada pudo realizar con ella ese peregrino del arte y del amor. Pero, a partir de ese momento, la dulce añoranza de Teresa Grob flota en la tierna serenata de la corta vida de Schúbert, **como una ofelia náufraga y doliente...**

"He amado profundamente y he sido amado—decía Schúbert en su correspondencia íntima.— por una niña más joven que yo, y que aún estaba en el colegio. La conocí cantando con su hermosa voz de soprano una misa que yo había compuesto; tenía un sentimiento profundo y exquisito. No era bonita, pues, conservaba huellas de viruelas; pero era tan buena como una hermana. Durante tres años estuve buscando un empleo que nos permitiera vivir juntos; pero sus padres la obligaron a casarse con otro, lo que me hizo sufrir mucho. Continúo amándola. Jamás encontraré otra tan buena y dulce para mí".

¡Enamorado para siempre de una voz! Todo el secreto del arte de Schúbert reside en este amor. Es su música de añoranza, de ternura, de melancolía, de ensueño trunco y de pasión sin esperanza.

La diva del divino Schúbert fué una muchacha esmirriada y pícota. Mas la envoltura carnal ¿qué importa? La voz que puede elevarse con suprema dignidad a la excelsitud del canto (es una manifestación armoniosa de Dios mismo.)

Y si la voz divina llega a emitirse de un cuerpo de belleza sinfónica y triunfal, la suprema plenitud se realiza, por milagro, en la tierra.

BOOZ DORMIDO

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

(De V. Hugo)

Ya de noche, sintiéndose Booz muy fatigado
Del trabajo en su éra durante todo el día,
Buscó para su lecho el sitio acostumbrado.
Cerca de haces de trigo siempre Booz dormía.

Era dueño de campos que él mismo cultivaba;
Aunque rico, era justo y temía al Eterno.
El agua a su molino nunca fango llevaba;
La llama de su forja no era llama de infierno.

Argentada su barba, cual fuente en abril era;
Y nunca avaro, al pobre su corazón abría;
Y si una espigadora pasaba por su éra,
"Dejad caer espigas para ella", repetía.

Cual su blanco vestido, su alma era pura y blanca;
Lejos iban sus pasos de torcido sendero;
A los pobres tendía mano piadosa y franca,
Y su heredad de trigo fue público granero.

Compasivo en la vida, partiendo pena y llanto,
No fue para sus ojos esquiva la belleza;
La juventud exhibe más gracia y más encanto,
Mas la vejez del hombre circunda más nobleza!

Brilla siempre aureola sobre inclinada frente
Cuando llega la dulce placidez de la tarde.
En los ojos del joven se mira llama ardiente,
Mas la luz, en los ojos de los ancianos arde.

Booz entre los suyos dormía bajo el cielo
En medio de gavillas. Noche azul de verano.
Segadores por grupos yacían en el suelo,
Y todo esto pasaba ya en tiempo muy lejano.

Por jefe un Juez las tribus en Israel tenían;
La tierra, en donde el hombre bajo tiendas vagaba,
Y huellas de gigantes impresas se veían,
Aún humedecida por el diluvio estaba.

Como Jacob dormía, o Judith en reposo,
Booz yacía en sombras bajo el azul risueño,
Y abriéndose la puerta del cielo esplendoroso
Sobre la frente suya bajó radiante un sueño.

Y Booz, de su vientre vió que de savia llena
Una encina brotaba, y hasta el cielo subía,
Y por ella una raza se alzaba cual cadena.
Cantaba un Rey abajo, y en lo alto un Dios moría.

Y Booz murmuraba, su alma al ensueño atenta:
“¿Esto cómo podría salir del vientre mío?”
La cifra de mis años ya ha pasado de ochenta;
Ni hijo ni esposa tengo en mi vivir sombrío.

Señor! La que mi lecho compartió condolida
Lo dejó por el tuyo, y ya en mi ruta incierta
Solamente el recuerdo nos enlaza en la vida:
La mitad de ella, viva; la mitad mía, muerta.

¿Padre yo de una raza? ¿Que de la sangre mía
Han de surgir renuevos, de mi nombre alta gloria?
En años juveniles sólo hay albas, y el día
Sale de entre la noche como de una victoria.

Tiembra, sólo y anciano, como un árbol al viento;
Van cayendo las sombras; hay soledad y frío;
Y como al agua dobla la frente buey sediento,
Mi alma hacia la tumba se inclina ya, Dios mío!”

Así Booz hablaba con el alma anhelosa
Vueltos a Dios los ojos que el sueño ensombrecía.
El cedro nunca siente en su base una rosa,
Y una mujer en tanto a sus pies no sentía.

Ruth de Moab entonces, el seno desceñido,
Acostóse a las plantas de Booz, en espera
De que al surgir del sueño, rayo desconocido
A iluminar su mente de súbito viniera.

Que una mujer dormía cerca de él ignoraba,
Como Ruth no sabía la voluntad del cielo.
El soplo de la noche en Galgalá flotaba
Y del campo subían aromas de asfodelo.

Era nupcial la noche, solemne, augusta. En ella
Los ángeles volaban, porque se percibía
Repasar por instantes, dejando rauda huella,
Algo azul en la sombra que un ala parecía.

El respirar tranquilo de Booz, en la oscura
Noche se unía al canto de brisas aromadas.
Era el mes en que muestra la tierra su dulzura.
Se alzaban las colinas de lirios coronadas.

Ruth tranquila soñaba, y el anciano dormía;
De esquilas de rebaños subían vagos sonos.
Una bondad inmensa del cielo descendía.
Era la hora en que bajan a beber los leones.

Yacía en paz profunda la tierra que Uhr se nombra,
Y la luna menguante lentamente se alzaba
En medio de los astros — las flores de la sombra—
Que a millares lucían; y Ruth se preguntaba,

Inmóvil, la mirada perdida en el callado
Abismo de los cielos, lleno de vivas huellas,
Qué segador al irse, habría abandonado
Aquella hoz de oro sobre el campo de estrellas.

LA PASION Y MUERTE DEL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

HUGO MONCAYO

El Paraíso está a la sombra de las
espadas. —Mahoma

El llanto de la musa

Bolívar fue un héroe integral a la manera de Emerson. Obedeció al secreto impulso de su carácter, fué persistente en su heroísmo, encontró ocasiones de sentir el filo de la cuchilla contra su pecho. La confianza en sí mismo le hizo desdeñar los frenos de la prudencia y por sentirse en la plenitud de su energía y de sus facultades, no vaciló en olvidar las ofensas que fueron su óvolo sombrío. Por fin, tuvo ese algo no filosófico, ese algo no santo de toda naturaleza racialmente heroica: ignoró que existieron otras almas de semejante estructura a la suya; fué orgulloso, fué altanero, fué lírico. (1)

Peró su orgullo, su pasión, su egolatrismo, son el contraste obligado para que la faceta prodigue el haz brillante: el golpe seco de la arteria, para que enrojezca su fecundo caudal.

A los cien años, sólo una concentración sincera en nuestra propia caverna puede darnos vida: ¡nuevos galeotes de América "amarrados a los remos del tiempo. . . .!"

(1) Rodolfo W. Emerson: "Los Veinte Ensayos". España Moderna. Pág. 187.

El héroe, Esculapio & Cía.

El Libertador nunca sacrificó un gallo a Esculapio en el altar de la confianza aun cuando constantemente tuvo a su lado un médico de cámara durante su agitada odisea. El aprecio que le merecieron la medicina y sus adeptos se pone de manifiesto en las siguientes frases que Perú de la Croix ha conservado en su "Diario":

"....Este doctor está siempre con sus remedios y sabe que yo no gusto de drogas de botica, pero los médicos son como los obispos: aquellos dan recetas y éstos bendiciones En una palabra, mi médico es para mí un mueble de lujo y aparato, no de necesidad; lo mismo que me pasa con mi capellán, a quien he despedido". (1)

El galeno victimado en esta forma es aquel **Doctor Moore**, Coronel de la Legión Británica, paciente amigo de Bolívar y su compañero en casi todas las acciones que el ejército patriota desde 1818 a 1828 libró. En la noche de setiembre, 1828, Moore era aún su médico, según consta en la célebre carta narrativa de ese acontecimiento que dirigió doña Manuela Sáenz desde Paita, el 10 de agosto de 1850, al General O'Leary, y en la cual dice: ". a poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron y yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito. El doctor salía de su cuarto y etc". (2)

Al mencionarlo para citar el juicio desfavorable que otorgaba el Libertador a los remedios y a los galenos, debemos también reconocer que Colombia está obligada a Moore por su adhesión a la causa libertadora y por su saber comprobado, ya que de la lectura de sus recetas los entendidos en la materia creen derivar que dos años antes del fallecimiento de Bolívar, su dolencia había sido por él diagnosticada. Además habría que restañar, aun cuando sea al cabo de un siglo, la herida injusta que el Libertador caía

(1) L. Perú de Lacroix. "Diario de Bucaramanga". Edición de Cornelio Hispano.—Pág. 99.

(2) Daniel F. O' Leary. "Últimos años de la vida Pública del Libertador". Edt. "América".—Pág. 419.

día abrió en su prestigio: ¿No sabemos que el puñal de Carujo sorprendió a Bolívar, víctima de "bilis negra", a tal punto que acababa de tomar un baño tibio en cuyas aguas se habían agitado las blancas manos de doña Manuela,—como si por un secreto mandato hubieran debido purificarse antes de cegar las pupilas homicidas—, mientras se dejaba al buen doctor dormir tranquilo en su departamento?

Entendemos que hasta 1820, muy pocas veces necesitó el Libertador de los servicios de un médico. En 1819, dice O'Leary, "no había cumplido aún treinta y seis años y gozaba de salud perfecta y de una actividad física y moral asombrosa. Nunca se le oyó quejarse de fatiga" (1). No podía sentir desmayo alguno, aquel que iba a emprender poco tiempo después, el paso de los Andes, la empresa más atrevida que forjaran la necesidad, el valor y la naturaleza, nuevo reclamo casi mitológico para el cual la epopeya ha enmudecido de respeto.

De 1818 a 1820 fueron también sus médicos el **doctor David Adolfo Burton** y el **doctor Foley**, Director de los Hospitales de Apure, (2) acerca de quienes pocas noticias hemos podido obtener. En 1821, cuando la Batalla de Carabobo, 24 de junio, el Cirujano Mayor de su ejército, es el **doctor Ricardo Murphi**, según consta en la lista de edecanes del Libertador en la célebre jornada. En 1823 o en 1821, según Cornelio Hispano, aparece como tal el **doctor Francisco Desiderio Rouelin**. Ambos viajeros marcan en la historia de Colombia, recuerdos inestimables.

* * *

El nuevo Augusto aprecia a los sabios. Cumple con la máxima platoniana del equilibrado rendimiento de la acción y del ensueño. Expulsaría a los poetas pero señalaría renta vitalicia a los filósofos. Colombia no es tan solo el gran laboratorio en que se cristaliza el más reconcentrado elixir democrático, sino también es la Jauja pródiga abierta a todo el que llegue con hambre, esté exhausto o sufra injustificado exilio.

(1) O' Leary; ob. cit. Pág. 655.

(2) Diego Carbonell. "Reflexiones Históricas y Conceptos de Crítica". Río de Janeiro.—1922. Pág. 112.

Boussingault fué uno de aquellos que mayor número de finezas y garantías recibieron del Libertador. El mismo, con su abrupta sinceridad, ha dejado el acibar de sus observaciones goteando como un ácido en la arcilla histórica de Colombia. Sus memorias, por la irreverencia de manos posteriores publicadas, en contravención quizás con el íntimo deseo de su autor, (1) son las cuentas diarias que el metereólogo realiza ante los cambios de temperatura o el naturalista anota para fijar las fases de la más simple de las metamorfosis El campo en que ensaya Boussingault es propicio a severas críticas y no siempre vela la consideración del favor recibido el juicio desaprensivo del biógrafo. En ellas campea un vario eclecticismo. Las salinas de Zipaquirá, las esmeraldas de Muzo, el Hoyo del Aire de Vélez, las minas de Supía y Marmato, las noticias monográficas sobre Bogotá y Quito, las irreverentes anécdotas sobre "la amable loca", los juicios atrevidos sobre Bolívar, Santander, Páez, Zea, Caicedo, Obando. . . . Y la embriaguez de un aliento de sensualidad tardía, de soplo lúbrido y senil en que parece ahogarse la pluma serena del varón de ciencia y que sólo se desvanece cuando el autor se reintegra a su propia actividad y el geólogo notable, el floricultor apasionado o el físico de nota, observa y concluye. Por eso, en este aspecto, bien pudieran ser un complemento precioso a los "Viajes científicos a los Andes ecuatoriales" trabajo que presentará más tarde, en colaboración con Rouelin, a la Academia de Ciencias de París.

Rouelin no sólo fué el galeno apto. Fué además un temperamento artístico que se extasiaba ante los exóticos paisajes colombianos y ante los arrebatos olímpicos de Bolívar. Su lápiz dibujó aquel perfil que parece servir de modelo a la escultura de

(1) Las memorias de Boussingault fueron publicadas por primera vez, en París, en 1892-1903, en 5 tomos, en 8o., por Chamero y Ronvuard, en edición de 300 ejemplares numerados. En "La Gaceta de América", D. Hugo Barbagelata tradujo de ellas los capítulos relacionados con doña Manuela Sáenz. En la revista "Santafé y Bogotá", el culto escritor don Jorge Obando Lonibana, publicó, en el número 80, uno de sus más interesantes capítulos: el relacionado con el célebre botánico Mutis, sobre el cual tan bellas páginas nos ha dejado el Ilmo. González Suárez.

Tenerani y al relieve acabado de David d' Angers. (1) Y su pluma nos ha dejado un retrato literario del gran hombre: "Es Bolívar hombre de talla poco menos que mediana, pero no exenta de gallardía en sus mocedades, delgado y sin musculatura vigorosa; de temperamento esencialmente nervioso y bastante bilioso; inquieto en todos sus movimientos, indicativos de un carácter sobrado impresionable, impaciente e imperioso. En su juventud había sido muy blanco, (aquel blanco mate del venezolano de raza pura española), pero al cabo le había quedado la tez bastante morena quemada por el sol y las intemperies de quince años de campañas y viajes. Tenía el andar más bien rápido que mesurado; pero con frecuencia cruzaba los brazos y tomaba actitudes esculturales, sobre todo en los momentos solemnes.

"Su cabeza era de regular volumen pero admirablemente conformada, deprimida en las sienas; prominente en las partes anterior y superior y más abultada aún en la superior.

"El desarrollo de la frente era enorme, pues ella sola comprendía bastante más de un tercio del rostro, cuyo óvalo era largo, anguloso, agudo en la barba y de pómulos pronunciados. Sus cabellos eran crespos y los llevaba siempre divididos entre una mecha enroscada sobre la parte superior de la frente y guedejas sobre las sienas, peinadas hacia adelante.

"El perfil del Libertador era enteramente vascongado y griego, principalmente por el corte del rostro, la pequeñez de la boca, la amplitud de la frente y la rectitud de la nariz muy finamente delineada. Tenía las cejas bien arqueadas y extensas, donde se ponían de manifiesto los signos de la perspicacia y de la prontitud y grandeza de percepción. Como tenía profundas las cuencas de los ojos, éstos, que eran negros, grandes y muy vivos, brillaban con un fulgor eléctrico, concentrando su fuego cual si sus miradas surgiesen de profundos focos.

"Era Bolívar hombre de lenguaje rápido e incisivo, así en su conversación (en la que no pocas fué indiscreto), siempre animada, breve y cortante (a veces aguda), como en sus discursos y proclamas. Su réplica en la conversación era pronta, frecuentemente brusca y en ocasiones hasta dura y punzante; y no pocas ve-

(1) Manuel Segundo Sánchez. "Apuntes para la Iconografía del Libertador".—Caracas.

ces, en circunstancias delicadas, contestó a cumplimientos, a súplicas interesadas o palabras lisongeras, con agudezas muy oportunas, pero rudas y aún con terribles epigramas" (1) Hace bien el doctor Carbonell en opinar que bastarían estas páginas para reconocer a Roulin como médico de Bolívar.

* * *

Llevar una estadística completa de todos los médicos que asistieron al Libertador, no es nuestro empeño. Partimos además de la base del absoluto desdén con que los acepta. Sólo en sus últimos días vierte su desengaño en la esperanza que le merece su médico y le conmina le salve, para así volver a Francia. De lo contrario, en Pativilca mismo, cuando de sus propios escombros se recupera el alma de América y anuncia el "¡Triunfar!" que será en adelante su divisa, grito tartarinesco si no fuese homérico, a la gran angustia política que el año 24 trae para Bolívar, se aúnan las dolencias más graves que hasta entonces ha sufrido y se cura de espíritu y de cuerpo, tan solo por la milagrosa dinamogenia de su voluntad. El mismo lo cuenta a Santander, en carta de 22 de enero: "Lo peor es que el mal se ha entrado,—le dice,—y los síntomas no indican fin. Es una complicación de irritación íntima y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómito y dolor cólico. Todo esto hace un conjunto que me ha tenido desesperado y me aflige mucho todavía..." Y de toda esa complicación triunfa su naturaleza y aún cuando se consume al arder, deslumbra al mundo con su maravillosa aptitud.

Llega 1828. Ocaña es el areópago en que oficia la astucia santanderina oculta entre los pliegues de la Minerva de barro a la que dice servir con romano civismo. Nada hay más arduo para el apreciador contemporáneo y desapasionado de esa justa, como el fallar sobre ella. La Convención de Ocaña abrió la más hostil interrogación que formularse pudo un pueblo sobre su destino, ante la sorpresa del Fundador. Ahí está, a pesar de tan repetidos embates a su autenticidad, el "Diario de Bucaramanga" del General D. Luis Perú de la Croix, en el cual se siente

(1) Cornelio Hispano. "El Libro de Oro de Bolívar".—Pág. 277.

palpitar en su agonía moral el gran corazón de Bolívar y en el que se vislumbra, sin retóricas ni escenarios teatrales, tal como debió producirse su pensamiento, en esos instantes de nerviosa inquietud.

Creemos, a pesar del respeto que nos merecen los historiadores que han condenado este diario al fuego tildándolo de apócrifo, que quien se haya acostumbrado al lenguaje epistolar o epopéyico de Bolívar, no podrá por menos que reconocer la misma veta de rico elemento estratificada con precisión asombrosa, en las páginas del ilustre aventurero. (1)

Moore acompañaba todavía al Libertador y sus cuidados no impedían que su enfermo, para sentirse aliviado, prefiriese a los recursos de su botiquín, el saludable medicamento que en la provinciana partida de ropilla o en el solitario paseo por el campo buscaba con afán, mientras a pocas leguas de distancia, sus hijos poseídos por el vértigo político, se empeñaban en agravar sus dolencias.

El destino del Héroe tiene que cumplirse. También él ha visto de niño, como Cellini, una salamandra burlona en el hogar paterno, que influirá en su porvenir. La salamandra del Espartaco criollo es la ingratitud de sus paisanos, que se viste de toga para ocultar el puñal iracundo de setiembre y danza en una hoguera sangrienta la desequilibrada zarabanda de la traición. Porque los conjurados llegaron a creerse los nuevos Brutos y Catones de este César y aportaron mucho de ideológica prestanza en su horrenda tentativa; y así, a pesar de la sombra de infamia que los cubre, no están exentos de un halo como de antigua austeridad.

Y en la historia de Colombia, en la que Shakespeare habría hallado más de un motivo para uno de sus dramas, porque en ella hay una perenne armonía de tragedia antigua que robustece sus intermitentes silencios y abrillanta sus páginas más nobles, aparece un misterioso personaje a lo Hoffman, a lo Poe, a lo Ibsen: el **doctor Arganil**.

* * *

Ese hombre "grosso, colorado, muy blanco calvo y

(1) Consultar la opinión de don Ramón Azpurúa.—Ob. cit.—I. XIII

ojiazul"; (1) ese "vejete de pequeña estatura, cabellos blondos, cutis sonrosado, ojos azules vivísimos" y andar lento, (2) que vieron tantas veces perderse por las callejuelas de Santa Fé, oculto en su capa de paño verde botella, los medrosos vecinos, beatos y madrugadores, nos parece no concuerda justamente con el Arganil de psicología complicada y pasado misterioso que en 1819 según unos, (3) en 1822 (4) o en 1824 según otros, (5) llegaba a Cartagena, procedente de remotos países.

Mas acertado creemos sería representarlo estilizando los rasgos profundos de un hombre de raza. Poner en su rostro algo del amarillento cinismo del Panglós volteriano y con el secreto rencor de Fausto y la expresión semiborrosa del Marqués des Trouchet recordado por Barbey de Aureville, tendríamos un Arganil ad-hoc para un quinto acto de tragedia, como el penosamente elaborado por él mismo. Porque merecía en realidad espíritu tan paradójico y audaz, envoltura menos grasienta que la que le asignan sus contemporáneos y pupilas menos celestes y más grises, con ese matiz frío que seguramente guardaron para siempre las dagas de setiembre.

Es lo cierto que desde el día en que arriba a Colombia, hay un malestar social en toda ella, originado por este hombre aguija y flecha a un mismo tiempo, que inculca inquietud en quienes lo tratan, que amenaza sin decirlo a quienes lo repelen que es oportuno en el adulo y feroz en la sátira, y a cuyo alrededor se va formando una atmósfera cada vez más complicada de hipótesis tropicales y de leyendas terribles, desgraciadamente no todas ellas desprovistas de realidad.

Arganil, ante las autoridades del Magdalena declara ser un médico francés "graduado en la Facultad de Montpellier" y hallarse dispuesto a sufrir cualquier interrogatorio "sobre las en-

(1) Carbonell, ob. cit. (Con referencia a doña Rosa de León que conoció personalmente a Arganil).

(2) Adolfo León Gómez. "Hojas Dispersas" 1913.—Bogotá, Pág. 27.

(3) León Gómez. ob. cit. Pág. 30.

(4) G. Lenotre.

(5) Ibáñez.

fermedades que afligen a la humanidad", y hasta octubre de 1825 ejerce su ministerio, evitando en este lapso toda ocasión de cumplir con su ofrecimiento. El Intendente del Magdalena le prohíbe al fin el que continúe explotando la que él llama su profesión mientras no se presente ante un tribunal colombiano. Arganil se niega entonces. Y las razones que aduce, son obvias en su destemplanza: que él podía convencer a cualquiera de que, "sin exceptuar al inmortal autor de las flegmasias crónicas, todos los tratados y sistemas no han determinado nada concerniente a las causas de las enfermedades humanas".

Arganil era un discípulo de Pinel y con un fatalismo suicida creía que la fórmula del dejar hacer era la más sabia de aplicarse para las manifestaciones patológicas de la naturaleza. Terapéutica franciscana de la propia reacción que lleva el dulce bálsamo de la muerte para la llaga pestilente y humedece los ojos del enfermo.

Este hombre de femeninas actitudes, se complacía en escuchar las más terribles invenciones sobre sus años mozos y nunca desdijo a quienes supusieron que, así mismo, casi beatíficamente, no había vacilado en sacrificar a la más pura de las vírgenes de Francia y que en su pica asesina la cabeza de la Princesa de Lamballe se había desangrado por los boulevares de París. (1)

En 1826 llegó a Bogotá con sus pretensiones médicas exaltadas. Durante un año sostuvo una agitada polémica con los más prestigiosos médicos colombianos,—era también un escritor infatigable,— y al fin, afirmando que sólo la envidia a sus merecimientos, la incompetencia de sus contendores y su egoísta reserva, eran las causas que les movía para impedirle que con ellos alternara a la cabecera de sus enfermos, se impuso como médico, y por artes desconocidas en sus detalles pero en las que quizá interviniera Santander, llegó a conseguir la confianza de Bolívar.

El aventurero pasó como una víctima de su ideología avanzada. Se dijo que había militado a órdenes de Lafayette en la guerra de Norte América; se dijo que había sido Sans-Coulotte de Marsella; se dijo que era el mismo Tallien que anduvo con

(1) Posada Gutiérrez. "Memorias Históricas Políticas". Tomo I. Bogotá 1865.

Kléber por el Cairo (1); se dijo que había desempeñado altas misiones diplomáticas al servicio de Francia; se dijo que había sido íntimo amigo de Bonaparte.... Arganiil, ese "enigma en la historia de Colombia" (2), sin que sepamos los motivos de su enemistad ni la época en que ésta se produce, en 1828 se presenta como uno de los más fervientes conspiradores, probablemente, porque se ve desairado en sus pretenciones de consejero político con que se auto inviste.

Este septuagenario,—parece que debió nacer en 1758, según cálculo del historiador Posada,—supo pasar como el Mesías predilecto para la juventud vehemente de entonces que sacrificó su romanticismo patriótico al mandato sombrío de sus eternos explotadores, los viejos políticos, y urdió en la sombra el cesto peligroso en que debía caer la cabeza más ilustre de América, sin meditar como en forma bella dice un respetable patriarca que "la capa rasgada de Bolívar habría causado el mismo efecto que la túnica ensangrentada de César". (3)

Uno de los conjurados, Florentino González, publicó en 1853, en el "Neo Granadino" una relación de la célebre tentativa, escrita por él en París, entre los años 1841 a 45. En ella encontramos lo siguiente: "... Formóse en consecuencia, en aquel mismo día, una junta revolucionaria secreta.... Fui nombrado miembro de esa reunión con los señores Coronel Ramón N. Guerra, Mariano Escobar, Juan Nepomuceno Vargas, Wenceslao Zuláibar, Luis Vargas Tejada y doctor Juan Francisco Arganiil". (4)

En la relación oficial que el Gobierno hizo de ese acontecimiento, para inteligencia de sus pueblos, se dijo entre otras razones: "... Han participado también en ella algunos extranjeros que olvidan su condición de tales y lo que debían al país en que se hallaban.... Tal ha sido, simplemente, el motivo que ha causa-

(1) Consultar los capítulos de "La Historia de la Literatura Colombiana" publicados por su distinguido autor, D. Gustavo Otero Muñoz, en "Santafé y Bogotá", No. 77.

(2) Eduardo Posada. "Apostillas a la Historia de Colombia". Madrid. Ed. "América".—Pág. 247.

(3) León Gómez.—ob. cit.

(4) Posada.—ob. cit.

do la orden dada a Arganil para que salga del territorio de la República". (1)

La "Gaceta de Caracas" publicó una lista de los presos en la conjuración del 2 de setiembre, en la que consta: ".... Juan Francisco Arganil, portugués, reputado por espía español". (2)

Y así, el presunto ayo de Luis XVII fué deportado a las bóvedas de Puerto Cabello en castigo a su crimen, viaje que realizó "sobre cubierta y atado con una cadena", (3) porque se lo juzgaba un rehén demasiado peligroso de guardar: Bolívar mismo, en carta al General Montilla, le dijo: "Los pacientes de Santa Marta, me ruegan que no los deje junto con Arganil...." Lo que revela que no era indiferente al Libertador el paradero de este anciano, tenaz en sus odios como un ídolo, y que hasta en marzo de 1830 escribía a su cómplice Martín Tovar: "Si en Bogotá hubiese yo sido escuchado y asistido en mis ideas, Bolívar no habría llevado a cabo sus parricidas designios" (4)

Olvidáramos ya su vida, perdonando a nuestros lectores el seguirla con nosotros, sin detenernos a considerar que cuando Santander llegó a la Presidencia, Arganil volvió a Bogotá y **entretuvo** sus ocios ya en reclamar por suya una de las más ricas custodias de la Catedral de dicha ciudad en pleito ruidoso felizmente adverso a sus pretensiones; ya en obtener del Congreso de ese entonces una indemnización en concepto de los perjuicios que le causó el destierro que por su **gloriosa** participación en el 25 le impuso "el Tirano"; ya en rechazar una forjada invitación que dijo haber recibido del ex-Rey José Bonaparte para que fuera a su lado pretextando,—muy elegantemente por cierto—, "que en Europa no podía comer fresas todo el año, como lo hacía en Bogotá", sino fuese porque en esta pauta de médicos recuerdos, Arganil filósofo, Arganil poeta, Arganil jacobino, Arganil legendario, cede ante Arganil clínico.

Haciendo las salvedades que el buen juicio aconseja, respec-

(1) Blanco y Azpurúa. "Documentos para la Vida Pública". Tomo XIII, doc. número 3913.

(2) Blanco y Azpurúa. ob. cit. Tomo cit. Doc. Nº 3911.

(3) Blanco y Azpurúa. ob. cit. Tomo cit. Doc. Nº 3911.

(4) León Gómez. ob. cit. Pág. 30.

to de la ecuanimidad que puede merecernos una opinión de este hombre, debemos recordar que el cuatro de agosto de 1830 publicó un juicio sobre la "Nosografía filosófica" de Pinel (1), en el cual concluyó: "Preguntamos a todos los que conocen de cerca la vida pública y privada del General Bolívar desde el año 1810, que nos digan si no está pintado, facción por facción, en el retrato que el profesor Pinel presenta de Tiberio y de Luis II. Por nuestras propias observaciones, por las de las personas allegadas al General Bolívar y las de otras que lo han tratado familiarmente, estamos íntimamente convencidos de que padece de una fuerte e inveterada melancolía".

¡Fuerte e inveterada melancolía, que nace de una sensibilidad casi extenuada por veinte años de fragor, de ingratitud, de esterilidad en su sacrificio! ¡Fuerte e inveterada melancolía, que le empuja a buscar el manto del oceano burlón y solemne para su descanso y le impide dormir muchas noches de febril insomnio, mientras acuden a su recuerdo sombras queridas que no hacen sino acentuar más su infinita soledad interior!

¡Fuerte e inveterada melancolía, que lubrica su fragua rugosa con el óleo de las lágrimas importunas y desgarrar su espíritu como un airón al viento, con el chisporroteo sorpresivo de una alegría enferma!

La rueca de Laquesis

Es 1829. El héroe quiere escapar, huir, perderse... Si un hado poderoso le preguntara su deseo, no vacilaría en cambiar sus alas inmortales que, como al albatros, por grandes no le permiten volar, con tal de ser un turista más, un viajero modesto, un indiano como tantos, girando sin personalidad en la gran ruleta humana.

Carbonell cuenta que el diplomático Bresson, en notas que él dice haber leído entre los papeles del historiador Villanueva, escribió: "La depresión de Bolívar sucedía a la energía. Dijérase que es la agonía de una grande alma".

Esa alma agonizaba en verdad. "La América, la América

(1) Blanco y Azpurúa. ob. cit. Tomo Doc. N° 4491.

que yo he librado de sus enemigos y a quien yo he dado una libertad que no merecía, me destroza en pedazos, con todas las furias de sus viles pasiones. No, amigo mío, no; yo no seré mártir: me cuesta muy caro abandonar a mis amigos; pero es imposible soportar los desdenes injuriosos de tantos liberales del mundo que prefieren los crímenes que consigo trae la anarquía, al bienestar y al reposo", escribe el Libertador el primero de junio, al doctor Castillo, desde Ocaña.

Pero Bolívar, aún cuando lo diga, no puede vaciar de su vaso terreno todo lo que de altruista preocupación puso durante tantos años. Y así, el 6 de abril dirigía una carta que denota la angustia de un espíritu que va a romperse en breve: "En Buenos Aires se están cometiendo atrocidades dignas de facinerosos... En cinco días, Bolivia ha tenido tres presidentes, dos asesinados... Chile se halla en manos ineptas y vacilantes... En México, no hay más que escándalos y crímenes... En Guatemala, crecen las dificultades".

En 3 de setiembre, su confesión crispa al lector como un anatema: "América es ingobernable: todos los que hemos trabajado por la causa de la revolución hemos perdido el tiempo; estos países caerán infaliblemente en manos de una multitud desenfrenada para ir a parar en seguida a la de tiranos de color o de raza. Si fuese posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, ahí llegaría América en su último período..."

El año 29 es verdaderamente un año trágico. Pronto el Perú hace armas contra Colombia impulsado por protervas pasiones; y aunque en Tarqui es justamente vencido, ese castigo es un nuevo dolor para Bolívar. Luego, Córdova, el galante Córdova, mancha su memoria con la más heroica y absurda de las revoluciones y aún cuando es derrotado y muerto, ese triunfo no embriaga al Libertador: lo intoxica. Federalistas y centralistas se apasionan y se combaten: Valencia se rebala. Páez, el llanero de tipo atiliano, sobre el centuario del odio, abre un lago de sombra entre el pasado y su memoria... Y en diciembre, Bolívar es expulsado de Venezuela, que no tratará con Colombia, mientras ella también no lo arroje de su suelo. El agonizante dimite la presidencia en Bogotá y se apresta al viaje final. La escarcela de su alma está vacía.

El 1º de diciembre de 1830 llega a Santa Marta a bordo del bergantín "Manuel" y el seis se aloja en el campo, que la generosidad de un caballero español, don Joaquín de Mier, abre a su deseo.

Bolívar sueña en recibir el aire tibio de los Montes Azules de Jamaica. Pero el albatros no puede ya alzarse. Y el hombre que fatigó los caminos de América con su paso, tiene que arribar a tierra en silla de manos y el que lució su apostura en los más brillantes salones de Madrid, de París, de Viena, busca una quinta silenciosa, rodeada de altos tamarindos y hasta la cual el mar llega con su lengua como un lebrél sumiso. En ella va a encontrar la vanidosa admonición de un obispo y el solícito cuidado de la caridad, de manos de un desconocido.

La transfiguración

En verdad, está muy próximo su Tabor. Porque Bolívar también se transfigura. Tiene su soliloquio sombrío, asiste a su última cena, recibe el lanzazo fatal de Berruecos, besa con triste delectación, la esponja acre del abandono, del desnudo y el escarnio.... Y luego de pronunciar sus palabras de consejo, reposa en tierra modestamente para surgir inasible cuando su partida ya no tiene retorno, ante la desesperación de sus hijas arrepentidas: Quito, la única fiel, en que nació su Magdalena; Venezuela, sorda a su tragedia y cruel con su memoria; Colombia que abrió las puertas del exilio; Bolivia, que no tuvo voz para salvarlo,....!

Révérénd

Como todos sabemos, el médico Alejandro Próspero Révérénd cuidó de él en los primeros diez y siete días de diciembre, hizo la autopsia de sus despojos mortales y defendió tenazmente la verdad, respecto a sus últimos momentos. Vamos a consagrar algunas líneas a este generoso francés para con quien América tiene contraída una deuda sagrada.

Révérénd nació a fines de noviembre de 1796, en Falaise, pe-

queña ciudad de Normandía. (1) En 1808 entró de alumno en el Liceo de Caén y salió de él en 1814, después de concluidos sus estudios. Cuando Bonaparte llegó de la Isla de Elba, en la fantástica campaña de los Cien Días, Révérend fué uno de sus soldados. Se hallaba a la sazón, 1815, gozando de los halagos de su familia refugiada en Amiens y arrastrado por el prestigio del Héroe y por la voluntad de su padre, Comandante de Armas, se enroló en el cuerpo de caballería que debía sufrir las desastrosas consecuencias de la campaña del Loire. Hasta 1820, año en que ingresa a la Facultad de Medicina y Cirugía de París, a la que asistirá hasta 1824 alcanzando el honor de ser discípulo del célebre Dupuytren, ha tenido que trabajar como tipógrafo en su provincia.

Su carrera académica se ve providencialmente truncada. La agitación política de Europa y las ideas racionalistas y liberales del joven estudiante producen rozamientos entre él y las autoridades, que le obligan a expatriarse. Y como Colombia había sucedido a Norte América en la admiración europea y se anunciaba al mundo con un vivo esplendor el nombre de Bolívar, en un navío inglés parte de El Havre, rumbo a Santa Marta, en 1824. En junio del mismo año llega a la ciudad colombiana e inicia su benéfico apostolado. Por esos días estaba en vacancia el cargo de Médico de la ciudad y el Ayuntamiento exigió que Révérend rindiera un examen en Cartagena para conferirle ese honroso empleo. Al año siguiente presentóse ante el tribunal integrado por los facultativos D. Dionisio Araujo, colombiano, D. Manuel Vega y D. Ignacio Carreño, venezolanos y como la prueba fuese satisfactoria, el General Mariano Montilla, Intendente de los Departamentos de Magdalena e Istmo, le nombró Médico Cirujano interino del Hospital Militar de Santa Marta. En vista de este particular, la Gobernación no tuvo inconveniente para encargarle del servicio de Sanidad.

(1) Consultar:

Ramón Azpurúa. "Biografías de Hombres Notables de Hispano América" Tomo IV, 1877. Caracas. Pág. 256.

Scarpetta y Vergara. "Diccionario Biográfico". Bogotá 1879. Pág. 507.
Diego Carbonell. ob. cit. Tomo XIII y XIV.

En 1830, los levantamientos de Río Chico conmovieron la paz de que venían gozando Santa Marta y Cartagena y el General Montilla, su pacificador, estableció el cuartel general de su ejército en la primera de las nombradas y lo designó su Cirujano Mayor.

El primero de diciembre del mismo año, Bolívar llegaba a Santa Marta y Révérend por recomendación del señor Juan Parageau, vecino de Cartagena y amigo de S. E., se ofrecía para cuidarlo con afectuosa solicitud.

El gobierno se mostró agradecido por los servicios del extranjero. Eran los momentos del duelo oficial, de la expansión del recuerdo, del tirambo a la memoria, de las lamentaciones por todo lo que de injusto y ciego tuvieron los hombres para con el héroe muerto.

La historia ha conservado la prueba del ofrecimiento espontáneo que Montilla hizo a Révérend de los despachos de Médico Cirujano Mayor del Ejército ad-honorem y que el General Urdaneta, a la sazón Presidente de Colombia expidió al término de la distancia. Pero estaba escrito que esos despachos no llegarían a manos del favorecido. La hidra mitológica lanzaba ya su acimo pernicioso en el Continente; el Gobierno de Urdaneta era tachado de "intruso" por los demagogos y su correspondencia violada en la impunidad de los motines. En vano, hasta 1832, en que Révérend emprendió su retorno a Europa, esperó el documento que le habría de seguro franqueado las puertas de la amistad de Lafayette cuando arribara a Francia, ya que el gran caudillo amaba a Bolívar con la espartana cordialidad de su elevado temperamento.

Révérend volvió a Santa Marta. ¿América le atraía, Europa le hallaba extraño? Ahí vivió hasta 1845 con el carácter de Vice-Cónsul, serena y claramente, frente al mismo mar eterno que aún llora a Bolívar, prolongando su ancianidad respetada entre las dulzuras de la filosofía y el cultivo de su jardín tropical, herbORIZANDO en las tardes estivales como su maestro Juan Jacobo, con un gran paraguas bajo el brazo, mientras envejecían en su despacho, las notas con que un pueblo en época ya lejana, le manifestó su gratitud.

Debemos añadir que Venezuela, por decreto de 30 de abril de 1867 honró al ilustre anciano entregándole una medalla de brillantes y años más tarde, acordóle una pensión vitalicia, una recompensa extraordinaria y la condecoración del Busto del Libertador.

El "Diario" y la "Relación" escritos por Révérend (1) son como una serie de agua—fuerzas en las cuales el buril del artista hubiese mordido tenazmente esas hojas grises destinadas a brillar con el tiempo.

Hay en ellas una simplicidad que aterra. Cuando se avanza en la lectura de los treinta y tres boletines que componen el "Diario", se siente una opresión singular que muchas veces multiplica en los ojos las pequeñas letras del infolio. Révérend, a fuer de preciso, es cruel.

La zarza encendida

Y así como en la llama sagrada, el oído absorto recibió el mensaje de promisión de labios de Jehová, América impura toma en esta fecha un denso manto de pudor y tiembla ante la palabra interrogadora con que su padre la confundiría. Ha olvidado "que el agua puede volverse sangre", como dicen las Escrituras, cuando no se es constante en la norma dictada por el Legislador. Ha olvidado que la unión que expurga el egoísmo, debió ser su fundamental ambición. Ha olvidado que tiene herencia heroica y cívica y que el acero de sus armas vale menos que la esteva de sus arados. Ha olvidado que es el Nuevo Mundo, no en el sentido que los Colonos le dieron, sino como fué considerada por los filósofos: como la hija más tierna de la tierra, casta en sus apetitos, sensible en sus anhelos... Ha olvidado que el destino puso en ella un gran hombre y marcó de antemano su trayectoria, brillante como esas parábolas infinitas que las estrellas rotas a veces describen. Y América, poco ha hecho para obligar tan admirable augurio.

Quito.

(1) Blanco y Azpurúa. ob. cit. Tomo cit. Doc. Nos. 4557 y 4558.

POEMAS

ANTONIO MONTALVO

MUJER

Euritmia de la Giralda
Giralda de carne plástica!
Arquitectura de ensueño
todo su cuerpo resume:
morisco ritmo de fuego,
toda la filosofía
armónica de la curva
en la línea de su cuerpo.

Palmera, palmera tórrida:
alza dos metros estéticos
de helénica maravilla
sobre el nivel de la tierra.
Se mira bajo las lunas
sus manos —los blancos dátiles—
segando trigo de estrellas
en el trigal de los cielos.

De la matriz de los siglos
viene su encanto inasible!
Sensual delirio en la música
de oro y cristal de su voz.
Desde las albas del Vinci
nadie la ha visto, Giralda
ni las vigillas de Goya
ni los ojos de Picasso.

Mis ojos sólo la han visto:
por orilla azul de ritmos
—playas del mar de los cánticos—
yergue su gracia desnuda.
Palmera, linda palmera:
Strawinsky de los vientos
sediento de ensueño arranca
sinfonías de su cuerpo.

VUELO DE GARZAS

Por las frescas orillas de la tarde
anillada de azules horizontes
la nieve de dos garzas sopla el viento
arrancándola al sueño de los Andes.

Ingrávida, inasible y armoniosa
va por el éter la blanca sinfonia
como un grito de amor crucificado
en la crucifixión casta del vuelo.

Destila añil celeste el mar convexo
cuyas aguas de ritmos pitagóricos
retratan espejismos de distancias.

Pero al morir la tarde se confunden
la nieve rutilante de las garzas
con el polvo nevado de las brumas.

EL TROPICO

Recuerdo de mis días en el trópico . . . cuando
caracol de mi cuerpo, mi espíritu veía,
nostálgico de nieves y olor de serranía,
morir a un sol de sangre en el azul, cantando.

Yungla, la yungla brava sensual y capitosa
encendía la noche con luz de sus reptiles
y era una pirotecnia con alas y candiles
la fronda del cacao y de la pomarrosa.

El mirtho florecido, poeta y buen feligre
aventando sus flores en la brisa oportuna
conjuraba a su novia romántica, la luna
para enlunar la brama selvática del tigre.

Pero era en la canícula fragante del estío,
cuando los gallinazos de azul estaban hartos,
que en las orillas frescas, soñando los lagartos
tragábanse el crepúsculo fantástico del río.

Allí, pescados de oro bronceado, las montuvias
— sirenas de las ondas vernáculas, sirenas
hieráticas y lindas — sobre las aguas rubias
retorcían sus torsos de las pieles morenas.

A veces deshilábase la luna en blancas hebras . . .
Daba el cuervo sus gritos y las ranas los suyos
mientras la romería de luz de los cocuyos
iluminaba el silbo de amor de las culebras.

Belleza en la noche hórrida y en el fulgor del día:
bajo cielos de añil y el horizonte gualda,
un vuelo luminoso de loros de esmeralda
regaba en el espacio su loca sinfonía.

Y era alegre la risa de los amaneceres
destapando sus pomos sensuales de fragancia.
Las palmeras elásticas, como lindas mujeres,
desnudas bajo el cielo cimbreaban su elegancia.

La selva mismo daba su himno de maravilla
y en la hora azul del ángelus romántico o maganto
era bello tumbarse sobre hamacas de encanto
y hundir los sueños íntimos en humo de vainilla.

Quito.

EL MUNDO ATLANTICO

WALDO FRANK

El oro y la máquina

El conquistador buscó el oro, y el oro es el símbolo de la voluntad de los hombres que asolaron dos continentes al crear la América Hispana. El oro es concreto y convincente; sin embargo, parece que tiene un poder mágico, ya que en sí mismo no es nada. Su valor es egregio, pero su gracia es democrática porque cualquiera puede ganarlo. Es inflexible y constante: con él se puede dominar el mundo; sin embargo, es estéril porque no tiene energía, y tiene sólo la vida del que lo posee o del que quisiera poseerlo.

La voluntad de España en los siglos XV y XVI fué hacer del mundo el cuerpo de su estado y de su estado el cuerpo de Cristo. Y la conquista de América fué una cruzada popular por dar realidad a este sueño. La verdad y la fe han de ser tangibles como el oro. La salvación de las almas se gana mediante sacramento, es decir, mágicamente. Es un proceso técnico como el del dinero al comprar un pan o un pedazo de tierra. Es negociable también y se halla como el oro en las manos de los inteligentes. La república cristiana (en la que Inglaterra, Alemania y hasta Francia fracasan) debe de ser algo así como la moneda toda de la tierra, fundida por el amor de Cristo y estampada con el troquel de España, y que el hombre posee completamente para pagar el cielo con ella en el momento oportuno.

Los hombres que poblaron las Trece Colonias del Norte llegaron y trabajaron con el espíritu de la máquina. La máquina es una encarnación de la acción física y está en oposición al pensamiento y a la sensibilidad. Por medio de la inteligencia, de la emoción y de la imaginación, el hombre logra la unión con el mundo. El cuerpo, en cambio, parece que le separa de él. La máquina puede, desde luego, servir indirectamente a esta unión

mientras ella no sea más que el siervo del espíritu del hombre; pero en esencia no es más que la mano habilidosa extendida, la mano racionalizada e hipertrofiada.

A pesar de la aguda inteligencia que inventa y desarrolla la máquina, y a pesar del profundo pensamiento filosófico y jurídico que la precedió, la máquina es, ante todo, un producto del corazón. En otras muchas épocas ha tenido el hombre inteligencia adecuada para engendrar la máquina; pero en los tiempos todos de luz espiritual, el corazón de los hombres ha anhelado o el contacto con la tierra o el contacto con Dios, o ha ido tras la sabiduría o ha buscado la paz, fines todos a los que la máquina no puede servir de una manera directa, por lo que el pensamiento no se inclinó a desarrollarla. No es la máquina una mano para acariciar y conocer a la tierra como la madre legal, ni para ganar la salvación del alma tampoco. Bajo sus formas infinitas y en su esencia principal es el siervo del corazón que ansía ganar la tierra para su propio fin y transformarla en un apéndice del cuerpo. Es la mano del corazón del poder y no del corazón del amor (1). Siempre existe esta clase de corazón. Es el corazón normal del niño en el momento de transición que hay entre el animal y la confraternidad humana de la vida, cuando lucha por afirmarse y por imponerse sobre todas las cosas y todas las personas. Pero ni el niño, ni la raza de los niños inventan la máquina. Les falta inteligencia.

Y he aquí que en la Europa medioeval el hombre fortifica su pensamiento. Toda la savia maravillosa del mundo mediterráneo le nutre. Toda la sangre nueva del norte germánico le vitaliza y el descubrimiento de sí mismo como parte del cosmos cristiano levanta hasta el éxtasis su pensamiento de la Europa medioeval; no inventó la máquina tampoco; su interés iba hacia otros fines que la máquina no podía alcanzar, y cuando la síntesis medioeval se desmoronó, el corazón del hombre fué desposeído una vez más de su unión consciente con el Todo; una vez más vino a ser el átomo voraz del niño en la vida de transición que va del animal al ser humano. Este nuevo corazón infantil había heredado

(1) Véase "Re-descubrimiento de América". Allí se dan las definiciones del amor y del poder y se analizan los aspectos positivos de la máquina.

el viejo pensamiento de la Europa cristiana, un pensamiento extraordinariamente fuerte y sutil. Y la combinación del corazón y de la voluntad desaglutinante del niño con la altiva inteligencia del hombre fué la que inventó la máquina.

Esta amalgama del corazón y del pensamiento que produjo la máquina existió en Europa mucho tiempo antes de que la máquina práctica apareciese. Prevalció singularmente en aquella parte del norte que por razones fundamentales rompió con la iglesia de Roma y que fué la que más tarde pobló las colonias que ahora son los Estados Unidos. Una centuria antes de aparecer la era industrial hubo hombres en Inglaterra (1), para quienes la máquina era el símbolo de su vida. El corazón de estos hombres se había desligado de la Santa Iglesia Romana. Su voluntad se había disociado del cosmos; su apetito egoísta y su pensamiento utilitario se habían vuelto hacia la tierra. La teología de la iglesia había luchado por contrarrestar la codicia de los hombres; ahora los fragmentos sueltos de aquel credo justificaron esta codicia haciéndola aparecer como el camino del Señor y justificaron el éxito material haciéndola aparecer como prueba de la gracia de Dios... Aquellos hombres cuyo espíritu consideraban la máquina como símbolo, eran hombres de empresas y no de sacramentos. Creían que ellos y sus conventículos eran los elegidos. Y la voluntad de la salvación exclusiva les llevó a sacar de los libros cristianos todas las doctrinas que pudiesen justificarles. El católico, al buscar la integridad cuyo cuerpo tenía que ser la humanidad entera, se fué dando cuenta de una manera imperfecta y vaga, ya que ninguna alma está separada del Todo, de que no había más que una salvación universal. De aquí su frenética y patética voluntad para imponer la salvación a menudo, por medio del fuego y de la espada. El protestante, al amar su atómica individualidad quiso ante todo su elección personal, negó la integración más allá de la secta y gradualmente fué convirtiendo su indiferencia por los demás en la virtud de la tolerancia.

El símbolo visible de su unicidad, el asiento de su voluntad divorciada fué desde luego **su cuerpo**. No el cuerpo que siente y que piensa y que conoce, que es la forma más espiritual de lo universal, sino el cuerpo como una mera extensión de la volun-

(1) John Wycliff (1320-1384) con su Lollardismo, fué el primero

tad animal. A pesar de la espiritualidad del mundo protestante, esta fase animal del cuerpo vino a ser cada vez más la norma de sus valores. Por esto su gracia predestinada buscaba el triunfo del cuerpo, el triunfo material como una evidencia; y el rigor puritano del otro mundo se cambió en un ascetismo terrenal que atemperó el cuerpo, no por amor de la gloria, sino más bien para convertirle en un arma despiadada de los poderes del mundo (1).

Para estos hombres el oro no fué un símbolo. Pero el espíritu de la máquina—suelto, agresivo, físicamente cargado de intenciones—estaba en ellos. Y de su alma salió inevitablemente el culto y el perfeccionamiento de la máquina.

La voluntad cuyo símbolo era el oro y que se acomodó de preferencia en España, es también un resultado de la muerte del mundo medioeval. La iglesia había luchado por hacer del hombre una unidad dentro de sí mismo y dentro del cuerpo de la humanidad y por mover todos sus impulsos y sus partes en la divina dirección que marcaban las agujas góticas. El mundo de la tierra tenía que ser como la catedral una materia vil hecha luminosa por la fuerza de un designio y que se alzaba como un oscuro embrión, hacia el nacimiento de los cielos. Cada pasión humana y cada grupo social tenía su parte en ella. Sin embargo, mientras el corazón de Europa se movía hacia la salud espiritual y su pensamiento proyectaba la santidad y su imaginación llevaba por medio de las artes la experiencia de la integración a los siervos humildes, dentro del cuerpo católico se movían instituciones sociales, voluntades instintivas, conceptos intelectuales que trabajaban por destruirla. Era el legado de las costas mediterráneas, en donde la iglesia había sacado las piedras de su doctrina. Contra la voluntad unitaria de la iglesia, este legado llevaba la tendencia dualística propia de las sociedades esclavas que lo habían transmitido. Y así, mientras Roma trabajaba por crear un solo cuerpo sagrado de todos los hombres, vió ya dentro de este cuerpo que las almas individuales eran substantivas y no relativas, absolutas y no funcionales, y retuvo, ilógicamente, sin embargo, la entidad finita de Grecia para expresar lo infinito y lo eterno del juicio que los hebreos, sabiamente, no habían atribuído a la marcha fugaz de los

(1) Ejemplos de este ascetismo terrenal son las vidas de John D. Rockefeller y Henry Ford

hombres. La consecuencia fué que estas almas no regeneradas aún y fortalecidas por la doctrina cristiana, se condujeron como "monarcas", reventando y despedazando al fin el cuerpo cristiano. Y así mientras la iglesia visible y el estado lucharon por ser aún los órganos de una invisible comunión, los gobernantes llevaron su propio **monarquismo** a sus instituciones y lucharon por vencer a sus rivales y no por unirse con ellos. Las instituciones, al fin, hicieron velar la síntesis de Europa en un caos clamoroso de estados, de clases y de iglesias... y mientras el Santo Imperio Romano (1) se esforzaba por considerar la vida terrenal como el teatro inmediato (donde el hombre, para salvar su alma tenía que actuar), sus valores radicaban en la otra vida. La doctrina paulina la obligaba de continuo a condescender con el desprecio de la carne, y al desdeñar la tierra (la muerte no significaba nada) tuvo que defender las odiosas instituciones esclavas que Europa había heredado de sus antiguos paganismos. El mundo se envenenó alrededor de las grandes catedrales y al fin los esclavos se alzaron buscando aire y salud; derrumbaron la iglesia que mantenía a sus amos y repudiaron su verdad porque esta verdad la habían mezclado los padres de la iglesia intrincadamente con la falsedad que les agobiaba.

En Inglaterra, la ruptura con Roma fué franca; tuvo una forma activa y fué labor de la voluntad personal. En Francia la secesión fué intelectual y social; se retuvo la estructura de Roma. El nacionalismo triunfante de Enrique IV y de Luis XIV y el jansenismo ortodoxo de Pascal simbolizan el fecundo espíritu contemporizador por medio del cual Francia está lista siempre a renovar su espíritu sin romper absolutamente con su cuerpo tradicional. Esta es la razón por la cual Francia pudo crear la enciclopedia, la revolución y el arte romántico sin desprender una piedra siquiera de sus catedrales. En los pueblos italianos y en los países germánicos del Sur, el catolicismo prevaleció, pero desmedrado, tieso y ruinoso, hasta que ya no pudo sortener más la vida del hombre. Las luces del Renacimiento comenzaron a irradiar fuera del cuerpo espiritual de la iglesia que—como el oro de sus altares—se había hecho ya demasiado rígido para contenerlo.

(1) Roma se inclinó siempre a suprimir y a perseguir a los quietistas y a los místicos neo-platónicos, por muy santos que fuesen.

Roma, la acogedora de todos los impulsos en la quieta armonía de Dios que Dante concibió en su Paraíso, se convirtió ahora en la recusadora de todos los impulsos. Rafael revivió la danza serena de la primavera de Virgilio y la salvó dando a los danzadores nombres eclesiásticos. Miguel Angel, luchando por conservarse aún devoto, reprimió su espíritu desbordado en los retorcimientos musculares de las figuras agonizantes. Leonardo, bajo la máscara de la aceptación, se acogió al mundo prometeico cuyo divorcio de Roma se mueve en la irónica llama de todos los rostros que pintó. Y Galileo, simbólicamente obligado a retractarse de la ciencia tierna y alegre de la materia en movimiento, murmuró **epur si muove**, pregonando así el sino de la iglesia que habiendo sido en otro tiempo la recogedora de todas las canciones de occidente, ahora ya, desmembrada y tiesa, no podía ni resistir siquiera la más sencilla vibración física.

Pero en España esta declinación se mezcló con una vida nueva, cuyo desbordamiento maravilloso hubo de convertirse en las viejas Américas y en la promesa del Nuevo Mundo. España había vivido siempre en una frontera de Europa, y por África mundos extraños la invadieron profundamente y la transformaron. Pero la misma Roma imperial transformó a España sólo en la medida en que España misma transformó a Méjico y al Perú: dando un nuevo avatar a la vieja cultura. Durante setecientos años, esta España—celtibero-fenicia-románica-visigótica—había estado luchando con el árabe y el moro, viviendo con ellos y viviendo con el judío también. Cuando Isabel los arrojó al fin para crear la nueva nación, estaban ya en el espíritu de España y en ella quedaron para siempre. España acepta el cuerpo doctrinal de Roma con todo el fervor otoñal de la Contra-Reforma, pero con la pasión del semita por la teoría efectiva. El místico español del siglo de oro está más cerca del profeta hebreo para quien la conducta del hombre es la presencia de Dios, que del platónico que hace una sombra de la tierra para poder escaparse de ella o despreciarla al menos; y está más cerca del pensador árabe cuyo materialismo dinámico predice el cósmico tanteo de la ciencia moderna y más cerca también del guerrero moro que convierte en ejércitos su orden. Cuando termina en la nación la larga cruzada cristiana contra el infiel, el empeño del cruzado se ha hecho ya la medida del pensamiento y del músculo de España; y la misma corriente que lleva al Islam desde Bagdad a Viena, carga la voluntad católica de Isabel para

llevar a Cristo a las Indias. El castillo de Castilla marcha al través del océano.

Esta energía tempranera de España no fué completamente católica. Tenía fuertes rasgos semíticos y berberiscos. Y porque era un escape de la voluntad atómica, un desbordarse de la infinita propia afirmación en la empresa de la conquista, fué parte esencial del quebrantamiento de Roma y fué el conductor de las semillas de la decadencia católica. **Pero los valores y las formas conscientes del cruzado español fueron católicos y medievales.** El conquistador, el monje, el hacendado y el amanuense que poblaron América fueron hombres del Renacimiento, hombres desprendidos de la inmóvil síntesis de Roma, pero amantes de ella todavía, que traían a América su cuerpo desvaído.

Al símbolo de estas formas rígidas y mágicas, y de la codicia de estos hombres, le hemos dado el nombre de oro. Pero los españoles trajeron a América también el espíritu humano imperecedero cuyo cuerpo era la **Iglesia y todo el mundo** mediterráneo. Trajeron la tradición de la vida como un todo orgánico que cada hombre y cada grupo crean buscando y representando su parte correspondiente. Y trajeron esta dramática esencia de toda sabiduría: la vida de la unidad personal disgregada es condenación, y la vida integral donde la persona es como un elemento del todo, es salvación y belleza.

Los hombres que poblaron Norte América, después de separarse de Roma y virtualmente de la Inglaterra Anglicana, no fueron hombres del Renacimiento, sino de la Reforma (1). Fueron abiertamente lo que el español llegó a ser por medio de su voluntad impulsiva: átomos sueltos del cuerpo medioeval que nunca los había sujetado como sujetó a Francia, a Italia y a Alemania, átomos pendientes sólo de si mismos. Pero fueron hombres también que llevaron consigo desde Europa, al menos en fragmentos, ciertos valores de la República Cristiana. Su vago sueño de

(1) Los hombres del Renacimiento de Inglaterra se quedaron en la nación o volvieron a ella con Walter Ralceigh. Shakespeare, Bacon, Milton, no emigraron. Ni los puritanos verdaderamente ortodoxos que aceptaron la Iglesia establecida que ellos trataban de reformar por dentro. A los puritanos que emigraron, la Colonia no tardó en dividirlos en sectas.

un nuevo mundo en Massachusetts fué un legado de los Apocalípticos y de los Padres de la Iglesia que quince siglos antes habían edificado el "Nuevo Mundo" de Roma. Su democracia fué una evolución de la semilla hebraica cargada de la justicia social que la iglesia católica había plantado en el pecho de sus antepasados ingleses.

Las dos mitades del mundo americano

Tras los símbolos del oro y de la máquina se ocultan conceptos de la persona; y la realización de estos conceptos son la América anglosajona y la América hispana, donde los hombres viven hoy. En el norte, esta persona más separatista y más desligada de los valores cristianos de la Europa medioeval, destruyó todo lo que no se acomodaba a su espíritu y creó un mundo casi exactamente a su propia imagen. Una América benigna además, habitada en su mayor parte por tribus trashumantes, apenas le opuso resistencia. Al revés que de Méjico al Perú. El dinamismo egoísta del español fué constreñido por las fórmulas de la iglesia y refrenado por el idealismo católico en su fase de universalidad. El español fué menos atómico y mucho más receptivo. La América humana que encontró era, además, más potente, y la América física un tumulto de nieves y de fuego, una infinitud de llanuras y manigua (1). Con este mundo se fundió en vez de destruirle, y el mundo que creó, aunque un fragmento también, fué más complejo que el de los hombres del norte, sus enemigos de Inglaterra.

(1) Apenas llegaron a América los ingleses, se establecieron. Tardaron dos siglos y medio en llegar al Pacífico. En cincuenta años, en cambio, los españoles habían explorado todo lo que va desde Chile hasta el río Hudson. ¿Por qué esta diferencia? Los españoles buscaban oro, pero también iban tras un *manes* para incorporarle al cuerpo católico. He aquí por lo que se precipitaban hacia los litorales. Su religión era global; la de los ingleses atómica. Y los ingleses eran hombres trabajadores. No buscaban un mundo cósmico sino una colonia firme y separada que explotar. Sin embargo, su concepto de la persona era mucho más de prisa que el oro; por esto al final el pionero fue más lejos y el español vino a ser el que en realidad se estableció.

No hay duda de que el protestantismo apareció antes en las colonias inglesas que el capitalismo; no hay duda de que el concepto de la supremacía de la persona individual que vivía ya en la Gran Bretaña desde Duns Scotus, y que floreció de diversos modos en los credos protestantes, fué un carácter a la vez del capitalismo; y no hay duda tampoco de que el capitalismo tomó sus rasgos principales de los protestantes. De esta serie de yuxtaposiciones se ha querido deducir que el capitalismo es un fruto de la religión protestante (1). Parece más exacto considerar a los dos, al protestantismo y al capitalismo (y a la democracia también), como tendencias coevas el alma europea separada de la síntesis católica.

Todas son formas racionalizadas y sofisticadas, en grados diferentes, del estado del corazón y del pensamiento que hemos denunciado al deshacerse la Europa medioeval. Intrincadamente mezcladas aparecen todas juntas al descomponerse la fábrica de la Europa feudal. Y no sólo en los países "protestantes-capitalistas-democráticos". El florecimiento de las ciudades germánicas tiene su réplica en las comunidades españolas, y el apogeo de los protestantes del norte tiene la suya en el quietismo y en el priscilianismo herético que perturbaron la España del siglo XVI. Calvino, la cabeza intelectual de la Reforma, era francés, y los hugonotes de la Rochelle meridional no eran más protestantes en espíritu que los jansenistas septentrionales de Port-Royal. En realidad, la ilustración del siglo XVIII francés (la Francia Católica) contribuyó igual que el idealismo protestante de Alemania y el liberalismo británico a la creación del capitalismo moderno y de la era democrática. En el sur de Europa, la forma católica prevaleció y las tendencias que en otras partes degeneraron en el "protestantismo-capitalismo-democracia" no murieron, pero se conservaron subjetivas.

La esencia de estos tres términos considerados, no como instituciones sino como actitudes dinámicas del hombre, tienen un aspecto doble: los tres son el último fruto de la gran cultura cuyo momento de sazón fué el Santo Imperio Católico, y ellos representan, considerados como **energía**, el virus destructivo dentro de aquella cultura. Virus que trabajó más rápida y directamente,

(1) Véanse, sobre todo, las obras del alemán Max Weber.

aunque no de una manera más definitiva en Inglaterra que en Italia y en España. El principio activo de este virus es el **ego** separado que tiende a ser agresivo, materialista y racionalista (la racionalización es el pensamiento movido por motivos egocéntricos y se distingue de la razón porque la razón es la medida del pensamiento mediante la cual el individuo se ayuda a sí mismo para encontrar su lugar y su parte en un mundo unitario...)

Protestantismo. Es un conjunto de impulsos complejos en el fondo, con un término común, maravillosamente enmascarado: la afirmación del yo natural (no regenerado). La verdad de la Revelación, inicia Lutero, reside en el alma del hombre y tiene que ser expresada por el pensamiento de cada hombre. Este camino, y Lutero lo vió, conducía al caos; por esto completó su premisa con la gracia. La mente individual del hombre era conducida rectamente a la verdad evangélica por el don divino de la Gracia. La fuerza reside aún en la propia afirmación, aunque el ser es místicamente conducido. Lutero, al abandonar el mágico sacramento de Roma, no puso en su lugar un método o una disciplina mediante los cuales se asegure la salvación del alma. La gracia es sobrenatural; no viene al hombre por ningún esfuerzo: el hombre la tiene "naturalmente" o no la tiene. La persona salvada, según Lutero, no está regenerada en esencia. Calvino lleva el tema de Lutero a su lógica conclusión. La Gracia, dice, es una esencia predestinada que separa ineluctablemente al condenado, del elegido. Ninguna acción del condenado puede salvarle y las acciones de los ya malvados únicamente revelan su bienaventuranza como el calor revela el fuego.

Esto es individualismo disociado radicalmente de la vida humana. La realidad, para Calvino, es un alma separada. Un alma salvada, él la concibe definitivamente separada del resto de las almas pecitias. Y separada hasta de sus propias acciones que en el mejor de los casos no son más que meras pruebas temporales "características secundarias". Su propia afirmación depende de otro aniquilamiento y del aniquilamiento de la acción. Los católicos habían luchado desatinadamente por entender y asimilar otra verdad que no fuese la salvación individual: la beatitud debe ser universal puesto que cada alma es una parte del todo. Sintieron la falsedad (los sacerdotes vagamente, los místicos con violencia) que había en la dicotomía de la predestinación y el libre albedrío. Y sintieron que la libertad era

el fruto de la aceptación y de la realización de la expresa parte cósmica de uno en el Todo. Calvino desecha todas estas aproximaciones a la verdad y dice que el hombre no es libre; que la mayoría de los hombres están condenados, y que los elegidos reciben su gracia como una dádiva predestinada que separa francamente su esencia de sus hermanos y de la Naturaleza.

A primera vista, este credo parece "espiritual" y absolutamente extraterrenal. Parece, en efecto, una rápida ascensión por parte del trascendentalismo de San Pablo. Pero en la realización de un punto de vista, no tanto la palabra del hombre como el impulso y la imagen que hay detrás de ella, será lo que le dirija. Y si el impulso es contrario a la palabra, las acciones del hombre lo revelarán en seguida. "El alma" cuya premisa, de cualquier manera que sea, es una separada elección, es tan sólo la máscara o el nombre de la voluntad separatista, de la codicia y de los apetitos del cuerpo. Esta es una ley que no pretendemos probar aquí ahora. Pero la historia de las sectas protestantes de los Estados Unidos lo prueba suficientemente para nuestro propósito inmediato. Sectas eran que pronto se hicieron abiertamente materialistas y adquisitivas y declararon la guerra a los principios estéticos, intelectuales y emocionales del hombre; y al principio de unidad, y al religioso, por lo tanto. El ascetismo calvinista que buscaba el otro mundo, mostró su calidad en el ascetismo terreno del pionero y en el de su vástago anodino el "go-getter".

También, a primera vista, la importancia que Lutero atribuye al individuo en la Gracia, en la consciencia y en la interpretación de la Escritura, parece asegurar el crecimiento de la persona verdadera, tanto tiempo sumergida en el mágico formalismo de la Iglesia Católica. Pero aunque las derivaciones laterales de la delincuencia católica—el Romanticismo, el Idealismo filosófico y sus frutos científicos—condujeron indudablemente al redescubrimiento de la persona en sus verdaderos aspectos, el protestantismo en sí, no tuvo esta virtud. Su concepto de la persona fué falso, mientras asumió la separación del alma y concibió la Gracia independiente de la actividad del hombre con los demás hombres y del esfuerzo de sus obras en la propia recreación (1). Toda

(1) Hubo, naturalmente, otra evolución del protestantismo americano: la ética, que considera la conducta como el único medio de solu-

persona que desconozca sus dimensiones sociales y cósmicas y que crea que su salud espiritual es extraña a su conducta, no es real. Y el credo que propague una falsedad del ser, será alejando poco a poco de la verdadera comprensión del ser. También esta ley es defendida por los hechos. El norteamericano al evolucionarse acomodó y se debilitó en los reinos creativos del arte y de la religión cuyo venero es siempre la vigilancia personal. Finalmente, aun desde el punto de vista del protestantismo, las sectas de las colonias fueron decadentes desde sus comienzos. El clamor devoto fué pronto la protesta de un grupo brillante contra la condenación inevitable. Antes de la revolución, el protestantismo ya se había desmoronado hasta el átomo materialista y racionalista. Los padres de la Constitución no eran cristianos, aunque algunos de ellos acudiesen puntuales a los servicios de la iglesia (1). Los Estados Unidos no han sido nunca una acción cristiana.

Capitalismo. El protestantismo racionalizó la Gracia o la predestinación del ser atómico, basándose en la autoridad bíblica: perteneció a aquella fase del hombre europeo durante la cual a causa de su fondo cristiano, el hombre tradujo todos los valores en términos espirituales por muy física que fuese su voluntad. El capitalismo racionalizó la Gracia o la predestinación francamente en términos del poderío material y basándose en la ley humana del propio crecimiento. En el capitalismo, los elegidos son los ricos y los condenados los pobres y ambos son necesarios en el equilibrio social. Como en el protestantismo clásico, la responsabilidad es personal y hay una separación fundamental entre el

ción. Más esas iglesias (la Unitaria, por ejemplo), al caer poco a poco en las precauciones sociales, perdieron todo el sentido del núcleo místico y cósmico de la persona (que el protestantismo clásico había tentado retener, aunque en una forma separatista para salvar el dilema del determinismo). Estas iglesias de "cultura ética" al perder la esencia mística, gravitaron hacia un extremo del error y se alejaron tanto del verdadero conocimiento de la persona, como el Antinomianismo. Cuando tratemos del Pragmatismo y del Democratismo con quienes estas iglesias se alian, se entenderá más claramente hasta que punto el error de estas iglesias se relaciona con el error del **ego disgregado**.

(1) Tan absurdo como llamar quákero al actual capitán general del ejército y de la marina americana Herbert Hoover.

próspero-bien-aventurado y el despojado-maldito; y hay también la racionalización de esta codicia como la ley que gradualmente deja de ser de Dios para hacerse de la Naturaleza.

El Catolicismo no racionalizó nunca de una manera decorosa la esclavitud que puede definirse como la explotación humana. El catolicismo heredó y aceptó la negra maldición y la explicó como un rasgo del pecado original y como un incentivo para la caridad. No es una afirmación católica y sí una premisa del capitalismo el cual, sin duda, por esta razón, odió el nombre y lo borró. Tiene que haber elegidos que acumulen los valores sobrantes del explotado y quienes por medio de estos valores sobrantes que forman el capital, defiendan, agranden y sirvan al orden capitalista.

El calvinismo racionalizó la condenación de los más, para salvar la Escritura como una construcción divina y lógica a la vez, en la cual los elegidos pudiesen apoyarse, seguros del cielo. Los economistas del capitalismo racionalizaron la esclavitud de los más, para salvar la anarquía de la naturaleza humana no regenerada, con el dominio de los ambiciosos, como una estructura divina sobre la cual estos ambiciosos pudiesen apoyarse, seguros de la justificación social.

El capitalismo al principio colocó rigidamente al rico y al pobre en clases separadas tan distintas entre sí como las del elegido y el condenado presbiterianos. Esta situación se manifiesta aún en el capitalismo analizado por Marx. Pero una nueva fuerza estábase alzando, y a la cual nos volvemos ahora. Esta fuerza convirtió las órdenes impetuosas del puritanismo americano en el vago humanitarismo de las iglesias congregacionales y destruyó al mismo tiempo la rigidez de las clases económicas.

Democratismo. No debe confundirsele con el principio de la democracia integrada cuyas raíces fueron católicas y judías y cuya flor fué el liberalismo europeo. El democratismo es, sucintamente, el dogma místico de la salvación del populacho. Pero aunque su credo es sencillo: **Vox populi vox Dei**, sus fuentes son complejas. El igualitarismo romano se cubrió con la autoridad del clero, con el sacramento y con la gracia que de alguna manera tenía que ser, a la vez razonablemente merecida y divinamente otorgada. El protestantismo abolió el poder mágico del sacramento e hizo individual y predestinada la Gracia. Pero hubo

hombres que creyeron que Roma y la Reforma, a su vez, tenían cada una la mitad de la verdad y que era necesario juntarlas. El igualitarismo de Roma (cualquier hombre podía y debía pertenecer al santo Cuerpo Social) y la predestinación de la Reforma (el individuo se salva fuera de sus actos por una gracia imbuida en la persona antes de nacer) se juntan y significan que el cuerpo social de una nación es el santo cuerpo natural y que cada individuo se salva si se acomoda a él. La naturaleza misma es entonces quien otorga la Gracia predestinada; y cada hombre, si se une al natural cuerpo social, participa de su justicia.

Como todas las otras formas nacidas de la delicuescencia cristiana, el democratismo no tiene un padre solo; pero Rousseau vino a ser el punto de convergencia de donde sus tendencias resurgieron con fuerza. Su ciega fe en la bondad del ser instintivo y en la divinidad de la suma total de estos seres personificada en el Pueblo, su antipatía por las disciplinas y por las órdenes espirituales que significaban el dominio de las minorías (dentro del cuerpo individual o social), son rasgos del democratismo que desde luego no es más que una onda del movimiento romántico.

Aquí desfigurado por la adición se encuentra también el mismo concepto del **ego disgregado** que se glorifica a sí mismo, hallado en el protestantismo y en el capitalismo. El pueblo divino no es más que la suma de los seres disgregados y no purificados. El **ego** racionaliza ahora su derecho apoyándose en la autoridad de la Masa, que es una simple forma amplificada, de él mismo. No es extraña, pues, la adoración que mostró el Romanticismo hacia los dos, hacia el populacho y hacia el alma solitaria y no purificada, ya que el uno es sólo la acumulación de la otra; y no es extraño tampoco que la raza que ha perdido su prístina intuición de la persona verdadera, como el foco de la humanidad y del cosmos, quiera afirmar su inseguridad—que se aglutina para hacerse fuerte—apoyándose en el número...

Al revés que el capitalismo y el protestantismo que son europeos y que en los Estados Unidos siguieron su curso de una manera más virulenta porque fueron menos perturbados por el resto tradicional del mundo cristiano que los engendró, el democratismo, como ideal, parece ser principalmente americano. En ninguna parte de Europa se combinaron los elementos que lo com-

ponían de esta manera singular (1). Es una forma peculiarmente acomodada a las condiciones y a la psicología del pionero. El colonizador americano, no sostenido por ninguna fuerte iglesia cultural como el conquistador, se deslizó sin resistencia hacia la selva primitiva. Sin embargo, no fué un salvaje. Sus recuerdos culturales bastaron para ayudarle a racionalizar la vida que tenía que vivir; una vida de acción inconsciente, de soledad absoluta y de ansia por el calor de la muchedumbre. Se convirtió en el enemigo instintivo de todas aquellas cualidades del espíritu que pudiesen entorpecer la labor del pionero: la meditación, la imaginación, el arte... Mas era aún bastante europeo para intentar justificar lo que hacía, con nombres doctrinales. Por esto, en nombre del igualitarismo, subyugó las distinciones intelectuales y espirituales. Quiso, sin embargo, poder adquirir posesiones materiales, porque éstas, al revés que las espirituales, no estorbaban al pionero. Por esto, en nombre de la predestinación toleró las riquezas económicas. Su democratismo consintió desigualdades en el reino material donde causan malestar mientras lo allanó todo hasta una norma negativa en el campo de la conciencia donde los valores jerárquicos deben conservarse para que la humanidad no se hunda.

La anatomía del espíritu humano está tan especializada como la anatomía del cuerpo. Unos hombres son cerebro y células nerviosas, mientras otros no lo son. Una diferencia puramente cualitativa. Pero **todas** las células del cuerpo tienen que estar bien nutridas. El democratismo empobrece a los hombres intelectuales y sobrealimenta las formas más bastas. Floreció en la frontera americana antes de que naciese Rousseau. Se asoció al capitalismo y al protestantismo y juntos engendraron al pionero que formó los Estados Unidos. Se destruyó toda oposición. El indio, sólo intimamente conocido por hombres heroicos como John Elliot y Daniel Boone, fué asesinado ferozmente; al negro se le segregó y las minorías religiosas fueron absorbidas. En Nueva Inglaterra, el verdadero puritano, con su creencia tradicional en

(1) El Marxismo, a pesar de que hace contener en el Democratismo algunos elementos rousseaunianos, difiere radicalmente de él por la fuerza que adjudica a la disciplina y al recreo. Esto no puede decirse, sin embargo, de muchas páginas sueltas de Karl Marx.

el establecimiento de la iglesia y en su falsa teocracia católica, se convirtió en una reliquia; en el sur, el anglicanismo no fué más que un ademán y bajo las diferencias de las Secciones Americanas—diferencias considerables para producir una guerra que las eliminase—el pionero prevaleció con su nuevo credo. La Tierra quedó limpia para él, sólo quedaron las sombras de los bosques y el espíritu de los indios en la sombra.

El mundo que él creó con la fusión democratizada del capitalismo y del protestantismo, es la cultura de la máquina de los Estados Unidos actuales. Su retrato crítico ha sido ya hecho (1). Aquí sólo hemos de acentuar aquellas líneas que convergen con la perspectiva de la América Hispana. . . El rasgo físico y económico principal de este mundo es, desde luego, la máquina, que fué el símbolo del espíritu de los fundadores de este mundo hace tres siglos. Y el rasgo psicológico más importante que la máquina es el amo, porque la vida de los Estados Unidos, delineada partiendo de un concepto falso de la persona, carece de verdaderas personas. Sus individuos son por lo tanto las víctimas de su voluntad, simbolizada y racionalizada por la máquina y maravillosamente extendida, crea una especie de manigua (2) exteriorizada que es el ambiente americano. Al través de esta agresiva manigua el norteamericano vaga peligrosamente en un estado esencialmente bárbaro como el del salvaje en los bosques brasileños.

Lo mismo que los salvajes del sur, el norteamericano profeza una religión que tiene un nombre vago: Pragmatismo, y un alto sacerdote: John Dewey, a quien la posteridad llamará el america-

(1) Véase *inter alia* las obras de Herbert Croly, Van Wick Brooks, Randolph Bourne, Walter Lipman, Lewis Mumford y "Nuestra América" y "Redescubrimiento de América".

(2) La manigua es *exterior*, no porque se compone meramente de máquinas-objetivas, y de artes e instrucciones objetivas hechas a máquina, sino también porque la máquina, al representar la voluntad separatista del hombre, es en su efecto, extraña y hostil a la naturaleza integral del hombre que tiene una voluntad aglutinante y no disgregadora. Mas profundamente, sin embargo, la manigua es *interior* puesto que es la representación de una parte del hombre. Este problema de la máquina y de la manigua americana, etc., se analiza detalladamente en "Redescubrimiento de América".

no dominante de las primeras cuatro décadas del siglo XX.

El Pragmatismo toma la estructura social que la máquina ha labrado para que como matriz del hombre sea el primer agente modelador de su destino. Esta estructura es en sí una forma exteriorizada de ciertas tendencias subjetivas; pero el Pragmatismo la acepta como la única norma. Y dentro de esta norma, la norma industrial, el Pragmatismo debe sujetar la actividad individual a los procesos de diversa acomodación necesarios para sobrevivir. A este principio de acomodación, el Pragmatismo lo llama inteligencia, que al mismo tiempo define como una simple **función** de la sobrevivencia y de la acomodación al medio. Virtualmente, pues, el Pragmatismo considera esta naturaleza de la máquina como algo absoluto que es externo y superior a la esencia del hombre y hace del espíritu y de la mente del hombre una serie de contingencias cuyo objeto es adorar esta naturaleza, acomodándose a ella. El Pragmatismo se revela, así, como una actitud de sumisión a la manigua industrial el cual, ilógicamente, no le ofrece al hombre ninguna arma como no sean las que graciosamente le da la misma manigua (1).

Ahora, si recordamos de nuevo que el mundo de la máquina es la encarnación de ciertos impulsos que hay **dentro** del hombre, vemos lo exacto que es llamar al pragmatismo una religión. El hombre primitivo coloca su voluntad personal en objetos exteriores para adorarlos como seres absolutos y anteriores a él. A esto se llama animismo. Y el pragmatismo, en esencia, es una religión animista. Por esto el ciudadano civilizado de los Estados Unidos, tiene no solamente su manigua, sino su religión correspondiente. En lugar del árbol y del totem, en los cuales el salvaje ama sus fuerzas vitales, el pragmatismo adora su voluntad disgregante en la máquina (y en la sociedad-máquina), creyéndola anterior a él y haciéndola realmente dominadora al someterse a ella. Y esta fuerza, al revés que las fuerzas vitales de los salvajes, no es una expresión inconsciente de la totalidad, sino un fragmento cuyo efecto es humanamente destructivo. En el fondo del pragmatismo está la impotencia para reconocer el núcleo formativo de la verdadera persona: la exclusión del verdadero ser como

(1) Dice Dewey: "El sentido de la totalidad que se ofrece como la esencia de la religión, puede ser formado y sostenido únicamente por

el foco potencial, para el conocimiento objetivo, y como el punto de apoyo para la creación. Esta exclusión se deriva, desde luego, de un falso concepto de la persona, cuya falsedad tal vez viene del error que se halla en el fondo de los credos protestantes. La paradoja de relacionar el protestantismo individualista con el pragmatismo colectivista, desaparece así. La creencia afirma, en cualquier forma que sea, la separación y la independencia de la persona, la posibilidad de la salud espiritual o de la integración fuera del contenido que incluye la vida, envuelve una básica negación de la verdadera persona. Porque el primer paso de la experiencia individual deshace la separación y la independencia en que esta creencia y el credo protestante, singularmente, se fundan. El protestantismo puede decirse, por lo tanto, que ha ignorado radicalmente a la persona. Y en esta ignorancia produjo hombres en quienes el verdadero sentido de la personalidad, no pudiendo nutrirse, languideció. Hombres que, cuanto más se acogieron a sus voluntades atómicas, más se empobrecieron dentro de su verdadero egoísmo. Se convirtieron en un rebaño. Crearon la máquina, entre tanto, y consciente sólo de su propia voluntad dissociada, adoraron esta voluntad en la forma simbólica de la máquina. Se hicieron hombres insensibles que veían sólo las circunstancias exteriores de su voluntad a lo que solamente llamaban real; mientras que a su oscuro sentido de la integración interior

agrupación en una sociedad que ha conseguido ya cierto grado de unidad. Esforzarse por cultivar esta agrupación, primero entre individuos y luego extendiéndola para formar una sociedad orgánicamente unificada, es una fantasía. La complacencia en esta fantasía manifiesta un anhelo, pero no un principio de construcción". Es muy difícil siempre hallar en las propias palabras de Dewey un sumario breve y fiel que represente su credo; pero la cita anterior y sus prescripciones para que el nuevo individuo **niegue en sí mismo** todos los principios y todas las normas que se opongan al orden social vigente, le revelan con bastante claridad. En todo esto están implícitos, el fracaso de Dewey para sentir la cualidad orgánica de la vida (en contraste con una totalidad extremadamente construida), y su aceptación del orden social como algo absoluto. Nunca se le ocurre a Dewey preguntar de dónde viene este orden, ni por qué lo adora. Ningún fanático religioso, al exigir que el individuo niegue todas las partes de él mismo, que van en contra de aquellas otras partes que él ha erigido en un dios extremo, podría ir más lejos de la verdad.

lo calificaban de "fantasía", mostrando así que una habilidosa acomodación a estas proyecciones de su deseo infantil y personal era el único medio de "hacer frente a la realidad" y de sobrevivir. Se hicieron pragmatistas. Su número hoy en los Estados Unidos es legión. Y bien puede llamarse, por lo tanto, el pagmatismo, en vista de su último origen, una degenerada religión protestante.

Al norteamericano la falsa afirmación de la persona le separa, no sólo de su alma, sino de su tierra. Su voluntad impetuosa no puede conocer al ser porque explota la energía de este ser para fines separatistas y fragmentarios; y no puede conocer la tierra tampoco por la misma razón. Y aquí, otra vez, el corazón devorador tiene su símbolo en la máquina que excava la tierra y la salta y la nivela y la pesa, pero no la **conoce**. El hombre, para adquirir aquella parte consciente de la vida que le distingue del sueño del bruto, necesita el contacto con los dos, con el ser y con la tierra. Contacto con su verdadero ser, porque el ser es la única fuente de conocimiento para él, y contacto con la tierra porque ésta es la experiencia más sencilla con el no-ser, con el mundo objetivo que es una dimensión de todo el conocimiento propio. El hombre jamás conocerá el mundo objetivo, si sólo permanece en contacto con el mundo de las máquinas. Porque la máquina, al ser una forma diferenciada de la voluntad separatista del hombre, es una parte de su ser, una parte fragmentaria hecha falsamente exterior por su afirmada independencia.

De aquí tenemos que deducir que las bases de la vida, tal como ha sido organizada en los Estados Unidos, son inadecuadas para la creación de los seres humanos completos (1). Hemos visto que estas bases son el falso concepto de la persona; el intento de unificar la vida partiendo de los impulsos parciales de la persona y del deseo rebañego; y el perfeccionamiento de un artificio social que separa al individuo de los manantiales de su salud espiritual, de su alma y de su tierra. Tales bases sólo pueden engendrar el caos. Y el espectáculo exterior del orden, sólo ocultará la confusión.

(1) Véase la definición de "Cultura Integral", en el Cap. V, pág. 2, y las consideraciones sobre la integración en los Caps. I, II, III y XVI de "Redescubrimiento de América".

Este es el mundo de los Estados Unidos, cuyo futuro está oscurecido por peligros, comparados con los cuales las dificultades económicas de ahora, son bendiciones, porque ellas, por lo menos, hacen pensar al pueblo.

Mas el pensamiento también puede ser impotente. El pensamiento de un hombre no puede extirpar un cáncer producido por una desarmonía de la integridad del ser. Si este cáncer continúa en la dirección de la vida ordinaria, los Estados Unidos perderán la iniciativa de tal manera, que la fuerza del peligro orgánico que amenaza a todos los hombres y a todas las razas les hundirá en el desastre. Su mismo progreso técnico no puede durar siempre. El manantial del mecanismo es la ciencia pura; y la energía intelectual, sin la cual no se pudo haber creado la ciencia práctica, vino de una Europa que aún no se había deshecho, de una Europa donde los hombres integrados perseguían a la ciencia por el amor a la ciencia. Amor es este del cual el técnico típico no sabe nada, porque es un hombre sin contacto con la totalidad de la vida y esencialmente estéril. Por algún tiempo podrá manejar todavía y hasta mejorar las máquinas cuyos principios descubrieron sus antepasados. Pero a medida que se aleje el manantial creativo de donde brota la potencia intelectual, y a medida que sus máquinas se hagan más complejas, el abismo se abrirá más cada vez entre su dominio y sus tareas. Y puede llegar el día, en que sin la sabiduría ya, del hombre que vive en contacto, no con una serie de cosas sino con la vida misma, el especialista sea incapaz de dominar la máquina.

Estos rasgos negativos del Democratismo industrial apuntan a un desastre local, tal vez remoto aún, que debe evitarse para que no se destruyan las fuerzas creativas de los Estados Unidos. Toda esta fase, ya hemos visto, que pertenece a la transición del hombre entre la naturaleza animal inconsciente y la consciente naturaleza humana. Mas una transición es peligrosa (el nacimiento es una transición), porque ella puede conducir lo mismo hacia adelante que hacia atrás. Hay en el democratismo del norte rasgos positivos que amenazan extenderse y anquilosarse en una permanente barrera que detenga y hunda el genio creativo del hombre... acaso para empezar de nuevo. Estos rasgos vienen disfrazados con atracciones inmediatas para la humanidad, entre las cuales están las excavaciones por encontrar las reliquias de los antiguos órdenes culturales, la exaltación de las normas de

la vida ordinaria, y una moral popular triunfante....

El Democratismo industrial producido por la disolución de la cultura es un disolvente de las culturas en decadencia. Ya en los Estados Unidos las formas heredadas de la relación entre los hombres, entre el hombre y la mujer, entre el padre y el hijo, entre el gobernante y el gobernado, entre el artista y el público, entre el pastor y la grey, han desaparecido virtualmente. Están desapareciendo en Europa y en la América Hispana. Y deben desaparecer, puesto que en todas partes, desde Inglaterra a Chile, estas relaciones están revueltas con supuestos tradicionales que ya no son válidos. Las artes, y los estilos de los Estados Unidos, en cuanto representan un medio para eliminar escombros merecen ser acogidos con benevolencia. Además no se aceptará ya más el hambre. La miseria y la enfermedad que pudieron ser la norma de las masas en los mundos esclavos y en el mundo cristiano que defraudó a la esclavitud, creando un cielo democrático, no es admisible hoy. Ya la Francia del siglo XVIII había aprendido lo que los profetas hebreos sabían muy bien: que el hombre con el cuerpo negro de escualidez no puede tener un espíritu brillante. Y la América del Norte ha recorrido parte, por lo menos, del camino que va hacia un nuevo nivel más alto del bienestar físico y ha contribuido para siempre a universalizar en el espíritu humano, si no el hecho, sí el anhelo de la salud. La fuerza de este anhelo a los ojos del mundo hace universal la admiración por los valores de Norteamérica, ya que al admirador rara vez juzga.

Y por último, en lugar de moralidades muertas, el democratismo industrial de los Estados Unidos tiene su moral. La moral puede definirse diciendo que es un espíritu o una disposición común que nace de los ideales aceptados y activos de un pueblo. Los Estados Unidos tienen ideales y se mueven por ellos. No son los ideales profesados en ninguna iglesia; las iglesias carecen de moral. Ni son los ideales de los intelectuales y artistas desperdigados que también carecen de moral. Son ideales implícitos en la Constitución. Ideales que exaltan y mueven la sociedad americana como a un rebaño organizado para la tarea de la ganancia personal y del confort, ideales profesados por los humanitaristas que están devotamente alerta sobre la propiedad. Acaso es cierto que la mayoría de los americanos no ganan muchos bienes y adquieren poco confort entre el caos de las máquinas productoras de confort, y que estas máquinas

las ganan sudando para vivir incómodos, pero, por lo menos, a la última moda. Mas la mayoría de los americanos aceptan el ideal de la posesión personal, el ideal de la comodidad física. La mayoría de los americanos dedican su vida a ganar estas dos cosas. Por eso realicen o no su ideal, tienen una moral.

Otros pueblos poseen ideales, pero ideales formados en gran parte por palabras teológicas y tradicionales que no tienen validez ya y que hablan confusamente al pueblo; y el pueblo está ligado a ciertos valores, aunque ve que en su forma importuna estos ideales son estériles. De aquí que su moral esté deshecha. Sólo dos naciones hay hoy en el mundo en las cuales la actividad común se ajusta a los valores comunes; sólo dos naciones que tengan moral: Rusia y los Estados Unidos. Las dos naciones más influyentes. Y no porque sus ideales sean aceptados por el mundo, sino porque la moral es invasora.

El español vino a América con la codicia del oro, con un Estado absoluto y con una Iglesia. La caridad cristiana fué arrogante y brutal, pero no destruyó el mundo que conquistó. La Inquisición y la espada no eran instrumentos tan perfectos como la voluntad no conformista del norte. Selvática como la encontró, quedó la tierra, y selvático quedó el indio de la selva también. El español se mezcló con esta América en un nivel dual: bajo su credo, como una bestia en celo, y por encima de su credo como un hombre enamorado del mundo que vivía en el vientre de su mujer india.

Entre estos dos niveles cesó pronto de ser español y se convirtió en americano. Claro que no en un americano definido como el indio, sino en un americano turbio y profético como el mestizo. Entre tanto, la conducta del Estado y de la Iglesia sobre el fermento fué principalmente de suspensión. Cortaron toda prematura cristalización del mestizo y le impidieron al indio que regresara a su misterioso pasado. La monarquía, aunque remota de la Colonia, pudo prohibir todo **experimento de gobierno autóctono** (1). Los dogmas de la Iglesia nunca fueron reales, ni en la pampa ni en los Andes, pero sirvieron para preservar tanto al indio como al colono del caos de las sectas. Roma guardó vivo su espíritu en todo el mundo colonial, aunque su

(1) Las misiones de los jesuitas fueron una excepción, y a causa de ellas, principalmente, se les expulsó.

cuerpo era inadecuado ya para la América Hispana. La hermandad universal, la voluntad de unicidad en el pensamiento y en la acción, el servicio a la tierra por medio de la belleza y el servicio a los cielos por medio de la justicia, seguramente no interesaban al pueblo de una manera inmediata; pero tampoco se convirtieron en palabras que favoreciesen una voluntad contraria. Eran una presencia desencarnada y espectral en toda la América Hispana, una energía flúida que tomaba la forma del ánimo del pueblo. Y así, mientras el pueblo era devoto, estos ideales fueron las emociones de la Iglesia. Pero cuando los principios de Francia y de Norte América prevalecieron, ellos fueron también las emociones de la República.

Sólo de esta manera pueden entenderse estas repúblicas. Institucionalmente son impertinentes a su mundo, pero impertinentes eran también la monarquía de España y la teología de Roma. Como una forma del sentimiento ideal, ellas recogieron el espíritu errático cristiano del pueblo que la iglesia no podía ya contener. ¿No podría la república expresar la hermandad de los hombres mejor que la diócesis? Por esto, la energía ideal de la iglesia, ya que su cuerpo estaba caduco, engendró en la América Hispana estas irónicas repúblicas muy lejos, en efecto, de la estructura económica y política de las naciones, pero que sin saberlo contenían el espíritu romántico cristiano. En los Estados Unidos, la república representaba tan perfectamente los intereses del pueblo, que pudieron olvidarse los veneros ideales. Era un programa en acción, un instrumento de los amos de la tierra. En la América Hispana la república, como un hecho político, no existió nunca; por esto pudo aún servir como un gesto ideal. Y en este estado informe retiene valores potenciales heredados de la tradición de la iglesia, que podrían aun convertirla en un instrumento de la regeneración del pueblo.

He aquí una conjetura: prácticamente, la república en la América Hispana (1) simboliza una **discontinuidad** entre los ideales del pueblo y los ideales de la vida que son mucho más profundos que políticos. Esta discontinuidad explica la falta de moral en la América Hispana. En su estado más bajo, el mestizo o el criollo (por razones conocidas ya), viven para el goce mórbido y

(1) Tal vez hay una o dos excepciones sueltas: la Argentina y Costa Rica, por ejemplo.

sensual; y como su mundo es de ordinario un mundo difícil, viven torcidamente y carecen de moral. Mas desarrollados ya, pueden tener los ideales de su iglesia. Pero estos ideales no tienen realidad y ellos lo saben. Su iglesia ha sido asolada por el torrente histórico: su cultura merma, su arte declina y sus leyes están despedazadas por la ciencia. El gran mundo se precipita, no sabemos a donde, a pesar de la existencia de esta iglesia y el mestizo se encuentra humillado por su lealtad a un espíritu cuyo cuerpo conoce que es arcaico. Se encuentra inseguro y aterrorizado... Tal vez cree en la república. Su ideal será entonces el ideal romántico de Jefferson y Bolívar, pero con la discrepancia punzante, otra vez, entre la teoría de su estado y sus estímulos y sus acciones. Se sentirá impotente como ciudadano. Si es un indio, se abrirá un vasto abismo entre su espíritu y su vida. Conoce su alma y sabe que no hay lugar para ella ni en la república ni en la iglesia. Conoce su tierra, y siendo la tierra lo esencial de su raza, en las leyes de la nación no tiene ningún derecho. Y si es un mestizo, el conflicto entre los ideales y el mundo se levanta cuádruple por las confusiones que hay dentro de cada uno.

En resumen, el hispanoamericano de cualquier nación y de cualquier casta, labriego o intelectual, está entregado a ideales que llegan a él en un cuerpo arcaico, tradicional y roto ya. No ha encontrado el camino por donde este espíritu, al que es todavía leal, pueda moverse en el mundo moderno, y ningún medio de reencarnarlo en una existencia efectiva. Anhela de tal manera la realización de estos ideales (una doble necesidad, puesto que es el hijo del indio y del español, dos pueblos que no tienen palabra que corresponda a *cant*), que se siente desposeído en el mundo moderno, impotente, a pesar de sus altas capacidades, e inferior a cualquier nación (sean cuales fueren sus ideales) que haya encontrado una forma y una habitación para su espíritu. Como un ser social, por lo tanto, el hispanoamericano se halla hoy en las peores condiciones. Al desconfiar de sí mismo, desconfía de su hermano también. El temor, el desespero, o alguna esperanza loca son sus motivos de acción pública. Y considerado como ciudadano, no tiene moral.

Las formas efectivas de sus ideales no existen en el mundo. Pero su espíritu sí tiene un cuerpo interior. Todo lo débil que se quiera, pero lo tiene. Y tiene una moral como individuo, una moral imperfecta desde el momento en que la verda-

dera persona actúa como un ser social, intensifica su devoción a la familia y se agrupa con personas de espíritu equilibrado y armónico. Lo que explica en estos países la gran abundancia de la vida en grupos, no sólo entre los indios, sino entre los intelectuales, los ganaderos, los labriegos y los rancheros. Y la ineptitud de estos grupos, al fin, cuando entran en la acción pública, siguiendo a un caudillo o mezclándose en una revolución, se debe desde luego a que sus ideales no pueden expresarse en una forma social.

Hay muchas clases de personas en la América Hispana. Los fríos pinos del sur de Chile no cobijan al mismo hombre que las palmas de Cuba; pechos muy diferentes respiran el aire húmedo del Amazonas, desde el ozono finísimo de los Andes, hasta los vientos amplios de la Pampa. Pero hay sin embargo armonías esenciales entre los pueblos. La armonía del **pathos**, sobre todo, que nace de la falta y la necesidad de una moral: la común lealtad a aquellos valores cuyas formas tradicionales son arrasadas por el mundo moderno y la común lealtad a la tarea de la recreación. La armonía de **nacimiento**: cargados de cultura estos pueblos están sin embargo nacionalmente vacíos, porque son ciudadanos de una nación premeditada, en contraste con el europeo nacido en pueblos que son el fruto maduro de una larga cultura orgánica. Esta dirección, impuesta a su nacimiento tiene sus **pathos** también porque es una carga para el hombre instintivo.... La armonía de **perspectiva física**: cada hispanoamericano contempla un mundo cuya exuberancia natural es dominadora. El hispanoamericano no ha hecho mella en él y esto pone en sus ojos otros **pathos** de imperfección humana.... La armonía de **perspectiva cultural**: cada hombre de Hispano América tiene que mirar hacia adelante; el indio, porque lo ha perdido todo y el mestizo porque no ha ganado nada y porque mirando hacia atrás, va a dar a los tiempos de la tradición, que debe abandonar. Sin embargo, ni España ni la América aborígen le han preparado para mirar hacia adelante. Como hemos visto, los dos, el español y el indio, son hombres de lo inmediato y de lo eterno. El mestizo se ve obligado por su mundo nuevo y deliberado, a vivir en un tiempo esencialmente extraño para él. Esta armonía de perspectiva le lleva de nuevo al **pathos** — al **pathos** del hombre que se siente extraño siempre. Y todas estas afinidades se acuerdan en un tono menor:

en todas hay una pérdida o un anhelo, o una tragedia (1).

Pero aun hay más relaciones positivas que unen al hombre de la Pampa con el hombre de la meseta de Méjico. Sea cual fuere su condición, el hispanoamericano se halla en contacto directo con su alma y con su suelo (los dos son correlativos y van juntos siempre). Si se ha conservado simplemente indio o negro, el contacto es intenso y puede convertirse casi en manía bajo la opresión. Acaso la experiencia del negro es un recogerse instintivo como de sueño, en la selva o en su propio ser, y tal vez la del indio es su arcaica y propia vigilancia, como un elemento importante del clan cuyo cuerpo es la tierra comunal. Por muy elemental y detenida que esta experiencia esté, es siempre una semilla de creación para cuando la venida de cualquier primavera espiritual pueda ablandarla y hacerla crecer. Ni se ha roto este contacto en las clases urbanas, porque las ciudades —aun las grandes ciudades como Buenos Aires y Rio de Janeiro y Méjico— están rodeadas de su campo, vitalizadas por él, rítmicamente armonizadas con la economía agrícola; y el más desolado pueblo minero de los Andes no está separado de la montaña porque emocionalmente no ha sido dominado por la máquina. La iglesia, hasta donde ella puede funcionar hoy, fomenta este contacto con el suelo y con el propio ser. El platonismo cristiano no pudo vivir en la América Hispana: la piedad que conduce al cielo, hace mucho tiempo que se transformó en la piedad de la carne, como el único cáliz visible del alma. El ascetismo en el norte se hizo mundano, y el culto del Sacramento, en el Sur, se hizo terrenal. El católico de la América Hispana ve su alma como si fuera la de la tierra, las siente juntas y las goza juntas. Y el estudiante participa de este íntimo contacto. Su universidad, hija de la Síntesis de Santo Tomás, es universal, es a saber: que profesa la tradición del Todo y enseña la unidad de la vida como una suma orgánica. El intelec-

(1) Muchos críticos hispanoamericanos empiezan a analizar estas afinidades, lo cual es un buen signo, ya que hasta aquí los escritores se habían contentado con sentir las nada más. Tengo ante la vista un libro admirable de Carlos Alberto Erro, crítico de Buenos Aires: "Medida del Criollismo", del cual me he servido para muchos detalles. Y apenas hay un número en las principales revistas hispanoamericanas que no contenga una aportación a esta síntesis crítica.

tual, libertado del dogma católico, cambia el foco de su visión y generalmente pierde el foco por completo. Sin embargo, mientras busca a tientas otro nuevo, estos contactos primordiales y la tradición del Todo le salvan del desespero de la especialización. Le dirigen hacia un interés creador en la política y en la economía, le adiestran contra las falsas artes que carecen de esencia estética, y difunden su sentido del *ego* hasta hacerlo receptivo para los valores filosóficos y religiosos.

El intelectual y el hombre del campo giran en un cielo de gracia elemental. Y porque conocen el suelo y el alma, se conocen unos a otros. Su experiencia mutua les lleva a aquella integración potencial que es el comienzo de la creación. Conocen vagamente, sin embargo, y en un grado muy lejos aun del umbral de la acción.

La América Hispana, todavía más que los Estados Unidos es la mitad de un mundo. Con simetría sorprendente posee lo que el norte no tiene, y carece de lo que el norte ha conquistado ya para sí. En su tradición india y católica, encuentra una base adecuada sobre la cual levantar la substancia cultural que sirve para el intelectual, el proletario y el labrador. Mas esta labor transformadora no la ha hecho aun; al revés que los Estados Unidos que de una tradición mucho más pobre (una cristiandad despedazada en sectas y estrujada por falsas doctrinas) ha desfilado la energía en las formas de una civilización agresiva y de una ética del trabajo. Los Estados Unidos han llegado a conseguir una opinión pública bastante fuerte para permitir disentir la disidencia, medios liberales de comunicación, gobierno y comercio estabilizados, líderes que reflejan los valores populares y el ritmo de una muchedumbre dedicada a perseguir sus deseos perfectamente definidos. Todo esto falta en la América Hispana. Y aunque en ella se encuentran temas infinitos de música magnificante no tiene aun ritmo alguno, lo cual significa que no vive todavía de una manera orgánica.

Los Estados Unidos están amenazados de una catástrofe porque si su velocidad es grande, su propósito es pobre, porque la nutrición de su vida creadora se está debilitando mientras continúa la multiplicación de su vida material a la cual sólo el espíritu creativo puede controlar. Y porque su moral descansa sobre una premisa de valores que la experiencia humana revela falsos y estériles. Y así, cuanto más acelere su progreso actual, tanto más seguros van al desastre. Mas la América His-

pana que carece de religión y de moral está en peligro de descarriarse.

Los continentes americanos son las dos caras de un solo problema. Los Estados Unidos necesitan un nuevo calor germinal. Sobre su base adecuada de cultura han levantado un cuerpo sólido que la inteligencia humana no puede manejar y que no dice nada al espíritu humano. En este cuerpo tienen que alojar la semilla que absorberá su energía o reventará transfigurándole. Esta semilla ha de ser la nueva experiencia de la vida en su totalidad; una revelación del destino humano trágico y divino, a cuya luz el pueblo verá que sus caminos actuales son falsos y groseros. Líderes capacitados tienen que manifestar esta revelación como un destino que todo el pueblo, armónicamente reunido, pueda cumplir. (El pueblo siempre está listo). Será un cambio de actitud tan profundo y tan intenso, que en términos modernos se aproximará a lo que los santos llamaban conversión.

A la América Hispana vino un orden rígido animado de un gran espíritu y cuando el orden se hizo más rígido y se encogió, no pudo ya contener el espíritu. Los valores del pueblo no tienen cuerpo y sus cuerpos institucionales — el religioso, el político, el económico — no tienen valor. El problema, al parecer tan diferente, es el mismo que el de los Estados Unidos. En un sitio hay orden que necesita vida, en otro hay vida que necesita orden, pero un orden muerto no es orgánico. Y una vida sin cuerpo no es vida. En la América Hispana, por mediación de líderes o de grupos directores, tiene que venir la revelación nuclear de una forma social (comenzando humildemente), que pueda contener los ideales del pueblo de tal manera, que el pueblo, fortificado por ella, los alimente con su energía y con el número. Este crecimiento en la América Hispana no será una conversión tanto como una evolución, puesto que las viejas formas — la india, la católica, la republicana — en contraste con el cuerpo de los Estados Unidos, son tan decrepitas que cualquier espíritu inquieto las aventará hechas polvo.

El norte, con su Democratismo Industrial, tiene un cuerpo inadecuado en la base, pero fuerte en la superficie, que ha de romperse con la ayuda, probablemente, de una revolución violenta. La tradición de totalidad no ha muerto nunca desde Roger Williams a Whitman, pero es hoy muy débil. Y es débil porque en el siglo XVIII, cuando se fundó la nación, la tradi-

ción de la vida como un organismo se había ya quebrado. La América Hispana no tiene absolutamente cuerpo, lo cual acaso es más ventajoso que tenerle reciamente armado si este cuerpo debe de ser deshecho. La vida como una integración orgánica tiene una fuerte tradición en la América Hispana. Es fuerte en el indio, en el católico y en el español. Y se manifiesta hoy agudamente en la voluntad de la juventud hispánica. El material sobre el cual esta voluntad tiene que trabajar es un caos enorme. Mas el camino está abierto.

El problema de los Estados Unidos consiste, pues, en dejar libre su impulso hacia un comienzo nuevo de creación. El de la América Hispana en encontrar los medios para realizar esta creación. El problema del norte es así de religión en lo que los hombres del Sur son fuertes, y el problema del sur es de disciplina, de técnica y de método en lo que los hombres del Norte son poderosos....

La persona

Son muchas las "causas" del desmoronamiento de la República Católica de Europa y ninguna es verdadera. En rigor, ninguna causa puede ser verdadera porque la vida es una sucesión de formas orgánicas y la razón del cambio de una forma a otra es la vida misma, no pudiendo haber ningún pequeño detalle dentro de una sola forma. En rigor, por lo tanto, nosotros podemos estudiar los hechos sólo como relaciones y lo que llamamos causas son acontecimientos de una contextura transformada en otra temporalmente adyacente. La esperanza del mundo descansa en la naturaleza de estas transformaciones. De vez en vez, en la Historia, algún rasgo humano mezclándose con otro, al calor de las circunstancias y en proporciones misteriosamente justas, se transforma en un acontecimiento que nunca había acontecido antes. Tal acontecimiento puede, desde luego, anticiparse, puesto que ninguno de sus elementos es nuevo. Mas en la precisa configuración de estos elementos el acontecimiento es absolutamente original, fluyendo ya en la sucesión de las formas, cambia toda la vida. Estos cambios deben ocurrir en el

concepto de la persona también, si se ha de crear un nuevo mundo en las costas del Atlántico. (1).

La Iglesia Católica heredó del mundo mediterráneo que la engendró y del cual ella fué el más conspicuo avatar un sentido confuso de la persona. El judío, el egipcio, el griego, el hombre de Libia y hasta el asiático, habían contribuido a esta herencia. Hay que escribir un libro, sobre los elementos de su concepción. Pero basta por ahora con anotar que el hombre de toda la cuenca mediterránea se había levantado en difentes grados un milenio antes de Cristo, de un estado en que no era más que una parte inconsciente de la naturaleza. El resultado de este levantamiento fué dúplice: al perder su unión instintiva, el hombre se sintió solo, despojado, medroso, . . . una persona separada, por lo tanto. Y de una manera deliberada buscó restablecer sobre una base consciente, la comunidad con la vida que había perdido. De aquí sus artes, su ciencia, su magia, su religión.

Pero la conciencia de su soledad adquirió valor; fué la señal de su levantamiento del sueño y la llamó personalidad, alma. Toda su voluntad animal de sobrevivir quedó ligada ahora a este nuevo concepto. El hombre quiso dominar el terror de la imperfección que su soledad envolvía, reconquistando de un modo consciente su unión con el cosmos. Pero el hombre quiso

(1) Esto no significa, de ninguna manera, que la acción social directa y que la revolución social inmediata sean innecesarias si pueden llevarse a cabo. La vida no es tan simple como quieren que sea el revolucionario doctrinario que condena todo trabajo de recreación individual, y el liberal blanducho que condena toda violencia. Las dos, la re-creación individual y la re-creación colectiva deben ir juntas, y ninguna puede estar completa sin la otra. Hay un tipo de revolucionario que no es bastante radical —o revolucionario— para ver que ninguna acción social puede ser permanentemente creativa, a no ser que los hombres que la representan estén evolucionando sincrónicamente con ellas. La insensatez de creer que la regeneración sale automáticamente de implantar un credo social o económico es exactamente igual a la insensatez de creer que todo el trabajo debe ser primero hecho sobre individuos y que cuando la humanidad haya sido "interiormente reformada", ella se cuidará del problema que traiga un nuevo orden social.

también, con fervor animal, que su ya elevada separación personal participase de la eternidad del cosmos. Quiso estar y no estar separado y por eso inventó la inmortalidad personal sin darse cuenta de que estaba conjugando recíprocamente términos exclusivos.

Mas todo esto es la misma ley del crecimiento que se observa en el niño. Aquel nacimiento mediterráneo —Egipto, Palestina, Mesopotamia, la Hélade— ocurrió poco menos que ayer y sus rasgos son nuestros propios rasgos. Fué como la primera mirada del recién nacido, tras la cual tiene que dormirse una y otra vez; fué un momento de desarmonía entre un estado aún no abandonado del todo y un estado no logrado todavía. El hombre debe recogerse en sí mismo, como un ser separado, un poco más de tiempo, para darse bien cuenta de que la separación es intolerable para él. El error de la persona absoluta es el umbral que conduce a la verdad de la persona relativa. Sólo aquel cuyo **ego** ha nacido en este estado de transición puede renacer a la verdadera consciencia, y esto es lo que todos los grandes religiosos han querido significar por el "segundo nacimiento" y por la conversión, por la "crucifixión de la carne". Por esto las religiones han considerado también al pecador más cerca de la revelación que al hombre cuya bondad no era sino la armonía del sueño animal.

Entre tanto, sin embargo, la confusión de los conceptos contradictorios de la persona se extendió por todas las doctrinas del Mediterráneo; hasta a los judíos se extendió (1); y la recogió la Iglesia Romana, con lo que causó un gran perjuicio. Todos los argumentos del mundo no pudieron jamás solucionar las dicotomías del "alma inmortal", puesto que la falla estaba en la premisa. Así por ejemplo, si el alma era a la vez personal, y estaba destinada a unirse con Dios (la hipótesis del Todo), ¿tenía su curso predestinado, o poseía libre albedrío? Si estaba predestinada, ¿qué necesidad tenía de obras para perfeccionarse? Y si era libre de crearse ella misma la salvación o la condenación, ¿cómo podía depender de la omnipotencia de Dios? Innu-

(1) Antes del Exodo, el judaísmo no conocía la inmortalidad personal. En los días helénicos, los fariseos la recogieron —debido a la influencia persa, sin duda— y vino a ser oficialmente parte de la fe judaica.

merables cuestiones como esta, aturdieron a los Santos Padres. De cien modos se contestaron. El resultado fué una división abismal en la Iglesia, y no de doctrina (ya que la lógica puede amparar cualquier cosa), sino de experiencia. La Europa cristiana fué todo confusión. Había heredado confusión y no pudo deshacerla.

El protestantismo heredó esta confusión de la persona y resolvió el problema, . . . de una manera falsa. Y como cualquier solución produce armonía, el protestantismo fué eficaz; pero como la solución fué una mentira, la eficacia creó pronto el desconcierto. Más la persona falsamente concebida como una unidad absoluta y desociativa quedó por lo menos al descubierto. Se había ocultado en la integridad de Roma y ahora se encontraba libre y llena de entusiasmo irrefrenable del cuerpo cristiano. Los Estados Unidos, como sabemos, aceptaron la unidad engañosa y sobre ella levantaron su civilización. En formas ligeramente diferentes, triunfó también en la Europa Occidental. En todas partes, hasta en los países católicos, el hombre quedó fijo en la fase de transición de la conciencia: había salido de la integridad animal, y esto, que era bastante para sentirse solo, no era suficiente para separar su personalidad de las viejas concupiscencias animales y alcanzar la verdadera conciencia. En la América Hispana el hombre quedó en las mismas condiciones, con la excepción de ciertos indios que volvieron a hundirse por completo en la vieja integridad instintiva de la tribu, y de algunos negros (e indios también) que nunca habían salido de ella.

El hombre de todo el litoral atlántico, cuando se mueve completamente fuera del ciclo que trazan el alimento y la procreación, le mueve el concepto del yo, como un átomo disociado. En teoría, es un monarca. Ya no anhela el cielo; pero sus exigencias privadas sobre la tierra son tan paradisiacas, que crea en ellas un mundo infernal. Se amontona en clases y naciones. Mas las leyes que estos cuerpos imponen, son las leyes del arbitrio y de la componenda. Tiene que renunciar a algunas cosas; a veces tiene que arriesgar la vida para no ser atrapado por la preponderancia de otros monarcas, ¡ay!, como él. Abandona lo menos que puede. Su sacrificio está en proporción de su debilidad; y el propósito de sus cuerpos sociales es llegar a los mismos fines que acaricia su voluntad separatista. El objeto del estado es también el engrandecimiento, la imposición propia y la propia perpetuación. Y la persona que "sirve" al Estado

hace lo mismo. Si es fuerte para rebasar sus propios deseos, explotando al débil; y si es débil, para conseguir un poco de sus deseos, colaborando con el fuerte. Las naciones modernas son aglutinaciones no transformadas, de las voluntades de sus ciudadanos; y son potencias mientras actúan con éxito, de la misma manera que actuaría un patriota si pudiese.

Y todo esto es ahora fatal para el hombre porque es falso a la esencia misma del hombre. El ser humano es relativo, no absoluto, es una unidad, no un monarca. Considerado como animal, el hombre puede, inconscientemente representar una parte relativa en el todo por medio de los mecanismos instintivos del propio interés; y sobrevivir... como animal. Como hombre, tiene que representar su parte de una manera consciente como un ser integral y relativo, trascendiendo el proceso animal del propio interés, o fracasar como hombre. La voluntad animal es armoniosa en la naturaleza inconsciente; impulsada por la energía de la humana conciencia que surge, se hace monstruosa, porque el hombre es real sólo mientras él relaciona su vida con el universo como un accidente consciente, todo lo transitorio que se quiera, de su espíritu intemporal. En esta consciencia participa de la Eternidad que él representa; y para el hombre, que no es imperecedero, no puede haber otra.

Aquí bajo las formas significantes de los males económicos, está, por lo tanto, la esencia de la aflicción del hombre moderno en las costas del Atlántico. Separado progresivamente de la esencia humana, su humanidad carece de nutrición. En la marcha que sigue ahora, su pensamiento tiene que menoscabarse, encogerse su imaginación y oscurecerse su espíritu. Sin saberlo, porque está rodeado de hombres como él, dará en la locura. Todas sus máquinas no podrán salvarle si continúa siendo la encarnación de la voluntad que le separa de la vida. Y llegará el tiempo en que se acercará tanto a la paz dolorosa del bruto, que un día sus máquinas se romperán en sus manos y sus palabras no tendrán sentido.

El peligro del hombre en la manigua de los Estados Unidos no es americano, sino universal: por lo tanto, amenaza a todos los hombres y a todas las naciones modernas porque es el fruto de esta actitud frente a la vida —el falso concepto de la persona— que es uno de los rasgos principales de nuestro mundo actual. El otro rasgo principal es la respuesta a este peligro, con el escudriño anhelante de la humanidad que, por medio de las

ciencias y de las artes, quiere encontrar y sentir de nuevo la vida de una manera que pueda salvarla. La lucha de estas fuerzas es el drama del hombre moderno. Y puesto que su teatro principal son las costas del Atlántico, el drama es el drama del Atlántico también.

Las formas sociales del individuo transitorio —Democratismo, Capitalismo, Imperialismo Industrial— son transitorias también. Pero ellas han creado en las costas del Atlántico el **protocuerpo** de un mundo. Su parte directora es el Norte: la Gran Bretaña y Francia al este, al oeste los Estados Unidos. El Africa del sur, que es un apéndice de Europa, y la América Hispana, es política y culturalmente inerte. Este cuerpo tiene que cambiar y el camino de este cambio es el drama del destino cultural del hombre. Si sucumbe su frágil consciencia a la amenaza inminente, el cuerpo acabará por endurecerse en formas sociales que serán la expresión del hombre inconsciente y animal. Si triunfa el espíritu humano, el cuerpo se transfigurará y nacerá el mundo Atlántico... el primer mundo del hombre consciente que será el hijo y el heredero del mundo mediterráneo, en el que la voluntad del hombre occidental se despezó primero.

Las formas transitorias están tejiendo poco a poco el **protocuerpo** del Atlántico. Y así, aunque como fines, el Democratismo y el Industrialismo son absurdos, como medios son buenos. La comunicación mecánica, el comercio y el evangelio del gobierno popular, acercan todas las partes y todos los hombres de la América Hispana y los emparenta con Norte América y con Europa. El Capitalismo tiende, en todas partes, hacia una sociedad colectiva que fácilmente podría cambiarse en un socialismo, reteniendo sus valores esenciales. Esto sería un socialismo en el cual la verdadera persona — la verdadera consciencia humana— no tendría lugar: un socialismo en el cual el hombre funcionase sólo como parte de un rebaño en la actividad de la producción y del consumo. Mas como ya sabemos, el hombre en tal colectivismo ha de retroceder hasta la inconsciente armonía del bruto. Esta clase de socialismo no tiene en cuenta ni al ser humano ni al espíritu humano. Es un falso socialismo, un simple capitalismo humanitarizado o un democratismo socializado.

Contra el endurecimiento de estas formas transitorias luchan todos los hombres buenos. Aunque sus palabras sean diferentes, y los campos de sus esfuerzos apenas se toquen, todos se mueven por un motivo unitario. Y su trabajo debe al fin

converger en otra clase de socialismo, de un socialismo integral que transfigura el presente cuerpo industrial basándose en el verdadero concepto de la persona.

La fuente de la conducta humana y del conocimiento humano para cada hombre, es el individuo. En el individuo, verdaderamente conocido, reside la experiencia de las relaciones integrales con todos los hombres. Por esta experiencia sabemos que el bienestar individual y el bienestar social son uno solo, y que el poder personal es personalmente destructivo hasta para el vencedor: que el sentimiento individual y el pensamiento individual son acciones sociales: que el servicio social es creación personal, y finalmente que la continuidad entre todos los hombres es de tal manera **orgánica** que la injusticia social más remota es una herida íntima en la propia carne de uno.

La polaridad del mundo atlántico puede así considerarse como una tensión entre las energías que llevan al hombre hacia la muerte y las que le mueven hacia el nacimiento humano. Los dos polos son activos en todas las partes del Atlántico. La energía del capitalismo, como hemos visto, no está confinada al norte: cada estado y cada ciudad de la América Hispana tiene hombres que cooperan con los líderes de los Estados Unidos. Y la voluntad de crear no está circunscripta tampoco al Sur de una manera decidida. Lucha heroicamente en los Estados Unidos y en Europa, y tal vez con más claros resultados que en el Sur, a causa de la mayor intensidad del peligro.

Toda creación en el mundo moderno, por muy desentendida que esté de su último fin, está contribuyendo al redescubrimiento de la persona. La aportación de Europa es grande en conquistas efectivas, la más grande desde luego. Lo mejor de la literatura imaginativa de Francia del siglo XX es un escudriño inquisitivo en la esencia humana ya por síntesis lírica o explicativa como en André Gide, Jules Romain Rolland, Jean Richard Bloch, los surrealistas, etc., ya por análisis disociativo como en Paul Valéry y en Marcel Proust. Las letras de la Europa Central aportan a Franz Kafka, cuyas novelas, valiéndose de una leyenda poética, colocan a la persona dentro de su cósmica textura. La literatura británica aporta a D. H. Lawrence, cuyo fracaso apasionado por integrar su ser con su mundo produjo páginas infinitamente más importantes que todos los éxitos de los demás novelistas de Inglaterra; y a James Joyce que está creando una nueva leyenda en la que el individuo vuelve tierno al

vientre de su vida instintiva para irrumpir en un nuevo nacimiento intelectual. La pintura moderna coopera también. Desde Cézanne, Van Gogh, Picasso, lo principal en ella es el esfuerzo por reproducir la esencia estructural, desdeñando las asociaciones transitorias del sentimiento, en formas que estéticamente representen la continuidad entre la voluntad creativa personal y la substancia objetiva. Los físicos, apoyándose fuertemente en el monismo idealista de los metafísicos alemanes, contribuyen también a establecer la continuidad del fenómeno, la relatividad de la energía y de la masa, y porque rompiendo el dualismo implícito en la ciencia clásica, entre la actitud intelectual del observador y la actitud real del observado, preparan el camino a la experiencia humana consciente, de la unión íntima con el universo de sus sentidos. Freud contribuye revelando el mecanismo somático del sueño, de la emoción, del pensamiento; sistematizando así las líneas de continuidad entre la persona y el mundo objetivo. Los Estados Unidos contribuyen con sus "artistas apocalípticos" (1) y con sus pensadores. La epistemología de John Dewey, por ejemplo, es tal vez el saldo definitivo de las falsas dicotomías y dualismos heredados de las culturas esclavas: causa-y-efecto, propósito-y-fin, pensamiento-y-acto, ideal-e-instinto, etc., son revelados por Dewey como correlaciones que no tienen existencia separada.

Y así, el padre de la falsa religión del pragmatismo es uno de los preparadores del universo continuo en el que la misma persona ha de ser la que conozca. Y la enorme aportación de Scudder Klyce (2), que está creando con una síntesis de los materiales modernos la lógica de la continuidad física que ha de ayudar a formar el lenguaje y la imaginación de la persona consciente. La fotografía americana contribuye también con los trabajos de Alfred Stieglitz, que son una prueba milagrosa y clara del efecto posible de la visión subjetiva de un hombre sobre los objetos sorprendidos automáticamente por medio de una lente. Pero tal vez la contribución más grande de los Estados Unidos sea la multitud de personas, que, hundidas en el falso indivi-

(1) Véase el "Redescubrimiento de América".

(2) Lógico americano, autor de "Universe", etc. El que primero de una manera sistemática, y en términos científicos, ha respondido a la "religión" de Dewey'

dualismo, y en el falso colectivismo del mundo moderno, sienten más agudamente el peligro y se adelantan a encontrarlo.

España, inferior a Europa en la contribución intelectual, es superior a ella y a los Estados Unidos, vista como un cuerpo social orgánico, que da el ejemplo de su vida individual. Los líderes intelectuales de España —Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, etc.— guardan bajo sus diferencias, un espíritu unánime. Un espíritu desgraciadamente raro en Europa y casi desconocido en los Estados Unidos. Se la podría llamar espíritu "católico" si se despoja a la palabra de toda asociación dogmática y clerical. (Jacques Maritain y T. S. Elliot, y todos los llamados pensadores católicos de la Europa moderna carecen en absoluto de él). Tiene dos rasgos principales este espíritu: simpatía por todas las manifestaciones de la vida humana, una simpatía activa y creadora que viene de la experiencia de la conexión orgánica; e integridad personal (que falta casi completamente también en los intelectuales del otro lado de los Pirineos y del otro lado del Atlántico). Estos escritores españoles (aun los más europeizantes como Ortega y Gasset) han conservado a pesar del desmoronamiento del mundo cristiano, una integridad y un contacto inmediato con el mundo, que sólo puede venir del sentido verdadero de la persona. Este espíritu es común, en realidad, al labriego de Castilla, al obrero de Cataluña y al trabajador de Andalucía. El español moderno es el producto de la voluntad mediterránea de Isabel por integrar el ideal católico, y la tierra en un cuerpo activo y universal. Las formas del ideal se han deshecho, el mundo que España sostuvo en sus manos se ha desvanecido; pero la voluntad unitaria tenía tanta virtud que ella ha conservado al español individual. Su integridad no es, desde luego, la integridad activa y consciente de la verdadera persona (si así fuese, España sería de otro modo). Su integridad, acaso, no es más que una predisposición heredada **hacia** esta completa consciencia, una **forma** cultural en suspenso y aguardando la chispa y el combustible para ponerse en acción. Lo cual es bastante para hacer de España uno de los protagonistas en el drama del nacimiento atlántico (1).

España, con sus asociaciones tradicionales y potenciales, se

(1) Véase "España Virgen", particularmente los capítulos XIII y XIV.

vuelve otra vez a la América Hispana cuya aptitud peculiar para participar en este Drama ha sido revelada en el "Retrato". La América Hispana tiene la energía; los elementos necesarios y el estímulo.

Los rasgos más profundos de su vida tradicional, el indio y el hispánico, sólo requieren ser expresados en términos modernos para dar consistencia al concepto verdadero de la persona. El maya y el peruano entendieron el **Ser** como la unidad de un todo social que podía ser un bosquejo del cosmos. El mejicano lo entendió como una esencia de la naturaleza. Y todos los pueblos indios estuvieron libres del peligro trascendental: se adhirieron a lo substancial —al Sol, a la Tierra, al Hombre— como a los accidentes de lo universal. Y que su tradición se puede aprovechar y asimilar en términos modernos, lo prueba el comunismo profético de Mariátegui en Lima.

En el Brasil y en el Mar Central, existe el negro con su armonía sutil entre el ser y la madre tierra. Y en la ciencia moderna existe la oportunidad de trasmutar esta unión, desde la antigua sumisión hasta el dominio moderno.

Existe la herencia compleja y entera de la voluntad mediterránea y de la Iglesia católica que llegó a la América Hispana bastante intacta para perpetuar el programa del hombre como una parte consciente del cosmos. En Norte América, más que esta voluntad de Roma, fueron las voluntades fragmentarias de su decadencia las que se arraigaron y se hicieron tradicionales: la Gran Tradición, a pesar de que sobrevive, es débil. Y aquí, sin duda, descansa la única superioridad de la América Hispana sobre los Estados Unidos como creador potencial. La América Hispana es hija del siglo XVI, siglo en que la Europa Cristiana estaba aún relativamente fuerte y los Estados Unidos son el vástago, no de la Inglaterra Isabelina —que estaba aún entera y "feliz"— sino del siglo XVIII, del siglo en que el espíritu de Europa se hallaba sin cuerpo ya. Tal vez los elementos culturales que engendraron el Norte estaban demasiado disueltos, demasiado **formados** en su disolución, para ser espiritualmente fecundos, pero el cuerpo católico de España estaba aún viril cuando abrazó a América, y engendró en ella la vida.

Ya hemos visto cómo el espíritu de la esclavitud se tejió en el dogma de la Reforma y cómo está implícito en el Capitalismo. Y ya hemos visto cómo la tradición católica, aunque defendía la esclavitud, nunca aceptó doctrinalmente su espíritu.

Mas la voluntad católica, en su empeño vano por crear un cuerpo social, animado con el ser místico del hombre, podría renacer en forma de comunismo integral. Hacia este fin en realidad, se movieron oscuramente los jesuitas en sus Misiones Comunistas. Cualquier religión basada sobre el anhelo católico de unir la verdad individual y la justicia social — la Iglesia y el Estado — puede conducir a una forma de comunismo. L. U. S. R. R. es la lógica evolución de la Rusia Católica; y el credo de Marx salió (en forma germánica) de los profetas hebreos. Además, el espíritu católico de la América Hispana se conservará libre de las tendencias trascendentales de su pasado y del separatismo del *ego* europeo porque los dos, como sabemos, son repelidos por la esencia india.

Entre tanto, España vino a ser de nuevo un elemento creciente en la promesa de la América Hispana. Durante el siglo XIX, como un gesto inevitable de independencia, la América Hispana se separó de España. Ahora, en el siglo XX, España vuelve a la América Hispana. La nueva República Española no traerá la justicia en seguida a la península. Una revolución mucho más grande será necesaria para esto. Pero la República ha derribado las últimas barreras que se alzaban entre las naciones hispánicas. España ya no es la madre real, amada al principio, y odiada después. En política y en economía es contemporánea ahora de la América Hispana. Todas las Repúblicas pueden ya unidas emerger del pasado y moverse juntas hacia el mundo atlántico para cooperar en su formación de una manera creadora. La relación de España con el nordeste del cuerpo atlántico (Francia y la Gran Bretaña) tiene afinidades, en realidad, con la relación de la América Hispana y los Estados Unidos.

Por último, la América Hispana tiene que colaborar en la creación del mundo atlántico para poder vivir. No hace mucho tiempo que un pueblo pequeño se interpuso en la encrucijada de los grandes imperios. Israel, contra el poderío de Egipto, de Asiria, de Babilonia, de Alejandría, de Roma, no tuvo más que un medio de salvación. Ni la fuerza ni la astucia. En su cuerpo diminuto dió vida a un espíritu tan puro que los ejércitos no pudieron tocarle, a un espíritu tan fuerte en la verdad, que ganó a los que mandaban los ejércitos. La analogía histórica es un peligro si se lleva más allá de la metáfora. Pero con el propósito asociativo de la metáfora tan sólo, la comparación puede

valer aún. La América Hispana, en esta crisis del mundo, es débil, como el pueblo judío, en fuerza material, y como él, se encuentra hoy anonadada. Y sólo como él puede sobrevivir haciéndose fuerte con la verdad que el mundo necesita; haciendo encarnar en su vida esta verdad, de tal manera que su vida y la verdad puedan vivir juntas.

En "Sur". Buenos Aires

SOLEDAD DE LAS CIUDADES

JORGE CARRERA ANDRADE

Sin conocer mi número.
Cercado de murallas y de límites.
Con una luna de forzado
y atada a mi tobillo, una sombra perpetua.

Fronteras vivas se levantan
a un paso de mis pasos.

No hay norte ni sur, este ni oeste,
sólo existe la soledad multiplicada,
la soledad dividida para una cifra de hombres.
La carrera del tiempo en el circo del reloj,
el ombligo luminoso de los tranvías,
las campanas de hombros atléticos,
los muros que deletrean dos o tres palabras de color,
están hechos de una materia solitaria.

Imagen de la soledad:
El albañil que canta en un andamio,
fija balsa del cielo.
Imágenes de la soledad:
El viajero que se sumerge en un periódico.
El camarero que esconde un retrato en el pecho.

La ciudad tiene apariencia mineral.
La geometría urbana es menos bella
que la que aprendimos en la escuela.
Un triángulo, un huevo, un cabo de azúcar
nos iniciaron en la fiesta de las formas.
Sólo después fué la circunferencia:
La primera mujer y la primera luna.

¿Dónde estuviste soledad
que no te conocí hasta los veinte años?
En los trenes, los espejos y las fotografías
siempre estás a mi lado.

Los campesinos están menos solos
porque forman una misma cosa con la tierra.
Los árboles son hijos suyos,
los cambios de tiempo observan en su propia carne
y les sirve de ejemplo la santoral de los animalitos.

Esta soledad es nutrida de libros,
de pasos, de pianos y pedazos de muchedumbre,
de ciudades y cielos conquistados por la máquina,
de pliegos de espuma
desenrollándose hasta el límite del mar.
Todo se ha inventado.
Mas no hay nada que pueda librarnos de la soledad.

Los naipes guardan el secreto de los desvanes.
Los sollozos están hechos para ser fumados en pipa.
Se ha tratado de enterrar la soledad en una guitarra.
Se sabe que anda por los pisos desalquilados,
que comercia con los trajes de los suicidas
y que enreda los mensajes en los hilos telegráficos.

En "La Gaceta Literaria". Madrid.

COCKTAIL

HUMBERTO SALVADOR

Psicosis.

Sugerir morbosamente el cocktail de la voluptuosidad.

Copa de jerez. Espumoso el borde palpitante. La aceituna, sujeta por una fina palanca, se estremece al sentir el beso escarlata del vino. Recuerda la copa un seno de mujer.

* * *

¡Un seno de mujer! Forja caprichos en el cerebro la imagen de lo que puede ser el cocktail de la voluptuosidad.

El seno será la copa invertida que guarda el maravilloso vino de la sangre. La espuma brotará cuando la leche surja del seno, como blanca cisterna de la vida. La aceituna es el corazón que se retuerce en el pecho. Para que los dientes muerdan esta fruta, hay que sacarla de su lecho de sangre, valiéndose de una palanca desgarradora. ¿Cuál puede ser? Cruelmente se esboza la silueta de un puñal.

* * *

Siempre pareció a todos un hombre extraño.

Bien.

Extrañeza de hondo fundamento sexual. ¡Quién fuera capaz de comprender hasta donde pueden llegar estas grises morbosidades!

Las clasificaciones de la Neurología y de la Psiquiatría no llegarán, a estilizar en demostraciones el abismo de la tortura sexual.

¿En qué momento el fenómeno es completamente normal y desde cuándo, cómo, comienza lo patológico?

El no quería explicarlo.

Apenas un recuerdo, una imagen torturante, esfumada, se

retorcía en su cerebro y estaba, macabramente desarrollada en su subconsciencia.

Cuando brumosamente surgía el instinto en él, tuvo una amiga mayor que incompletamente le enseñó los secretos de la vida.

Una noche, perdida ya en el infinito del pasado, ella esbozó sus formas desnudas.

El inventó una caricia primitiva.

—Cuando dos personas se quieren, — dijo ella, — se besan. ¡Así!

Estremecimiento.

—¿Cómo?

Se hacen ambos una herida pequeña. Unen las dos heridas, para que la sangre del uno penetre en la sangre del otro.

—¡Hagamos eso!, — ingenuamente.

Vacilación. Ruego.

Resplandeció el cortaplumas.

—¡Con cuidado! Apenas. . . .

—Sí.

—¡Ay!

Se fué el cortaplumas. Brotó maravillosa la sangre. El sintió un placer extraño.

* * *

Desde entonces tuvo una imagen roja del amor.

¿Fué sólo esa escena de la infancia la que determinó la perversión? ¿Acaso oscuros fenómenos de herencia o alteraciones orgánicas? Sin poder averiguarlo luchó tremendamente consigo mismo para extinguir al monstruo. Muchas veces lo creyó aniquilado.

Pero sorpresivamente surgía en él la imagen del cocktail de la voluptuosidad, depurado en la copa de ámbar del seno, que contenía el jerez de la sangre y en cuyo fondo se estremecía la aceituna del corazón.

* * *

El mismo fué quien pudo creer que no había amado hasta cuando la conoció.

Una mujer bella, dueña de una belleza que parecía haber comprimido al cocktail que él amaba.

Fué difícil conquistar su amor.

Ella vino tentadora, exótica, maravillosa....

* * *

—¡Te quiero!, — le había dicho aquella noche.

A solas en el dormitorio, adquirió corporeidad para él la imagen de ella.

Se desvestía torturado por la obsesión.

Se acostó y abrió un libro.

No pudo leer. Aburrido, arrojó lejos el libro y apagó la luz.

Entonces se desarrolló en su cerebro, un mórbido razonamiento sobre el amor.

A solas se derrumba la moral burguesa y caen hechos trizas los prejuicios sociales. Se halla el hombre ante sí mismo, absorto al contemplar el prodigio de su propia vida. Los monstruos que huyen de la luz, surgen entonces tremendos. Reclaman el derecho a su propia existencia, torturan al hombre, le muestran desnuda a la lepra de la humana miseria.

El hombre es más hombre que nunca cuando desafía crudamente a la realidad.

* * *

... Y pensaba:

—Ella dice que me ama. Jamás el hombre puede estar seguro del amor de una mujer, pero partiré de la hipótesis de que en verdad me ama. ¿Ella? Una como tantas, pero para mí "es la única mujer". Pude no haberme torturado para conseguirla. Haber tenido el placer que ella evocaba lejanamente, con sólo dar dinero a una muchacha de la calle, complaciente y bonita. Pero me ha sugestionado, creando en mí la idea de que "su" placer era diferente de otros placeres. ¿Por qué? Sus ojos fueron para mí los "únicos ojos"; su boca la "sola" boca que guardaba el beso; su cuerpo "el cuerpo" que había buscado a través de la vida mi carne vagabunda.

(Pausa).

—Sin embargo, "su" placer debe ser igual a los "otros" placeres. ¿Para qué los hombres personalizamos el deseo? Refinando el instinto, creamos el fantasma del amor. Por este "amor", podemos transformarnos en ladrones y asesinos. Este "amor" determina nuestra personalidad. Influye defini-

tivamente en la especulación científica y en la obra de arte. El hombre "quiere" a la mujer que conquista, no a la que espontáneamente se le ofrece.

(Un rayo de luz se ha filtrado).

—Tal vez hemos comprendido más de lo que convenia. Los sentimientos que nuestros abuelos concibieron como puros, que fueron por ellos engalanados con romanticismo putrefacto, para nosotros tienen sus raíces en profundos abismos sexuales. Hemos degollado ya a todo lo que fué "sagrado". Comprendemos que los dolores y alegrías del hombre, tienen oscuras encreñadas en las que impera la "Libido". Este complejo maravillosamente cruel, puede llevar al hombre a las tragedias más sombrías. "Libido" oculta en su interior al crimen. Inventó macabras enfermedades. Abrió las puertas de hospitales, manicomios y cárceles. Trajo putrefacción y angustia.

(Parece que en la sombra danzara la única mujer).

—...Es el problema que no soluciona la humanidad, después de haber tomado prisionera a la electricidad, dominado al aire y extraído los tesoros del océano.

(La sombra sugerida adquiere caracteres de alucinación).

—Su placer, el placer de "ella" está, pues, en mí. Sugestionándose, el hombre cree que el placer de "una" es diferente del placer de "otras", siendo así que el placer que busca en "ella" está en "él". Es la trampa que nos tiende la naturaleza, en favor de la especie. Los hijos. No pensaré en ellos. Sé que la humanidad está atormentada constantemente por el demonio de su propio cuerpo.

* * *

—El demonio aparece como perfectamente natural. Pero, en sí mismo lleva gérmenes de fenómenos patológicos, que en cualquier momento pueden surgir sorpresiva, traídoramente. Una zona brumosa separa lo normal de lo anormal. ¿Qué persona podría garantizar su perfecta normalidad? Insensiblemente se puede pasar de un estado a otro; oscila el placer entre la pureza, la perversidad y la sangre.

—De todas maneras, ella me ama. Le amo también. Puede ser "mía".

—¿Mía? ¿Qué es lo que llama un hombre que la mujer

sea de "él"? Poseerla. ¿Cuándo, cómo, podrá estar seguro? Por un momento, sí; pero luego...

—Luego...

Su cerebro se perdía, se esfumaba. Diluía en sí mismo.

¡Nunca!, — se dijo.

¡Nunca!

Se hundía esa fatídica palabra como un puñal.

* * *

—Si escribo un libro, puedo hacer de él lo que me plazca. Publicarlo, quemarlo... Una mujer bella es también obra de arte y este es el mejor elogio que de ella cabe decir. Pero la mujer goza con el hombre, puede superarle en el placer, es más de sí misma que de aquel a quien ama. En los rincones sombríos de su subconciencia, palpitan instintos que le hacen querer al hombre más por ella que por él.

—Luego, estremece el pensar que el gozo no corresponde en la realidad a la idea que de él se tuvo. La escena resulta vulgar, dolorosa, humillante a veces. Cae la mujer vencida, destrozada. Tiene el hombre la sensación de haber sido defraudado.

—¿Cómo fuera posible superar a la vida!

Aparece de nuevo la posibilidad de un hijo. ¿Qué es un hijo?

Niñez: lloros, impertinencias, imbecilidad.

Juventud: lucha a muerte por el pan, cuando el hombre no es un ridículo burguesillo que heredó fortuna.

¡Lucha por el pan a través de toda la existencia! Surge el gran fenómeno, aquel que constituye el suplicio de la civilización.

* * *

—¡El hambre y el amor!

¡El problema económico y el problema sexual! Sólo estos dos grandes problemas existen para la humanidad. Su dolor, su genio, su arte, sus tragedias, sus crímenes, y,—¡cosa aterradora!, — hasta su ridículo, todo gira al rededor de estos grandes fenómenos, que miles de generaciones, siglos de civilización acumulada y de cultura comprimida, no han podido solucionarlos. Ellos siguen siendo los fantasmas de la vida.

Crean el más tremendo infierno que haya soñado jamás mentalidad alguna. Se complementan, se unen, se fusionan, para formar el supremo imperativo.

El hambre y el amor son los brazos del madero en el que está crucificada la humanidad.

* * *

—Aparece de nuevo en mi espíritu "ella" como única.

Cuánto dolor para conquistarla. Y, ¡cuánto dinero! Puedo afirmar, en última instancia, que "he comprado" su amor.

Esta ilusión tan bella, tan cerebralmente pasional y estéticamente pura, se destruirá después de un momento de gozo. Será entonces una mujer elegante y bonita, pero no "ella".

Una pausa.

Se estremeció. Había surgido "su demonio".

—¡Sangre!

* * *

—¡Sangre!

(Esbozó un vertiginoso razonamiento sobre el crimen).

—Temibilidad. Reeducación del delincuente. Herencia. Causas fisiológicas y psíquicas. Secreciones internas.

Cierto, pero tienen los delitos en la vida su "material" razón de ser.

Matan los hombres por dinero, odio, venganza...

Cuando gira el crimen teniendo por centro el amor, se mata porque le usurparon una mujer, porque esa mujer traiciona o porque ella no quiere amar. Pero degollando por esos motivos el hombre se vuelve vulgar. No ha comprendido el asesinato desinteresado, aquel que se justifica por sí mismo. Mata porque "tiene razón de matar", no mata "sin ninguna razón".

¡Matar sin ninguna razón! Más bien dicho con razón, pero con aquella causa únicamente artística.

Asesinar a una mujer porque es bella, porque ama y es amada:

Entonces, delirante, pensó.

—¡Si yo le matara así a ella!

* * *

Sin ninguna razón.

Sustituir el placer humano por el cocktail de la voluptuosidad.

Hundir la palanca armónica de un puñal, en la copa de su seno, para besar la aceituna del corazón y beber el jerez de la sangre.

—Este cocktail, — se dijo, — me costaría extremadamente caro.

Los jueces me clasificarían como a un criminal anónimo. Sólo sería un número de presidio.

Juzgarían mi caso, este caso único, como uno de los tantos casos, que pueden encerrarse en disposiciones legales.

Si les dijera que maté "sin ninguna razón" se reirían de mí, no podrían comprenderme, supondrían que soy loco y yo "no estoy loco". El cerebro de ellos no podrían penetrar en mi cerebro.

Nunca han analizado en sus investigaciones este aspecto desinteresado del crimen. No pueden considerarlo como un fenómeno únicamente estético.

Tienen un concepto burgués y retórico del crimen. Lo clasifican en sus códigos siguiendo normas rígidas, análogas a las que antaño inventaron los académicos para escribir un poema.

(Sintió que le ahogaba una ráfaga de suplicio).

—Sin embargo, — divagaba su cerebro, — atrae profundamente la sangre en el amor. ¿Cómo podría explicarse esta tragedia sexual?

Cruel, insatisfecha, dinámica.

Yo frente a ella. ¿Para qué vivo yo? Mi vida es absurda y horriblemente igual. ¿Por qué vive ella? Si me ama, para amarme. Si es "mía", puedo hacer de su vida lo que "yo" quiera. Es tremendo el alcance de estas palabras. Sugieren la absoluta posesión.

Si fuera nupcialmente mía, después acaso perteneciera a otro.

Tal vez me diera hijos. Se cree que la procreación es la finalidad del querer. Es decir que mi amor por ella estuviera subordinado a "eso".

Se volvería ella una madre burguesa sin importancia.

Fracasaría. ¡Y yo veo en ella una obra de arte!

¿Qué haría un artista si supiera que su obra maestra estuviera destinada a deformarse? ¡Destruirla!

Su cuerpo. Su sangre. La aceituna de su corazón.

* * *

Los hombres, angustiosamente, en la lucha sombría por la conquista del amor, hemos sentido intimamente como el fenómeno de adueñarse de una mujer, es incompleto, vacío. Profundamente tristes hemos quedado al comprender la infinita miseria de aquello que creíamos iba a superar a la vida y ser más puro que el arte. No existe eucaristía de espíritus, compenetración integral de cuerpos, ni se unen las sangres. Sólo el cerebro se retuerce, estalla.

Seré yo, ¡yo!, quien vea a ella humillada ante mi. Vencida, sin haberme dado a beber su sangre. Destrozada, sin que haya besado su corazón.

* * *

Tuvo miedo de sí mismo.

—¡Qué demonio este amor al asesinato "sin ninguna razón!"

Si esto supiera alguien, me creería criminal sin importancia. Sin embargo, quisiera matarla únicamente porque es maravillosa, porque le amo, porque me ama también y sobre todo, ¡porque sólo asesinandola gozaria mi cuerpo como jamás gozó cuerpo alguno!

Pero, ¿sacrificaré mi vida por llegar a este espasmo? Un crimen, — me veo obligado a llamarle "crimen", — no puede ocultarse.

¿Cómo será aquello de ser presidiario?

Un número. Vida gris, angustiada.

Hambre. Frio. Trabajo embrutecedor.

¿Todo por ella? No. Tengo que resignarme a que sea mi esposa. Liquidarla.

Retorciéndose, piensa:

—¡No puedo asesinarla; no puedo!

* * *

Su puñal le atraía cruelmente.

Lo llevaba consigo, para a través del fracaso de la doctrina del crimen desinteresado, sugerir su obsesión ante ella mostrándole el puñal.

(Los gatos comprimieron los puñales en sus uñas, para esbozar la tragedia de la sangre en el cuerpo de sus hembras. Las uñas de los gatos son crímenes diminutos, brotados de la elegancia de su instinto sexual).

Verla desnuda, llena de sangre y resplandeciendo la auro-ra del amor en su agonía.

Ella para él únicamente. Pagando con su vida el haberle amado.

Su cuerpo sería entonces cuerpo fugaz, productor del placer instantáneo e infinito, porque después del espasmo de la sangre iría a diluirse para siempre en la nada.

(Mariposa que se esfuerza por ser inútil, pero que acaso guarde un girón de filosofía: la vida humana es como un cigarrillo. Antes de fumarlo parece indefinido cofre de voluptuosidad. Se lo enciende y vertiginosamente agoniza en humo. Después queda de él sólo cenizas. ¡Qué fúnebre, como en los traslados!) La colilla, — puede usted llamarla "cadáver", — se arroja al basurero. ¿Qué importancia tiene un cigarrillo que se acaba?)

Diluirse en la nada. ¡Ella que supo amar y a la que se amaría más que nunca viéndola muerta!

(¡Qué profunda analogía tiene la mueca grotesca del payaso, con el macabro gesto de la muerte!)

La muerte es un cocktail en el que lo trágico y el ridículo, se han mezclado en proporciones iguales.

Pero ella, por morir en el suplicio del amor, se salvaría del ridículo.

* * *

Bella.

Desnuda.

Temblorosa.

El momento esperado angustiosamente.

Fué una fuerza brutal, salvaje, irresistible.

¡El asesinato sin ninguna razón!

Un alarido.

Terror.

—¡No, no!

Se hundió el puñal en el pecho, para buscar la aceituna del corazón.

El jerez de la sangre, se derramó de la copa invertida del seno.

—¡No me mates!

—¡Te quiero!

Murió maravillosamente virgen por haberle querido.

Asesinó, por amarla superando a la vida.

...Desde entonces, la belleza está dormida en su cuerpo.

* * *

El cocktail de la voluptuosidad se lo bebe a medianoche.

POEMAS

JOSE RUMAZO GONZALEZ

ENTRE SOL Y MAR

Ya no pueden tus ojos, verde azul de las ondas,
ir al mar otra vez, porque las barcas lentas
se pasarán al agua de tus pupilas hondas
y morirán los remos sin que tú misma sientas....

No vuelvas nunca al mar; si la luna oceánica
se siente anochecida en un verde tan blando,
abriéndose en el agua, como gaviota inválida,
se ahogará en tus ojos con las alas temblando.

Y no vayas al campo con esa cabellera,
seda, de oro en capullo, borrasca de trigales,
si sales al camino creará la pradera
que anda la madrugada descalza en los rosales....

Ni puedes ir al río: la cascada de plata
conociendo en tu pelo la cascada del oro,
estallará a los vientos su espuma en catarata
para absorber lo rubio del sol en cada poro.

El agua de mi estanque, río ausente.... presencia,
como en un sueño frágil, de la mar estancada,
te llama a las orillas por que en tu transparencia
se redima lo turbio que espeje tu mirada.

Eres mar en los ojos, sol en la cabellera,
muy profunda y muy alta, agua.... luz.... lejanía....
yo paso en tu horizonte con las alas afuera,
bajo el sol que me quema.... sobre tanta agua fría....

AMERICA

Baluceaba la tierra el sino de las razas
en el siglo plutónico de las minas en río
y de las lluvias de oro.... cuando el hierro era brasas
y esperaba el planeta las edades del frío.

Los cinco continentes gravitaban de un lado,
en el otro de fiebre se enfermaba la luna,
mientras el mar con alas por el cielo nublado
ofeaba los barcos para hacerse laguna.

Pero la tierra un día era un puerto de Palos...
se habló de muchas islas flotadoras del cielo,
y la luna bicorne con su tocado de halos
puso el pie en el vacío y agitó su pañuelo....

Dónde están las Bahamas que quiso ver la tierra?
No regresa la luna a este mar gaditano
por más que cada noche en el reflejo yerra
un luto de blancuras por todo el oceano.

La luna no volvía. El planeta irredondo
en cónclave de tierras decretó que la América,
abriéndose del mundo y arrancada del fondo,
se fuera cabeceando sobre la tierra esférica....

Y el litoral de América dijo a la hermana Europa
que después de mil siglos le mandará a Colón,
con un blanco astrolabio y una cruz en la popa,
siguiendo la aritmética de la constelación.

Luego, izando volcanes como si fueran velas,
guardó el oro minero en sus grandes baúles,
cabos y promontorios se calzó por espuelas,
y se fué cabalgando por los lomos azules.

En sus rieles de plata galopaban los Andes.
El vientre de las aguas sangró por los ijares,
y en la cuenca absoluta de los abismos grandes
fue engendrando otros golfos y pariendo otros mares.

El mareo del viaje sentía el continente;
las náuceas de sus lavas vomitó cada monte,
y de cráter en cráter la lava incandescente
se regó tambaleando por todo el horizonte....

La luna está viviendo donde puede ser blanca....
más su balcón es alto para todo atalaya,
si se hubiera quedado donde el agua se estanca
para que lleguen naves a visitar la playa....

Luna de los poetas... Si se hubiera quedado....
qué flores con la savia de su seno de plata,
qué ríos en sus cuencas de alabastro anegado,
lontonanzas de nardo, ciudades de hojalata....

Si se hubiera quedado . . . Pero un día la América,
la luna de la tierra, con trenzas de nevados,
presintió el astrolabio de la gran raza ibérica
y ante aceros de luna se eclipsó a sus soldados . . .

A LA QUE VA VINIENDO

Este presentimiento de que llegues un día . . .
Oíste el clamoreo de mis grandes campanas,
sólo tu paso nómada llegó a la cercanía
en mi horizonte enfermo que ha visto caravanas.

Como lluvia viniste, lloviendo en mis espaldas
tu pelo adolescente, goteando con tus días
un rocío sonoro de gemas y esmeraldas
en mis años callados que son copas vacías.

En mi clave de fiesta van por la escala apenas,
como las sensitivas abriéndose tus manos,
por los bemoles de ébano de mis noches serenas,
por los días ebúrneos de los arpegios pianos . . .

Van cargadas de luces tus enormes pestañas
que rczaron el polen de mis adormideras:
vas a través del opio mirando en mis montañas,
mirando como en sueños la vida en mis praderas.

Yo era un verso imposible que estaba en esperanza;
como si adivinaras la palabra suprema,
tus pies han florecido toda mi lontananza
y has llegado cantando mi imposible poema . . .

En "Proa", que circula
en esta ciudad.

X **LOS PARTIDOS DOCTRINARIOS Y LA RENOVACION SOCIAL**

E. GERARDO ABRAHAMS

Las noticias que constantemente traen los periódicos de Panamá, referentes a la reorganización de los partidos políticos doctrinarios, indican que éstos se encuentran en crisis; que de lo contrario no habría que emprender la tarea, bastante ardua, de reorganizarlos. Pero se desprende también de esas noticias que estamos ahora precisamente en la época oportuna para dar a nuestra sociedad nuevos rumbos encaminados a afianzar en el país el progreso y el bienestar, a base de una verdadera organización política con fundamentos económicos.

Atenderíamos así un problema que no es solamente nuestro. El mundo entero lo está afrontando. Estados Unidos de Norte América propone la moratoria para solventar la crisis financiera. Chile invita a las demás naciones de Sur América a estudiar la manera de remediar y levantar la situación económica del continente. Y en Europa, Francia, Alemania, Inglaterra e Italia estudian detenidamente la cuestión de las reparaciones, herencia de la última guerra, que podría tenerse como origen mediato de la bancarrota universal, mientras Rusia considera como el punto principal de su política la superproducción de sus productos con los que intenta invadir los mercados europeos.

Sin embargo en Panamá parece ser secundario este problema. Nuestros políticos viven todavía con muchos años de atraso en cuanto se refiere a la ciencia moderna del Estado. Por un lado elementos de la juventud sienten nostalgias de la tradición y se preocupan vivamente por organizar el conservatismo, aunque confesando que lo hacen separándose de las tendencias de sus antepasados y adaptándose a los progresos naturales en la evolución ideológica. Por otro lado, los que se

consideran elementos avanzados tratan de reorganizar el viejo Partido Liberal con sus cánones y su ideario. Herencia colombiana ésta del conservatismo y el liberalismo en abierta lucha de principios, que no hemos podido desarraigar de nuestro medio ni con la experiencia que en la heroica Colombia sufren por tan constante antagonismo que la mantiene al margen del verdadero progreso, ni con nuestra privilegiada situación topográfica que nos pone constantemente en contacto con las corrientes más avanzadas de la civilización.

Reorganizar ahora nuestro liberalismo no es, ni con mucho, dar ningún paso hacia el verdadero progreso de los pueblos. Los cánones liberales son algo que ya no se discute; conquistas del pasado que podríamos juzgar hoy conservadoras. Hablar de libertad de prensa, de la separación de la Iglesia y el Estado, de la libertad del pensamiento, de la libre enseñanza y de otros tantos principios que predica el Liberalismo, es perder lastimosamente un tiempo que tiene su valor de utilidad. Presentar estos principios como un programa político, no sería otra cosa que prometer **conservar** cosas consagradas desde hace muchos años por la costumbre y aceptadas como necesarias por todas las sociedades. Sería ajustarse a la tradición, imitar a los conservadores.

Nuestra situación como país es envidiable. Ninguna nación de la tierra cuenta como Panamá con una posición a la que llegan necesariamente las cosas porque claman en otras regiones. Las enseñanzas nos vienen sin que las busquemos; pero desgraciadamente pasan desapercibidas a causa de nuestra idiosincracia despreocupada y producida por una vida fácil. Y cuando se nos presentan problemas tratamos de resolverlos con los mismos sistemas que ya han fracasado en otras ocasiones.

Orientaciones nuevas basadas en la ciencia económica son necesarias para sacar a la República del estancamiento en que se encuentra en este respecto. No malgastar esfuerzos en hacer reaccionar partidos y tendencias cuya crisis ha sobrevenido precisamente por su inutilidad como fuerzas propulsoras de progresos. La labor debe ser otra: enseñar al Pueblo cuáles son sus verdaderas necesidades; dedicar mayores energías y mayor tiempo a los problemas de una economía positiva: estudiar de nuestros vecinos los norteamericanos, no sus gestos, inferiores a los nuestros, sino el valor que saben darle al dinero, ya como fortuna personal, ya como elemento necesario para el desarrollo del

país y el sostenimiento del Estado. Organizar partidos de Renovación que tengan como base el fomento de nuestras posibilidades productivas para desarrollarlas a fin de conseguir la verdadera independencia del ciudadano; y que, presentando esos partidos, cuando aspiren al Gobierno, programas para la explotación de nuestras fuentes de riqueza, olvidadas por los nacionales y entregadas fácilmente al extranjero, nuestras luchas políticas sean por el poder del dinero y no por el dinero del Poder.

Y no se piense que predicar estas cosas es pecar de materialistas. Un ideal de progreso, ideal sagrado de ennoblecimiento y de independencia para nuestro pueblo, encierra esta tesis. Allí está la grandeza envidiable de los Estados Unidos de Norte América. Allí está el poderío a que ha llegado ese pueblo que no sabía siquiera organizarse como estado cuando logró su libertad. No fue el dominio político de Inglaterra lo que lanzó a los vankees a la guerra separatista. Ellos lucharon solamente por el libre desarrollo de sus intereses y de sus capitales. La consagración de los derechos del hombre, la Declaración de Virginia, la misma abolición de la esclavitud en los Estados del Sur, si se observa el desenvolvimiento y la vida ulterior de los Estados Unidos, podrán considerarse como la literatura de la Revolución. El verdadero fin fué otro. La independencia norteamericana se hizo a la voz de "No taxation without representation". No querían pagar más impuestos que aquellos que ellos mismos votaran para sus servicios, para su propio desarrollo. El Gobierno inglés con sus contribuciones abusivas ponía en peligro el vasto porvenir que se ofrecía a los colonos de un territorio inmenso y rico, y por eso se separaron de Inglaterra.

Nosotros, y como nosotros puede decirse de todos los pueblos hispano americanos, hemos procedido de distinta manera. Norte América obtuvo primero su libertad, y luego, como cosa secundaria, al correr del tiempo y a medida que las necesidades lo iban imponiendo, fueron organizando y afianzando su Estado Político. Y fué años después de la Independencia cuando logró constituirse la gran Unión que hoy se presenta formidable ante la admiración universal. Nuestros pueblos, por el contrario, pensaron primero en la organización de Estados Soberanos, en instituciones políticas, en derechos, en principios muchas veces poco adaptables o inconvenientes; y apenas lograda

la Independencia a costa de tanto sacrificio y de tanta sangre, las luchas intestinas por esos principios, por esas instituciones y por esos derechos políticos, dieron al traste con el proyecto magnífico del Libertador. Hasta la consecuencia pareció ahogarse en un mar infinito de pasiones, y el Genio de Bolívar, el Héroe de la Libertad, se vió abandonado y proscrito hasta perecer miserable en San Pedro Alejandrino. Primer fruto cosechado por el liberalismo y el conservatismo en su lucha fratricida.

En nuestra Independencia de 1903 sí hubo ya concierto entre nuestras aspiraciones políticas y nuestras aspiraciones económicas. Una racha de oro pasó por el Istmo con los trabajos del malogrado Canal Francés, y pronto se habituaron nuestros padres a la abundancia. Fracasaron los franceses en sus empresas, vino de nuevo la miseria con sus crudas realidades y cuando nueva esperanza nació en los panameños con las negociaciones del Tratado Herrán-Hay, la política partidarista colombiana, (siempre los partidos) segó de golpe nuestras más justas aspiraciones. Y de allí surgió la Independencia del Istmo: de allí surgió al concierto de las naciones la floreciente República de Panamá, cuyo progreso en veintisiete años es asombroso y envidiable. La unión natural y necesaria de los hijos del Istmo hizo olvidar los colores políticos, y abolida la lucha de partidos, éstos no pudieron ser estorbo para nuestro desenvolvimiento.

Ya en otra ocasión nos hemos ocupado extensamente de esa crisis saludable de los partidos doctrinarios en Panamá. Puede decirse que no ha habido ni conservatismo ni liberalismo en nuestra vida republicana. La Convención Nacional, compuesta íntegramente por hombres llamados liberales, eligió por unanimidad primer Presidente de la República a un distinguido conservador de principios, y su gobierno fué de coalición. Y las coaliciones de liberales y conservadores se han sucedido sin excepción en nuestras campañas políticas. Surge un nombre, un candidato, y a su alrededor se forman los **istas** de todos los colores sin otra aspiración que la de alcanzar el Poder e incluirse en el Presupuesto nacional. Solamente se ha luchado por los dineros del Poder. Problemas ideológicos no los hemos tenido, y por eso mismo se ha podido lograr en tan corto tiempo tan grande desarrollo material.

Si se quiere cambiar un estado de cosas que no satisface a la ciudadanía, hagámoslo avanzando por la senda de las ideas

y de los hechos. Por qué hemos ahora de volver a aquellos tiempos de los cuales solamente nos quedan recuerdos de tristezas? Por qué emplear nuestras energías en desandar lo ya adelantado, cuando se ofrece ante nosotros un panorama ideológico tan amplio y cuando nuestras inexplotadas fuentes de riqueza exigen todas nuestras fuerzas y toda nuestra voluntad? Nunca se nos ha ofrecido a los panameños una ocasión tan propicia con la presente para encaminarnos por la verdadera senda del progreso social. El movimiento del 2 de Enero fue un movimiento de verdadera renovación y el esfuerzo de quienes lo hicieron quedará absolutamente anulado si no se continúa la renovación iniciada. Pecaron de poco escrupulosos en el manejo de los fondos públicos los hombres que estaban en el Poder, y del Poder los arrojó en un gesto de soberanía la voluntad del pueblo panameño. No se pensó al echarlos, en si eran conservadores o si eran liberales. Individuos de todos los colores fueron arrojados de las posiciones que ellos explotaban antes en provecho propio que como administradores de la República. Así, el nuevo Gobierno no ha contraído otro compromiso que el de tratar de levantar el nivel moral y político del país. No debe el Poder ni a conservadores ni a liberales; lo debe solamente al esfuerzo y al valor de la juventud que quiere la salud pública. Por qué ha de imponérsele ahora a esa juventud prácticas trasnochadas? Por qué ha de estimulársele a organizar doctrinas que no puede comprender, que nada le han enseñado ni nada le prometen? Por qué volver a las facciones que en tiempos colombianos han costado al Istmo tantos disgustos y tantas lágrimas?

Es cierto que nada significan los nombres. En buena hora llámense las organizaciones políticas como quieran llamarse siempre que se formen a base de una verdadera renovación social. Pero sería mejor olvidar hasta las nomenclaturas anteriores que siembran cizañas entre los elementos teóricamente antagónicos que bajo ellas se cobijan, y bautizar a las nuevas organizaciones políticas nacionales con nombres que no encierran prejuicios. Y que los nuevos partidos tengan en sus programas, ante todo, promesas de fomentar la producción, promesas de enriquecimiento nacional. Esto se consigue formando ambiente propicio para la creación de nuevas fuentes de riqueza y cuidando de que éstas no tengan como fundamento la explotación de vicios, sino la prosperidad general.

Los extranjeros que se han radicado en Panamá saben, en su mayoría, que entre nosotros abundan las posibilidades para hacer fortuna. Muy raros son los que no han levantado con el trabajo su nivel económico. Pues enseñémosles a los panameños a hacer lo mismo que ellos, mostrándoles, por parte del Gobierno, las posibilidades existentes, y ayudándolos en sus empresas con leyes apropiadas.

Es trivial en las ciencias económicas, que existen dos maneras diferentes de aumentar el capital: una consiste en explotar las debilidades de la sociedad, fomentando los vicios, inspirando el lujo, practicando la usura, es decir, perjudicando y empobreciendo los pueblos en beneficio de unos pocos. Bien conocemos nosotros este sistema que es el que hemos visto practicarse en Panamá con muy buenos resultados unilaterales. Y contra él se ha iniciado ya, felizmente, el movimiento de nuestra renovación social. Las casas de juego, las carreras de perros, la venta de drogas, han sido y son perseguidas por nuestras autoridades. La otra manera, la que se practica por los grandes capitales norteamericanos, consiste en enriquecerse enriqueciendo a los demás, con la implantación de industrias que requieren el brazo del obrero; con el fomento de la agricultura, que pone a gran cantidad de hombres en contacto directo con la Naturaleza, fuente de riqueza potencialmente infinita.

Hasta ahora el problema nacional que ha afrontado con mayor interés el Estado consiste en aumentar constantemente las entradas del Fisco, para poder sostener el mayor número posible de ciudadanos en los cargos públicos. La agricultura, las industrias, el comercio, eso para los extranjeros. Ellos son los que en última instancia se enriquecen con el dinero que paga el Gobierno a los nacionales. Así podemos envanecernos de que nuestro Presupuesto de Gastos sea muchísimo mayor que el Presupuesto de países cinco y seis veces más poblados que Panamá. Pero tal cosa no significa que somos ricos. Eso significa, sencillamente, que en Panamá casi todos los hijos del país viven exclusivamente del Tesoro Nacional.

Y ni el Liberalismo, ni el Conservatismo, tienen, ni han tenido nunca, en sus programas un remedio para este mal endémico, pero curable. Por eso consideramos como necesidad esencial la organización de nuevos partidos con tendencias y programas nacidos del estudio científico de nuestras posibili-

dades, con los cuales se alcancen nuestra estabilidad económica y nuestra verdadera independencia.

Hemos sido siempre liberales por tradición y por principios; pero somos al mismo tiempo adaptables a todo cuanto signifique desenvolvimiento y progreso. Por eso, sin dudar ni un solo instante ni de la buena fe ni del patriotismo de quienes actualmente se empeñan en reorganizar el histórico Partido Liberal en el Istmo, nos atrevemos a hacer públicas nuestras ideas, nacidas de nuestro anhelo de perfeccionamiento para nuestras instituciones y de bienestar para la Patria.

Quito, Julio de 1931.

NOCHE

ALFREDO MARTINEZ

El rescoldo de la tarde,
oro manchado de gris,
se tornaba en las pestañas
rocío de adormideras.

La sombra, polvo del cielo
y herrumbre de la tierra,
deslustraba los colores,
ahogaba la voz del hombre
y esfumaba las cosas.

El silencio,
voz suspendida en el aire,
apagó el último canto
de las dos garzas del día.

Y la luna,
seno virgen de la noche,
descendió en el perfume
inmortal de sus blancuras.

Y el sueño, humo de incienso,
ascendía hasta la luna
para dejar en sus aguas
la barca de las quimeras.

El hombre, inmóvil, silencioso,
cual una admiración roja
en la página del silencio,
había lanzado su alma
a la charca de un lucero
para lavar en la lumbre
la tiniebla de su angustia.

Y, después, la llama
negra de la noche
tuvo la lengua del viento
para abrasarme los miembros,
para entumecer las alas
de mi espíritu....

Al entornar los párpados,
me entregué al silencio
como una nueva llama,
como una nueva sombra.

Quito. 1932

MEDARDO ANGEL SILVA

VICTOR HUGO ESCALA

Cuando en Octubre del año 1911 me embarqué para Buenos Aires, con mi nombramiento honorario de corresponsal de "El Telégrafo" en la gran cosmópolis del sur, entre los amigos que me despedían se hallaba un jovencito muchacho, más muchacho que todos nosotros, casi un niño. Era Medardo Angel Silva, un elegido de los dioses, un delicado orfebre del ritmo y del vocablo.

Ya sobresalía como estudiante, libertado de rutinarias especulaciones, de ese memorialismo inútil que el antiguo profesorado juzgaba como genio o excelencia de los educandos. Silva, al igual de unos tantos que jamás figurábamos en las altas calificaciones ni en los chiriguerecos "cuadros de honor", del algebraico y absolutista doctor Gómez Rendón, leía en textos renovadores y aprendía en la Biblioteca Municipal lo que no podían enseñarle Profesores herrumbrosos, amarrados a la tradición por el cordón umbilical de unas gafas ahumadas y una tocesilla senecta...

—Te vas, me dijo Medardo Angel Silva, y quiera Dios que volvamos a vernos... Presiento que tu ausencia va a ser larga en esas tierras planas de la Argentina. Te harás ciudadano de ese país de libertad y de belleza. Escribe, mándame libros y buena música, sobre todo esto, tan caro y difícil de obtenerse entre nosotros. Ya sabes, me interesan mucho los nuevos: Debussy, Strawinsky, Falla, Granados... Toma—añadió— y ve tú si me haces publicar esas estancias...

Unas horas más tarde, cuando el alfange luminoso del malcón de Guayaquil había entrado en su vaina de sombras y distancia, me interné en mi camarote, a acomodar los últimos recuerdos, en mi maleta de exilado voluntario. Desdoblé algunas cuartillas de mi amigo Silva, y me encontré con esta gema, anticipo de veinte años, a las innovaciones de Torres Bodet, Sabat Ercasty, Pellicer, Vidales, Neruda y otros zapadores de la poesía contemporánea:

El día!...
 Y una vez más el vocablo sonoro
 hace rodar, sobre la faz sombría
 de la noche, su lágrima de oro.

Fiat lux! Y la divina algarabía
 que predice las horas bellas
 truena bajo la cúpula dorada
 y apaga, con su soplo, las últimas estrellas...

Y todo es una claridad rosada
 que anuncia el día...

El día!...

Y como este poema, en el legajo de cuartillas otros más, plenos de pulcritud, de noble elevación, de cierta audacia personal en sus combinaciones métricas. Poemas de juventud fresca, ricos de esa altanería elegante con que hace algunos años supimos darle la espalda a los cánones fríos y marmóreos del parnasianismo criollo, ayuno de emoción.

Primeramente en Santiago y luego en Buenos Aires, fui haciendo publicar las "estancias" de Medardo Angel Silva, espíritu tierno, hondamente atormentado entre la pulcritud y la originalidad de la estrofa, y la gracia alada de un arpegio. Con mayor precisión podría decirse, que el joven poeta guayaquileño fué un ahijado espiritual de Chopin y de Musset.

* * *

Han pasado los años! Qué remotas las tardes bonarenses del viejo café bohemio llamado "Los Inmortales"; qué borrosas las noches del "Café Guarani", con su rubia ronda de **cívicos** y su negra y aromática danza de tazas paulistas. Ahora, ni cerveza ni café! Estamos en el Asia milenaria, en el Imperio del Sol Naciente, donde acuchillamos nostalgias con sorbos de té verde y vasos anglicanos de whisky and soda.

Periódicos de la tierra lejana, paquetes olorosos a cacao, a dulce de guayaba, a tabaco de Esmeraldas. Vistas de la patria con fragancias de ausencia...Rompo las fajas, es desgra-

nan los periódicos y... aquí está uno que mira desde el suelo con sus líneas anchas y negras de tinta. En el centro una foto de Medardo Angel Silva, con sus típicos quevedos, bajo una crucecita y una flecha! Leo: "el poeta, a seguidas de un disgusto con su novia, encerróse en su casa, y empezó a tocar en el piano a sus maestros favoritos, Debussy y Granados. No llamó la atención el encierro porque solía hacerlo cuando se entregaba a la música; pero al cabo de una hora se sintió una detonación, y no se oyó más el piano. Alarmadísima la madre del poeta hizo forzar la puerta y entonces sus ojos se encontraron con el cuerpo de su hijo, tendido en tierra. Un chorro de sangre le salía de la sien derecha. Cerca de su mano diestra estaba caído un revólver. Medardo Angel Silva, inspirado poeta, que ya era segura promesa de gloria literaria para el país, acababa de suicidarse, cuando aún no cumplía los 23 años de edad".

En un apolinada, tan rico de perspectivas espirituales y de renovaciones que hoy son la bandera libre del arte, nadie podría barruntar un fin tan romántico, tan propicio a un soneto de Leopardi; pero con todo, Medardo Angel Silva fué un "elegido de los dioses", un fervoroso enamorado del misterio, de lo desconocido, de la Muerte, a la que él llamó en sus famosas **estancias** "dulce Hermana Tornera". El embrujamiento del piano, que lo aislaba por horas y por días de la actividad urbana, las devotas comuniones de su espíritu, que culminaban en poemas de factura depurada; pero marcados con el signo del propio dolor; la indiferencia o brutalidad del medio comercial, con su barahunda de grúas y sus malecones abarrotados de sacos **Havre option**, justifican hoy, verificada la tragedia de Silva, sus mensajes líricos a la muerte, como en aquellas estancias que dicen:

Oh, vida inútil, vida triste
que no sabemos en qué emplear!
Nos cansa todo lo que existe
por conocido y por vulgar.

Un palimpsesto es nuestra vida:
Dios en él borra, escribe y altera...
mas la última hoja es conocida:
una cruz y una calavera.

Señor, cual Goethe no te pido
la luz celeste con que asombras:

dáme la noche del olvido:
yo quiero sombras, sombras, sombras!

* * *

Dicen que a raíz del suicidio, registrados los papeles, se encontró escrita con lápiz, entre las páginas de la Sinfonía Apasionada de Bethoveen, su composición "El Alma en los Labios", con cuyos versos la música ecuatoriana ha hecho una romanza muy popular. Yo me inclino a creer en la veracidad de esta referencia, porque las estrofas de este poema—casi póstumo—si hondamente melancólicas, no revelan ese cuidado lírico, ese preciosismo, esa elevada depuración singular, que caracteriza a las poesías de Medardo Angel Silva.

Muerte muy temprana, pérdida ciertamente valiosa la del joven poeta guayaquileño, hermano por la aristocracia del espíritu de aquel gran señor del verso, del magnífico autor de los "Nocturnos". Como el ilustre bogotano, Medardo Angel Silva, cultivaba sus excentricidades. En su cara de bellas y finas facciones dominaban sus grandes quevedos; en su cabeza, pequeña y redonda, se alborotaban—como en las de Lord Byron y Juan Montalvo—negras y enloquecidas sierpes capilares. Vestía caprichosamente, como el gran lírico y suicida bogotano; gustaba de los amuletos, de los perfumes exóticos y, sin ser estudiante de anatomía, guardaba respetuosamente en su alcoba una calavera y la cruz griega de dos fémures. . . .

Al cumplirse un lustro de su suicidio, el destacado crítico ecuatoriano, Gonzalo Zaldumbide, recogió en París, en un pequeño tomo, algunas **estancias** de las muchas que escribiera Medardo Angel Silva. Pero, por referencias de la madre del poeta, se sabe que Silva, a pedido del ilustre escritor, Rufino Blanco-Fombona, había arreglado muchos trabajos—la mayor parte inéditos—para la edición de un tomo que debió aparecer en Madrid, precedido de un estudio crítico del gran escritor venezolano. Hasta hoy, nada ha podido saberse de esos originales que, positivamente, Silva no alcanzó a enviar a Blanco-Fombona. Si algún día ellos aparecen, la fama literaria de Medardo Angel Silva alcanzará una altura insospechada; pues fué poeta de alto vuelo, de aristocracia espiritual, logrando adelantarse al movimiento de renovación que rige en nuestros días.

En "Paliques de Ayer".

ROMANCE ESTIVO

J. LLERENA CRESPO

En caracola de creta,
en el corpiño del mar....
la luna, longa aborígen,
vino peinando un cantar.

Se iba por la pradera,
de mañanita, a tejer,
un camisón de medusas
en un pezón de mujer.

En la aiquería la luna,
la luna irrumpió a silvar.
Caracoleando los riscos,
la noche ascendió del mar.

La luna, vieja naviera,
muerte pipa de nogal.
En sus vertientes corintias
lavó su antigua verdad.

Honges regó en el potrero
la noche de navidad;
hongos para los batracios
desnudos, del herbazal.

En caracola de creta,
en el corpiño del mar....
la luna, longa viajera,
se fue peinando un cantar.

Y sólo quedó el estío
guitarras a esmerillar.
Guitarrones del cutío,
guitarrones del soñar.

Quito

EL PALIQUE Y LA POESIA

AUGUSTO ARIAS

Palabras iniciales pronunciadas por el Sr. Dn. Augusto Arias — miembro de la Sociedad Jurídico Literaria y compañero nuestro — en el acto literario que dedicó a esa Corporación el Excmo. Sr. Ministro de Colombia, Dr. Ismael Enrique Arciniegas y que se desarrolló en la tarde del 3 de febrero, con la lectura de un interesante y lucido palique acerca del poeta Julio Flores y con la recitación de varias hermosas poesías, originales y traducciones del poeta y diplomático colombiano.

Hace dos meses, en este mismo respetable Salón Máximo de la Universidad Central, fué recibido el Excmo. señor Ministro de la República de Colombia, doctor Ismael Enrique Arciniegas, por los miembros de la Sociedad Jurídico Literaria. Entonces trazó su elogio, con la frase ya tan conocida por todos vosotros, nuestro compañero don Gonzalo Zaldumbide, y en tono amical, de cordiales matices y de esos recuerdos con los cuales suele dorar sus lúcidas memorias, nos dijo algo de sus paseos a la diestra del conocido y celebrado poeta colombiano, por las vías encantadoras de París, en aquellos raros decursos que tienden a fijarse perdurablemente y que no se aminoran con los vientos de la distancia. Nos reveló las mejores notas de tal encuentro, el comienzo de armoniosas amistades latinas, tejidas por la gracia de comuniones espirituales, como la de Unamuno a quien le surte la virilidad en primarias o en sutiles formas de ternura y la de Teresa de la Parra, la bella, cuya feminidad exterior, de hoy, tanto se retrae y se concentra y regresa, hasta buscar la figura, con frase castellana, en los tipos de sus predios heredados y por eso abiertos para expandir los ecos de su propia alma.

Luego, en los elegantes giros de su prosa expresiva quiso ofrecernos un aprecio breve pero cabal de la poesía del doctor Arciniegas, destacándolo como a un enamorado de la forma;

alabándolo en la construcción esmerada y firme de sus sonetos, cinceladuras, según su juicio, "de las cosas y gentes de nuestra historia y de nuestras tierras"; observándole en su trabajo de forja, de contracción herediana, de rehacer y repulir, hasta que la música sea ajuste y marco de la miniatura colonial, hasta que la figura sonrientemente advertida (la costumbre, el gesto, la reminiscencia de color o detalle), adquiera vivacidad dentro de aquella regulada estancia del soneto, sin duda la más perfecta, de impecable contención para lo inmensurable de crear, de sobria virtud como para elegir las mejores de nuestras imágenes y subordinarlas a esa vida de tan singular medida, de coherencia y de gusto gradual, fisonomía del espíritu, de la imaginación de la voluntad o del paisaje, que se ha de completar acabadamente en sus catorce líneas esenciales.

En aquella ocasión el señor Zaldumbide dirigiéndose al poeta al cual nos presentaba, expresó que desearía tener la pluma de sus **Paliques** para contarnos varias de las anécdotas espirituales de su paso por París, en donde se fortaleció su amistad con el autor de los sonetos coloniales, como si "desde antes hubiera comenzado la sabrosa charla que no acaba". Por eso nuestro consocio hizo los honores de casa al viejo amigo iniciando su presentación con tratamiento entrañable.

Entonces escuchamos, en recital que se animaba con la resonancia de aquellos versos heráldicos, al decir de Zaldumbide, con la fervorosa aprobación del público y con la sonrisa de afinidad poética con la cual le celebraban otros dos poetas nuestros, los doctores Baquerizo Moreno y Crespo Toral, asimismo de sienes nevadas por el fuego interior de las imágenes, varias de las poesías del doctor Arciniegas, de clásica factura, de música justa.

Allí nos prometió darnos a gustar en un próximo recital, de alguno de sus **Paliques** y este el motivo por el cual nos hemos congregado ahora para seguirle atentamente en la lectura de uno de ellos.

El **Palique** es uno de aquellos géneros que no pueden ser exactamente delimitados. No hay en él propósito fijo. Mas bien se compone de propósitos. Es una conversación a la cual no quiere dar mucha importancia el conversador. Es una charla, quizá una divagación periodística que se nutre más de la vivacidad del comentario que de la proposición disciplinada de interpretar o juzgar. El **palique** puede ser una variación de la

crónica, si no es en muchos casos, la crónica misma. Marcha con la época y en su naturaleza se han impreso los ondulantes caracteres de la periodicidad. Es, además, género de constitución elástica. Puede lo mismo ser apto para disquisiciones en torno a la política, como para un juicio literario que no quiera tocarse con los horizontes vastísimos de la crítica. En un palique ha de lograrse ya la dramatización de una costumbre, ya la fácil y ligera caricaturización de un retrato, por lo cual es posible llegar a él con las cualidades del narrador, con el intento zahori de la crítica, con el lápiz fino de contornear las formas y hasta con las tijeras rápidas del siluetista. Suya es la multiplicidad de la crónica y ha de tomar, por lo mismo, de los géneros originarios y venerables, con su gracia de tributario actual, todo lo que aquella pudo y debió reclamar y recibir de la novela, de la poesía, de la historia, de la crítica y para el juicio más amplio de algunos, hasta del drama. Si hay crónicas tan perfectas e integrales que merecerían ser consideradas como un ensayo condensado, el palique puede ofrecernos también inesperadas condensaciones. Para tomar uno solo de los aspectos del palique, diríamos que se distingue y eleva por las delicadas apuntaciones de lo anecdótico, o, en otros casos, por el no reclamado aprovechamiento del dramatismo, en la medida fácil y agradable de la que nos servimos para referir a nuestros amigos la escena de ayer, verídica, pero que al conformarse en nuestro modo expresivo, sin premeditación, se viste de colores más vivos que los reales y no porque queramos poetizar adrede.

En algunos de los escritores del Siglo XVIII español, reconoceríamos, sin esfuerzo, el fluir del palique, y para remontarnos a otros antaños, diríamos, en principio, que casi todos los escritores, al olvidarse llanamente de su trabajo de bordador o arquitecto, al conversar familiarmente, acertaron, por su frase literaria podada, en el palique. De la flora crítica universal de Feijoo extraeríamos algunos paliques. Larra quiso llamarse El Poblecito Hablador y Figaro. La repentina visión nos lo representa conversando de varios asuntos o tomando la tijera para recortar, intencionadamente, las figuras. Toda su obra es una magnífica antología de paliques, aunque muchos de estos reclamen más bien el dictado de ensayos, lo cual no es raro pues los escritores españoles de hoy forman sus ensayos con los antiguos personajes de la tan bien caracterizada novela castellana que no ha perdido su biología. Nuestro Manuel de

J. Calle era un maestro del palique y ya nos dijo de su preferencia en el vocablo titular de sus crónicas, las charlas.

Vamos a escuchar al señor Arciniegas en la lectura de uno de sus paliques. Se trata de la vida anecdótica de Julio Flores. Veremos aquí, sobre todo, la flor de la anécdota. La génesis de varias de sus poesías, tan populares y repetidas como que las ha reclamado al fin el universal bordoneo. Inútil repetir el tan sabido aprecio de la poesía eminentemente sentimental de Julio Flores y más inútil, para señalarlo por los contrastes, recurrir a la evocación de otros poetas compatriotas suyos, como Guillermo Valencia que tiene tacto de admirable escultor o como José Asunción Silva que logró extraer la esencia etérea de las lágrimas para depositarla como un pensamiento puro en el vaso sacro de la poesía. A todos place oír a Julio Flores, cantor que sería, para la caprichosa estética de Paul Fargue de los poetas horizontales, de los que corren a lo largo de la vía, no de los verticales, de los que ascienden por la escala difícil de las imágenes para obligarnos a levantar la mirada, a volvernos agudos. A Julio Flores se le puede escuchar con el oído cotidiano. Corre horizontalmente y a veces nos da en la entraña. Es musical. Los enamorados encuentran en su poesía las reverberantes frases de la pasión. Julio Flores florece y acierta. No quiso que le pensarán en ejercicio del *gay saber*. La pura y aislada sapiencia del canto le fué consubstancial y si es la verdad que Herrera y Reissig o Paul Valery, poetas verticales, exprinten en los lectores el gusto de la interpretación, también es cierto que Julio Flores suele llegar más pronto y cumplir con una de las misiones más extensas y fértiles de la poesía, la de la emoción. Los poetas difíciles desarrugan, a veces, el ceño de los sabios. Los poetas fáciles se ganan, repentinamente, el adarme femenino de nuestros corazones.

Perdón por lo que en principio quiso ser solamente unas palabras iniciales y se ha convertido en página discursiva. El delicado reclamo de varias distinguidas damas y señoritas es el origen de la lectura del palique del Excmo. señor Arciniegas, uno de los múltiples y valiosos que ha de ofrecernos en dos ricos volúmenes, y, especialmente, en este acto literario que ha tenido la gentileza de dedicar a la Sociedad Juridico Literaria, de la recitación de algunas de sus poesías cuya música y cuyas imágenes han de prolongarse gratamente en la imaginación y en la sensibilidad de este florido auditorio.

CRISOL

Organo del Bloque Obrero Intelectual de México, esta revista cuenta ya con tres años de existencia; y en éste, al parecer, corto lapso de su vida laboriosa, ha logrado merecido ascendiente en el nivel de la cultura americana.

Da la idea de su seriedad y de la generosa elevación de sus ideales el hecho de preferir estudios de indole científica, política, social y económica, sin desdeñar, desde luego, ni despreciar peor—antes bien acogiendo con sagaz simpatía— los trabajos artísticos o meramente literarios. Y realiza esta selección, primero para corresponder al carácter y la ideología misma de su orientación, y luego, por "Crisol" con un humano y alto sentido del valor y la propiedad intelectuales—lo que aquí en América, muy pocos organismos culturales poseen—retribuye sus colaboraciones, ya sean solicitadas o espontáneas ofrecidas.

"Definir y esclarecer la ideología de la Revolución Mexicana" es uno de los puntos de su actividad. Y en esto sólo está encerrado todo un enorme y vasto programa constructivo de la conciencia y nacionalidad mexicanas. Y este es el espejismo en el que deben mirarse, para asimilar sus realidades, las cultas naciones de la hermandad americana que aspiran a fijar su personalidad en la conjunta evolución de la cultura indohispánica.

Erguido al frente mismo del coloso omnimodo, el valeroso pueblo mexicano, consciente de la grandeza de su tradición legendaria, y seguro de su valor y de su porvenir, en medio de sus ya clásicas, renovadoras luchas, con una amplia conciencia socializante, democrática y política, va resolviendo los más complejos y arduos problemas de su desenvolvimiento.

Figuras admirables ha visto la Revolución Mexicana, co-

mo aquella del apóstol Madero, la de Carranza, el constructor enérgico y valiente caudillo; la de Obregón, el orador fogoso y simpático guerrero, en cuya presidencia dotó y distribuyó tierras a las masas populares que las demandaban, y cuya muerte a traición, bien justifica la nobleza de su vida y de su espíritu; y también la de Plutarco Elías Calles, el estadista de la revolución, bajo cuyo gobierno el desarrollo de la instrucción primaria y la vialidad, alcanzando grados inauditos de desarrollo, contribuyeron tan positivamente a la elevación de la vida cultural mexicana. A la sombra de estos grandes hombres, el viejo—joven pueblo azteca, cantando su canción guerrera de muerte—y de vida también—: “si me han de matar mañana—que me maten de una vez”, fue construyendo, con el sacrificio heroico y natural de su vida, su glorioso porvenir, que ya es presente ahora, y en cuyas realidades bebe la fuerza que orienta sus ideales futuros.

Y es, precisamente, una de esas realidades la que representa este organismo del bloque intelectual mexicano. Motor de fuerzas atractivas y propulsoras, él acoge el poder del pensamiento actual y con éste va desbrozando la ruta por donde seguirá perfilándose en sus propios horizontes, la vida del pueblo.

Nuestra visión americanizante, en grado de consanguínea simpatía, aprecia en toda su profunda significación la vida y alta ideología de “Crisol”. Factores culturales como éste son los que han de contribuir, elaborando su propia personalidad nacional, a la formación de aquella otra, más vasta, grande y poderosa: la de la personalidad de América.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Para la vida cultural de la América Hispana que sueña y se esfuerza por conservar la gloriosa tradición de su origen, y con ésta el tesoro de sus herencias raciales, y entre ellas la invaluable y rica de la lengua, la existencia—que cuenta ya sus tres cuartos de siglo— de la Unión Ibero-Americana de Madrid, entraña la más trascendental importancia, ya que esta sería Institución internacional, fundada con la alta misión de es-

trechar los nexos étnicos y espirituales que España tiene con las naciones americanas de su origen, dedica toda la fuerza de su actividad al práctico conocimiento de las mutuas realidades hispánicas e hispanindias.

Y uno de sus organismos de propaganda y de expansión cultural es su "Revista de las Españas" que es el lazo intelectual más fuerte y eficaz tendido sobre el mar de Colón, para la confluencia de relaciones políticas, económicas, artísticas, científicas entre la península ibérica y los países del habla castellana. En ella se concentra la vida— en todas sus diferentes manifestaciones y con la novedosas actualidades de su evolución—de América y de España, algunas de cuyas notables y prestigiosas mentalidades ocupan— y preocupan, que es mejor— desde la relevante altura intelectual en que por su valor mismo se halla colocada la "Revista de las Españas" y con la suficiencia erudita que les da el constante estudio de la cultura de América, por extender y difundir—con su recto sentido hispanoamericanizante— las modalidades del desarrollo de nuestro espíritu y de nuestro pensamiento.

Y adquiere mayor importancia la acción culturizante de "Revista de las Españas", cuando se penetra en el beneficio que ésta presta al mejor estrechamiento— y conocimiento mismo— de las naciones americanas; y también por la cordial armonía que entre las dos fuerzas étnicas separadas por el Atlántico, pero unidas con la unión de los derechos raciales, se esfuerza por mantener, con la vasta realización de su ideal de hispanoamericanismo.

Reconocemos, pues, como ya han hecho todos los organismos de la intelectualidad americana, a la "Revista de las Españas",—entre las muchísimas alhagadoras realizaciones que en el proceso de su devenir, ha llevado a cabo la Unión Ibero-Americana, desarrollando su generoso programa de unión y comprensión étnica— como a su más verdadero y eficaz elemento de conexión mental y espiritual, que en el decurso de tan largo tiempo, viene laborando, con éxito admirable, por el bien y la cultura de la Raza.

Sólo una constante comunicación con el espíritu y la mentalidad hispánicas y la perenne evocación y cultivo de las excelencias humanas del ancestro, harán que la gran personalidad de América pueda desarrollarse con la fuerza elemental de su formación, sin que ninguna exótica influencia hibridizante amen

güe ni tuerza su origen y unidad racial. Al efecto, nuestra innata vocación americanizante— de sincero hispano-americanismo— quisiera ver, a lo largo del continente colombino, secundada y consolidada la acción fraternizante de cultura de la Unión Ibero-Americana, como ya lo ha hecho la nación Argentina, con la fundación de instituciones parecidas, que sean correspondientes de la ya venerable y sólida de la matritense villa ibérica. Mientras más numerosos y prácticos sean los lazos de unión y entendimiento que existan entre España y América, más posibilidades habrá en la realización del ideal de la cultura hispanoamericana y en la conservación y desarrollo de los valores de la Raza.

"PALIQUES DE AYER", por Víctor Hugo Escala.— Edit. "Elite".—Caracas.

El señor Escala, como para marcar una de las pocas excepciones de nuestra diplomacia, ha comprendido justamente el alto valor cultural que su misión cerca del pueblo bolivariano tiene y diarianamente exalta el recuerdo de su patria, ya en el periódico, en la cátedra, como en el círculo social.

Hace pues efectiva propaganda del Ecuador en los países que visita y no es raro hallar su mano en las últimas informaciones agrícolas que podrían favorecer nuestra enferma riqueza cacaofera, como sentirla presente en un acercamiento efectivo de mutua y no forzada comprensión de los dos pueblos, comunes en tradiciones como en laureles y que debido a su empeño, intiman en beneficio de sus colectividades.

Y salvando la gestión administrativa de su ministerio, los límites del deber profesional que como a diplomático de carrera le compete, el señor Escala gusta cultivar asiduamente los esparcimientos de una sana literatura; y son sus versos fáciles o sus capítulos de prosa expansiva y matizada habilmente, las que propagan sus actividades literarias que en más de una ocasión, han merecido elogiosas críticas.

Hace poco, la Editorial **Elite** ha enriquecido su numeroso catálogo con la última de las producciones de nuestro compatriota "Paliques de Ayer", obra dedicada al Grupo América que como es notorio, persigue el fomento constante de las letras nacionales, su divulgación en el exterior y el culto a la memoria del Cosmopolita, cuyo Centenario se avecina. La agrupación mencionada, que cuenta entre sus socios representantes en el extranjero, al autor de los Paliques, ha considerado el honor recibido en toda su extensión, ya que la magnificencia de tal envío constituye un galante reconocimiento de su buena voluntad.

El libro, escrito con un dinamismo sencillo y ágil entretiene al lector interesando su atención. Sobre todo en la parte correspondiente a sus recuerdos personales, cuando los espejismos de la política deciden su primer viaje y toma el vaso turbio de los horizontes con la angustia del primer exilio, el autor se apropia de tan natural manera de expresión, que la literatura se despoja de toda vana fraseología y deja entrever la pureza de la veta sentimental, vivida y amada. Escala logra simpatía del lector indiferente y ratificado aplauso, del que desde antaño observa su fecunda constancia.

Ya en sus crónicas de viaje sobre el Oriente, sabíamos de ésta, su aptitud narrativa. Cuando a la simple reproducción de la belleza se auna la luz interior de la ciudad natal abandonada y de la familia que vive angustia, la crónica profundiza su ligera contextura y cobra un más fino prestigio.

Además, en este caso, no hay capítulo de la obra en el que no conste la ligadura de la personalidad atando los más disímiles motivos. Siempre la rectitud al culto bolivariano, la admiración por su magnífica epopeya, el rechazo a la calumnia, la galantería a flor de piel, prontas a expansionar su amable bandada. Lo que prueba de sobra las innatas facultades del joven Ministro y su autoridad sobre todo en estas cuestiones de historia que a todos los americanos vienen preocupándonos desde hace tiempo.

Bien, que Escala rompa una lanza por la mejor gloria de doña Manuela Sáenz y bien, que hierva exaltada su sensibilidad ante los frecuentes atropellos que el Libertador sufre de maledicentes comentadores de su vida ejemplar. Así, el ecuatoriano continúa la antigua devoción del Departamento del Sur hacia el gran hombre y reverdece la floresta cívica con un gallardo brote.

"CANCIONES DE SOUZA".—San Pablo.—Brasil.— 1931.

Un libro de versos que llega del Brasil trae en sus páginas un mensaje de ardiente elocuencia y un tropical perfume de selva.

Es imposible para un temperamento de la altiplanicie andina no imaginarse esa enorme masa territorial que en los ma-

pas engorda América hacia el Atlántico y en los mercados avasalla la oferta con sus ricos y exóticos productos. Justamente los navegantes de Don Juan II supieron aquilatar la belleza y la generosidad de aquellas comarcas y en ningún otro caso con más propiedad que en el suyo, el idioma importado conformó su estructura tan de acuerdo con el paisaje y el ambiente. El portugués es la expresión cálida, armoniosa y muelle de las riberas perezosas de sus grandes ríos y de la joyante profundidad de sus campos inconmensurables en cuyos claros gusta el crepúsculo apaciguarse, mientras el mar bate con su constancia, la rigidez del Pan de Azúcar o lleva el arrullo del continente hasta una ponderativa lejanía.

Diamantes negros, cimbreamiento de palmeras, perfume ardiente de trópico, aguas de remanso, hermosa expresión de inmensidad, han hecho estas "canciones": no se diría sino que el corazón del poeta trasvasa en forma correcta toda la poesía del ambiente y deja volar la cigarra de su emoción entre la urdimbre del idilio, a la sombra pascual del ensueño, el recuerdo y la "saudade", para provocar sentimiento aún en los lectores incomprensivos, de ajenos idiomas y diversos temperamentos.

Souza tiene admirables facultades. Presta a la lectura de sus versos un mayor encanto la dificultad que origina en nuestra ignorancia, una intuitiva certeza adivinatoria. El poeta ríe o sufre en su cárcel métrica, pero siempre libre, espontáneo, abierto. Nada detiene el estallido de su pena o el revoloteo de su alegría. Es el espíritu de su campiña el que se perpetúa en esta amorosa bellota que es su corazón.

**"LA VOZ DE LOS CUATRO VIENTOS" por
Fernando Paz Castillo.—Edit. "Elite" Caracas.— 1931.**

Pocas veces un poeta ofrece más intensa revelación de egocentrismo como la que anuncia "La voz de los cuatro vientos". Cierto que el escribir poesía es don de ancestrales augurios y justo el que se admira la presencia inmanente de la personalidad en toda obra lírica recomendable: pero más asombroso nos parece que esta cualidad se convierta en categoría de valorización, en autores como el que nos ocupa. El señor Paz Castillo se revela vertical en su directa simplicidad y su

verso va de la ingenua transparencia del balbuceo liminar a la reciedumbre meridiana de la emoción intelectual.

Venezuela tiene en este poeta un prestigio que cambia ya el colorido verdoso de la promesa por el rojo brillante del fruto opimo. Se diría que quien sabe escribir tan gratos poemas, está en potencia de hacer más dilecta labor, cortando su pluma en viejas filosofías.

Sin ser un nativista, el poeta es americano, criollo como dirían nuestros bisabuelos. El tórrido oloroso a especerías mordiscantes limita la profundidad de su obra y sin amaneramiento alguno, en potencia, se adivina como en la cuerda impalpable que recubre la morera fructificada por el gusano de seda, la malla de plata de su emoción brillando delicadísima, entre el bosque recio de sus ambiciones de hombre fuerte.

"ALMA MARTIR", por R. Larrea Andrade.—Novela.—
Tip. "Pedro Moncayo".—Ibarra.—Ecuador.

Vuelve el amor fugitivo con su delicado reclamo y esparce su emoción en el espíritu. Es la primavera del alma la que se anuncia como otra vez: también la farándula de la vida repite el tintineo de sus comparsas fragantes a desmayo primerizo, a cadencia inefable. Es amor que se fija en la última mancha del recuerdo, en el compás inasible del viento entre los árboles o en el blanco aleteo de las despedidas.

Esta vez, el amor ha herido al novelista de suave manera, como la saudade ante lo indecible, la mano abierta ante lo vaporoso. ¿Alguien puede eternizar la emoción? ¿Cabe decirse que el poeta o el amador, aman y expresan siempre lo mismo que sintieron? Imposible, imposible...

El idilio vence la austera severidad de los celajes, funde la urdimbre tensa de las nieblas hostiles, derrota fatalmente la sarmentosa malla de los prejuicios. En esta ocasión, tuvo la certidumbre de lo eterno y quiso eslabonar dos rutas, predestinadas para lo disímil, quizá para lo divergente. El amó a ella. Ella amó a él. Pero cuando todo se había avasallado ante su potencia, él y ella se vieron vencidos por lo inopinado, por la mano indescripta de lo fatal.

La urdimbre, vieja como esos antiguos motivos de gesta, vale por su sinceridad pasmosa. Es lo de siempre. Es lo de todos los días. Y la fuerza de un relato está en su antigüedad.

—“la antigüedad, nobleza de los relatos”.—El escritor ha puesto la piel fina de sus guantes espirituales para cubrir la desnudez de su musculatura. Y esta piel es suave y acariciadora, tersa y dúctil: sin deformar la realidad vital de su novela, la presenta perfumada en quejumbrosa elegía: como si dijéramos, la recubre con un suave toque de alabastro, como para que adquiriera volumen de carnosidad, lo que por espiritualizado, podría desvanecerse.

Los paisajes de Imbabura y sus tradicionales gentilezas se tornan presentes en las páginas de este libro. Hay pues en él, fuerza emocional que concurre desde el ambiente, para conformarlo vigoroso y muelle. ¿Cómo pudo el novelista criollo hacer una prosa tan limpia y sonora en su primera novela? ¿Cómo pudo realizar emoción tan fluída y permanente en sus ensayos? Su modestia lo ocultará en el motivo mismo de su libro: sus conterráneos lo hallarán en su provincia. El crítico relaciona estos conceptos y en la parábola de su reflexión confunde los polos de su álgebra y se conforma con la belleza total que percibe.

“Alma Mártir” representa ésto: el triunfo del nuevo temperamento sobre la clásica factura de la norma estética. Y lo que es más llamativo aún, utilizándola todavía de cierta manera, ya que el corte del libro está arreglado como demarcan cánones de clásica comprensión y a primera vista, la preceptiva infiltra su mala herrumbre. Pero es un buen golpe de prosa y salvando la influencia que los **imperdibles** provincianos ejercen, la pluma justifica su nombre y se lanza al espacio.

Además, al idilio se auna la tragedia. ¡Qué bien descrito ese viejo de costumbres situadas en los planos de su vida, como los garfios de la gota aprisionan sus rodillas! ¡Qué justa medida, la de sus alcances de moralidad e intransigencia! Los modelos están vivos, amable escritor: se los palpa en la desnudez primigenia del estilo con que usted los viste.

Nos desagradan los títulos con que se rotulan los apartes del libro: en ocasiones nos parecen afectados los discursos de los héroes; quizá alguna que otra descripción conculca los principios de la simplicidad, madre de la fuerza emocional. Pero, ¿qué son estos defectos, ante el espíritu mismo de la novela y sus cualidades innegables? Los hacemos constar por respeto a nuestra tribuna: que es muy grato aplaudir cuando, como en este caso, hay tanto de plausible.

BIBLIOTECA NUEVA

Calle de Lista, número 66. — MADRID.

EXTRACTO DEL CATALOGO

OBRAS ESCOGIDAS de Juan Valera

(Ilustradas por F. Marco)

NOVELAS	Pesetas
I.—Juanita la Larga	5.—
II.—Doña Luz	5.—
III.—Pepita Jiménez	5.—
IV.—El Comendador Mendoza	5.—
V.—Pasarse de listo	5.—
VI.—Genio y figura	5.—
VII.—Morsamor	5.—
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino	10.—
X.—Dafnis y Cloe	5.—

OTRAS OBRAS

XI.—Cuentos escogidos	5.—
XII.—Poesías escogidas	5.—
XIII, XIV y XV.— Ensayos escogidos	5.—

Encuadernados en tela
7 pesetas

OBRAS COMPLETAS de Gabriel Miró

Del vivir, Corpus y otros cuentos	5.—
Las cerezas del cementerio (novela)	5.—
La novela de mi amigo (no- vela)	5.—
Nuestro Padre San Daniel (novela)	5.—
El obispo leproso (novela) ..	5.—
El libro de Sigüenza (novela) ..	5.—
Figuras de la Pasión del Se- ñor	7.—
Años y leguas (novela)	5.—
El abuelo del rey (novela) ..	5.—

OBRAS NUEVAS de Azorín

Pesetas

Félix Vargas (novela)	5.—
Blanco en azul (cuentos) ...	5.—
Superrealismo (novela)	5.—
Angelita (auto sacramental) ..	5.—
Pueblo (novela)	5.—
Dos mujeres (teatro)	5.—

NOVELAS de Ramón Gómez de la Serna

La viuda blanca y negra (no- vela)	4.—
El secreto del Acueducto (no- vela)	4.—
La Quinta de Palmyra (no- vela)	4.—
La mujer de ámbar (novela) ..	4.—

NOVELAS de Rafael López de Haro

¿Y después?	5.—
Ante el Cristo de Lámplias ..	5.—
¿Pero el amor se va!	5.—
Fuego en las entrañas	5.—
Entre todas las mujeres ...	5.—
La Venus miente	5.—
Las sensaciones de Julia ...	5.—
Un hombre solo	5.—
Todos los amores	5.—
Los nietos de los celtas	5.—

COLECCION DE GRANDES NOVELAS HUMORISTICAS

Enrique Jardiel Poncela

Amor se escribe sin hache ..	6.—
¡Espérame en Siveria, vida mía!	6.—

	Pesetas		Pesetas
¿Pero...hubo alguna vez once mil vírgenes?	6.—	XIII.—El bachiller. Un sueño. Amnesia. El sexto sentido	5.—
Santiago Rusiñol		XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira.	5.—
La niña gorda	5.—	XV.—Elevación	5.—
Tirso Medina		XVI.—Los balcones	5.—
Mis dos mitades	5.—	XVII.—Plenitud	5.—
Juan José Domenchina		XVIII.— El estanque de los lotos	5.—
La túnica de Neso	5.—	XIX.— Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal ..	5.—
Edgard Neville		XX.—Cuentos misteriosos ..	5.—
Don Clorato de Potasa	5.—	XXI.—Algunos	5.—
Antonio Robles		XXII.—La lengua y la literatura (1ª parte)	5.—
Novia partido por 2	5.—	XXIII.—La lengua y la literatura (2ª parte)	5.—
Joaquín Belda		XXIV.—En torno a la guerra ..	5.—
Se ha perdido una cabeza ..	5.—	XXV.—Crónicas	5.—
Samuel Ros		XXVI.—Ensayos	5.—
El ventrílocuo y la muda ...	5.—	XXVII.—El arquero divino ..	5.—
Manuel Abril		XXVIII.—Conferencias. Discursos. Misceláneas	5.—
La Salvación (Sociedad de Seguros del Alma)	5.—	XXIX.—La última vanidad ..	5.—

**OBRAS COMPLETAS
de Amado Nervo**

(Ilustradas por F. Marco)

I.—Perlas negras. Místicas.	5.—
II.—Poemas	5.—
III.—Las voces. Líra heroica y otros poemas	5.—
IV.— El Exodo y las flores del camino	5.—
V.—Almas que pasan	5.—
VI.— Pascual Aguilera. El domador de almas	5.—
VII.—Los jardines interiores. En voz baja	5.—
VIII.—Juana de Asbaje	5.—
IX.—Ellos	5.—
X.—Mis filosofías	5.—
XI.—Serenidad	5.—
XII.—La ama inmóvil	5.—

**Encuadernados en tela,
cada volumen, 7 pesetas**

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernado. Precio de cada ejemplar, 35 pesetas.

**OBRAS
de Oscar Wilde**

I.—El crimen de lord Arturo Saville (novela)	4.—
II.— El retrato de Dorian Gray (novela)	4.—
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)	4.—
IV.—Huerto de granadas (novelas)	4.—

(Continuará).